Núria Pradas

La vida secreta de Sylvia Nolan

DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Portadilla
Primera parte. Nueva York
- La muerte de una escritora
- Nueva York
- Nueva York
- «Fuimos nosotras quienes llamamos a las mujeres»
- El Café de la Rambla
- Un fular de seda amarilla
- «El asesino de almas»
- Forestburgh
- Aeropuerto Internacional de Nueva York

Segunda parte. París
- L'Orangerie
- París
- Gala en el Liceo
- La chica de la radio
- El artículo
- Una mesa en un café
- Un nuevo principio
- París
- Aeropuerto París-Orly

Tercera parte. Barcelona
- Lola
- Barcelona
- Una mujer
- Una ninfa y una carta
- Barcelona
- El piso del Clot

Barcelona
Companys
Periodistas en guerra
La pluma
Un hijo
Barcelona
Aeropuerto del Prat
Cuarta parte. Ciudad de México
Mercè
Ciudad de México
Una noche de fuego
Hitler y la torre Eiffel
Ciudad de México
La Gamelle
La visita
Ciudad de México
Aeropuerto Internacional de Ciudad de México
Le habría gustado saber...
Nota de la autora
Bibliografía
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Nueva York, 1964. Tras la muerte de Sylvia Nolan, escritora de fama internacional, su hija, Idalia, una joven rica de veinticinco años, fotógrafa, recibe del abogado de la familia una caja que contiene unas cartas de amor pasionales dirigidas a Sylvia y una fotografía datada en 1931 en Barcelona, donde se ve a su madre con otras dos chicas: «Lola», la autora de las cartas, y Cecilia Ibars, según dice la dedicatoria del reverso de la foto. Decidida a descubrir el pasado de Sylvia y la historia de su amante, Idalia viaja a París en busca de Cecilia Ibars, cuya dirección le ha facilitado el abogado de la familia. Una aventura que la llevará también a lugares como Barcelona y Ciudad de México.

La vida secreta de Sylvia Nolan

Núria Pradas

Traducción de Manuel Pérez Subirana

Ediciones Destino

Para Laia, Oriol y Clàudia.
Mis tres mejores obras.

Primera parte
Nueva York

La presencia de su madre era el límite de su deriva.

SYLVIA NOLAN,
Entre tinieblas

La muerte de una escritora

—No te vistas de negro, Idalia.

Sylvia miró a su hija con una leve sonrisa. Con esfuerzo, le acarició el pelo.

—El negro no te sienta nada bien, créeme.

Madre e hija suspiraron al mismo tiempo.

—Sí que quiero flores. Y música. Ya sabes qué flores y qué música, ¿verdad? —La mujer cerró los ojos—. Pero no te vistas de negro.

Unos días después, Idalia enterraba a su madre vestida de blanco. Sylvia Nolan había muerto una plomiza tarde de enero. En las calles de Nueva York, los copos de nieve brillaban fugazmente y desaparecían antes de llegar al suelo. La ciudad se difuminaba bajo un lecho de nubes blanquecinas. Se desvanecía silenciosa en un último homenaje a quien había descrito cada uno de sus rincones. Todos sus secretos.

Erguida ante la tumba donde cuatro años antes había recibido sepultura su padre, aferrando con la mano el ramo de coloridas gerberas que enseguida lanzaría sobre el ataúd que descendía lentamente al encuentro de la tierra con un chirrido de cuerdas resecas, un pensamiento fugaz cruzó por la cabeza de Idalia.

—Te equivocas, mamá. El negro sí que me sienta bien. Por supuesto que me sienta bien.

Nueva York

Enero de 1964

El día iniciaba su lento declive y teñía la gélida blancura de Central Park con dedos violetas. El parque reposaba como un gigante acurrucado entre las brumas de un tedio estático. Solo la soledad vagaba ahora entre los árboles umbríos y las aguas heladas.

En el gran salón con vistas a Central Park del apartamento de los Nolan no penetraba ni una pizca del frío invernal. Los sofás, las tapicerías y las cortinas se habían dispuesto para aportar calidez a las frías sombras. El fuego crepitaba en la chimenea. Todo estaba en su sitio, como a Sylvia le gustaba. Y, sin embargo, cuando entró allí, Idalia se estremeció al sentir que una gran mano de hielo la envolvía en un abrazo. Hizo un esfuerzo por atravesar la puerta y mantener a raya la nostalgia.

Avanzó con paso tembloroso, seguida de cerca por los dos hombres. Se quitó el abrigo y liberó su cortísimo pelo castaño de la gorra que lo ocultaba. Se sentó en el gran sofá blanco, que, flanqueado por dos butacas, creaba un espacio íntimo y acogedor junto a la chimenea. Cruzó los brazos bajo el pecho como si buscase refugio en sí misma. En la pared de detrás, presidiendo la estancia, la fotografía que le había hecho a su madre dos años atrás palpitaba llena de vida. Enredada en el blanco y negro absoluto del retrato, la piel de Sylvia brillaba como el ébano, revelando sus orígenes mestizos. Sus ojos enormes y negros se mostraban desafiantes ante la vida, que todavía no se había vuelto en su contra. Sus brillantes cabellos color azabache, recogidos en un apretado moño, dejaban al descubierto la dulce curva de sus hombros, modulada por el escote del vestido. Aquel vestido blanco que convertía a Sylvia Nolan en una diosa, en una mujer eternamente bella y seductora, rebosante de vida a sus cincuenta años. Nada hacía prever que un futuro nebuloso, que se acercaba de forma

inevitable, la acechaba de cerca. Ese futuro astillado que acabaría llevándosela.

Idalia se consumía entre recuerdos mientras sentía que aquellos ojos negros de la fotografía se le clavaban en la nuca, ávidos y llenos de vida. ¡Cómo temía que el calor de aquella mirada huyese de su memoria!

Su madre había dejado tras de sí un legado de belleza. En todos los sentidos. Quienes la habían conocido y quienes la habían leído recordarían siempre la plenitud de su cuerpo y el brillo de su alma. Idalia se lamentaba a menudo de no haber heredado ninguno de aquellos dones. Ella era pequeñita, delgada; un poco frágil. Con el pelo a lo *garçon* y los vestidos cortos que había puesto de moda Mary Quant desde Londres, parecía una adolescente. También debía reconocer que no poseía la fortaleza de carácter de Sylvia. No era una luchadora como ella, porque nunca había tenido que luchar por nada. La vida la había mimado, le había dado de todo a manos llenas. Y también le había arrebatado muy pronto lo que más quería: a sus padres.

El dolor de aquellas pérdidas la había cambiado por dentro. Le había hecho tomar conciencia de la fragilidad de las cosas; tenía muy claro que nada es permanente. Que a veces la vida es maravillosa y nos agasaja con sus regalos. Cuando eso ocurre, parece que el tiempo pase muy deprisa. Pero todo se puede resquebrajar de un día para otro, y un soplo de aire que se cuela por la ventana es capaz de arrebatarnos la realidad en la que vivimos instalados. Y entonces la existencia se vuelve inesperada y se llena de ausencias que parecen agujeros negros. Repleta de incertezas. De silencios. Y los silencios hacen brotar los miedos más recónditos y terribles. Y entonces solo nos queda esperar lo peor.

—¿Estás bien, Idalia? ¿Quieres tomar algo?

El flujo de negros pensamientos que nublaba la mente de la muchacha se interrumpió de golpe. Alzó los ojos y se encontró con la mirada de Edmon, que, de pie frente a la chimenea, la observaba preocupado.

—Llamaré al servicio —añadió Andrew Davis, el abogado de la familia—. No sé ni cómo te tienes en pie. No has comido nada sólido desde que...

Andrew Davis no terminó la frase. No pudo. Se notaba la voz

pastosa y arrastraba las frases, como si algo en su interior se hubiera quebrado. Tenía un nudo en la garganta desde que Sylvia se había ido. ¿Cómo era posible que ya no estuviera? Ella era la vida. La energía. La belleza. La había adorado en silencio desde el momento en que la conoció. Y ya no estaba.

No estaba.

Pensó que la vida es como un suspiro impaciente que no respeta nada.

Levantó la cabeza y descubrió la mirada negra de Idalia. ¡Cómo le recordaban esos ojos a los de su adorada Sylvia! Le había prometido, en su lecho de muerte, que cuidaría de la chica. Que permanecería a su lado. Esa era ahora su misión en la vida.

Por un momento pareció que iba a añadir algo a aquella frase que había muerto antes de llegar a nacer, pero no lo hizo. Se rascó una oreja y se subió las gafas, que se le deslizaban por la nariz. Finalmente, arrastrando las palabras, dijo:

—Tienes que comer algo, Idalia.

Ella entornó los ojos y tomó aire ansiosamente por la boca. Tuvo la impresión de que se despeñaba por un barranco muy oscuro. Sin final. Se vio obligada a hacer un esfuerzo para no gritar, para calmarse. Consiguió responder:

—No, no quiero nada.

Se aclaró la voz y, para no parecer arisca, añadió:

—Estoy bien, de verdad.

Un manto de silencio se extendió sobre la sala. Era tan espeso que casi podía oírse cómo caía la nieve que cubría Central Park.

—Si no necesitas nada más, me voy —empezó a despedirse Davis —. Te llamaré mañana.

Se dirigió hacia la puerta de la estancia. Antes de llegar, se volvió. Respiró hondo, con el cansancio de quien ha vivido mucho antes de ese gris atardecer.

—Intenta descansar. Hace muchos días que no lo haces.

Cuando Davis se hubo marchado, Idalia se deshizo de aquel abrazo que mantenía consigo misma y se enderezó en el sofá. Se quedó quieta, lánguida, con las manos en el regazo como dos pájaros muertos, poseída por una impasibilidad propia de una estatua de

mármol.

Edmon desvió la mirada de las hipnóticas ascuas naranjas de la chimenea, que brillaban bajo unas tenues espirales de humo. Se acomodó en el sofá junto a la joven. Le acarició los cabellos, el rostro, mientras ella seguía rindiendo cuentas a sus demonios. Los minutos pasaban y ninguno de los dos decía nada. Él se sentía cómodo sumergido en aquel silencio, que le parecía que era fruto de la confianza y la comprensión mutua. Idalia daba la impresión de estar ausente. Pero de pronto levantó la cabeza y fijó sus ojos en el chico. Solo vio una silueta borrosa, como si en lugar de estar allí, a su lado, Edmon estuviese detrás de un cristal empañado.

—Ed, por favor, déjame sola.

Antes de pronunciar esas palabras, le había mantenido la mirada y había tragado saliva con fuerza intentando esbozar una sonrisa de dientes apretados que no era una sonrisa. Él, al escucharlas, levantó la cabeza como un polluelo asustado y se hundió un poco más en su asiento, con las piernas separadas y la mirada perpleja de quien acaba de recibir un golpe inesperado. Se pasó los dedos por los cabellos, desde las raíces hasta las puntas. Desconcertado, en un primer momento él también intentó sonreír, pero, al no conseguirlo, quiso forzar una mirada comprensiva. Finalmente, abrió la boca para decir algo:

—Yo...

No encontró ninguna otra palabra.

Idalia se tapó los ojos con las manos y presionó con fuerza, como si quisiera desaparecer de este mundo. Su voz sonó con más dureza que antes. Impaciente.

—Es lo que necesito, Ed. Lo que quiero. Entiéndelo, te lo suplico.

Y, entonces sí, una sonrisa triste adornó sus palabras.

Sola.

Por fin sola.

Era lo que había deseado desde que se había puesto en pie aquella mañana. ¡Hacía tanto de eso!

Qué día tan largo.

Y oscuro.

¡Y qué frío!

La soledad es fría, pensó mientras, sentada aún en el sofá, contemplaba la danza juguetona de las llamas, que poco a poco se desvanecían para convertirse en brasas. Como su vida, que también parecía desintegrarse como si fuese un puñado de arena escapándose de una mano cerrada.

El silencio de la sala, ahora tan evidente, parecía crecer y extenderse. Acabó envolviéndola por completo, y ella sintió que se estaba escindiendo en dos dentro de aquel espacio que, sin Sylvia, se agrietaba como un huevo. Antes de ceder definitivamente ante la añoranza, decidió pensar en su decisión de retomar el trabajo, que había interrumpido para cuidar a su madre. A lo largo de aquellos dos largos y amargos meses que había pasado viendo cómo Sylvia se apagaba, casi no se había movido de su lado. Pero ahora debía volver al trabajo, a su estudio de fotógrafa. A su vida.

Las palabras que su madre le había dicho cuando perdió a su padre regresaron a su cabeza, incisivas en su sencillez, dolorosamente ciertas:

—Para poder continuar hemos de aceptar las cosas que la vida pone en nuestro camino. Ahora tenemos que mirar adelante.

Ahora tengo que mirar adelante...

Ahora... Se entretuvo paladeando aquella palabra un buen rato. Era tan sencilla que la estuvo deshaciendo en la boca hasta dejarla reducida a polvo. Hasta que la hizo desaparecer.

Se levantó del sofá. Se fue a servir un whisky. Se lo bebió de un trago y volvió a llenar el vaso. En el piano descansaba la partitura de la *Gnossienne núm. 1* de Satie. Recordaba haberla tocado a cuatro manos con su madre una noche lluviosa en la que el otoño se consumía anticipando el inminente invierno. A través del gran ventanal del apartamento de Central Park, los caminos del día empezaban a borrarse mientras Sylvia se difuminaba también en medio de una triste melancolía movida por los hilos de la lluvia.

Idalia colocó las manos sobre las teclas del piano y empezó a tocar. El piano adivinó su miedo y cada una de las teclas percibió el temblor de sus dedos. Pero, al cabo de unos segundos, las notas comenzaron a fluir con libertad y ella aspiró un aliento de bienestar que no sentía desde hacía tiempo. Un bienestar difuso. Inconcreto. Tan solo la leve sensación de que para seguir adelante debía asumir la crudeza de aquella pérdida en toda su dimensión. Tenía que aceptar

que a partir de aquel momento echaría de menos a Sylvia Nolan, su madre, con rabia, como si le faltase el aire.

Para siempre.

Nueva York

Febrero de 1964

La cuestión económica nunca había sido una preocupación para Idalia. Y tampoco lo sería a partir de ahora. Acababa de asistir a la lectura del testamento de su madre en el despacho de Andrew Davis. Tal vez no sería exagerado decir que, a sus veinticinco años, se había convertido de pronto en una de las jóvenes solteras más ricas de Nueva York. Pero no solo había heredado dinero.

—Tu madre lo tenía todo previsto —le dijo Davis—. Eso ya lo sabes, Idalia. Ella, al igual que antes tu padre, lo quería dejar todo bien atado.

Ella esbozó una sonrisa triste y asintió con la cabeza. Sabía la confianza que su madre había depositado en Andrew Davis. Le decía a menudo que era un buen hombre y muy eficiente; y le había repetido hasta la saciedad que, cuando ella faltase, confiase en él porque la ayudaría en todo.

Tampoco le pasaba desapercibida la adoración incondicional que aquel hombre sentía hacia su madre. Por mucho que él lo intentara, era algo que no podía disimular. A Idalia no le extrañaba. Todos los que habían conocido a Sylvia Nolan la adoraban.

—Tu madre fue muy clara en lo que respecta al futuro. Como has podido ver, lo tienes asegurado. No haría falta que movieses un dedo el resto de tu vida, si así lo quisieras. Aunque te conozco y sé que eso no ocurrirá. Llegarás a ser una gran profesional de la fotografía, estoy seguro.

—Lo intentaré, Andrew.

Se miraron con afecto. El hombre se levantó de la butaca del despacho en la que estaba sentado y se dirigió hacia un cuadro que ocultaba una caja fuerte. Idalia observó cómo Davis caminaba pausadamente, con la espalda un poco encorvada y los ojos tristes

detrás de las gafas. Abrió la caja fuerte y sacó algo de dentro. Volvió a hablar, esta vez sin tanto dolor, con su voz de siempre y en un tono más profesional, concentrado en lo que estaba haciendo.

—Pero tu madre no solo te ha dejado dinero y propiedades.

Los ojos de Idalia dibujaron un interrogante.

Davis dejó el objeto que había sacado de la caja fuerte sobre la mesa del despacho y después se volvió a sentar en la butaca. Idalia se echó hacia delante y, llena de curiosidad, se quedó mirándolo.

—¿Una caja?

—Sí, una caja.

Era una caja de hojalata lacada. Antigua. Con el fondo de color granate y unas grandes hojas doradas en relieve recorriendo toda su superficie. Idalia cayó en la cuenta de que no era la primera vez que la veía. Habitaba en sus recuerdos infantiles.

—Una tarde de diciembre, Sylvia me telefoneó —explicó el abogado—. Me dijo que fuese a verla enseguida; que tú habías salido a hacer unos encargos y que quería hablar conmigo antes de que regresases.

Hizo una pausa mientras observaba a Idalia por encima de las gafas y dejaba que el recuerdo de aquel encuentro se abriese paso.

—Me extrañó la inquietud que detecté en su voz, pues pocos días antes habíamos dejado cerrados los últimos detalles del testamento. Por ese lado no había motivos para preocuparse. Pero entonces me dijo que tenía prisa por resolver un asunto que había quedado pendiente.

Su voz se convirtió en un jadeo:

—«No tardes, Andrew», me dijo. Y no tardé. Fui enseguida.

El hombre se quitó las gafas y se pinzó el puente de la nariz con dos dedos. Aquel gesto era siempre un bálsamo para su abatimiento. Se rehízo y continuó hablando con una voz que vibraba de emoción.

—Al llegar, tu madre me entregó esta caja y me dio instrucciones muy claras de que la guardara y solo te la diera cuando ella hubiese muerto. Así lo hago ahora cumpliendo su deseo y mi palabra. A partir de este momento, tú eres la única propietaria de lo que contiene.

Idalia pasó una mano por la superficie de la caja. Los recuerdos acudieron a su mente. Recuerdos pintados de risas infantiles, de botones y piedras de río; de miradas tiernas y maternales.

Una tímida sonrisa llena de nostalgia asomó a sus labios. Alzó los

ojos, que había mantenido clavados en la caja, y los fijó en el rostro del abogado.

—Recuerdo esta caja. De pequeña guardaba en ella mis tesoros.

Entonces sonrió más abiertamente.

—Muchos los conseguía del tocador de mi madre. ¡Me gustaban tanto aquellas horquillas, los peines, las cuentas de cristal que se habían salido de algún collar roto! Ella no lo sabía, pero...

Sacudió la cabeza y se quedó mirando a Davis fijamente.

—No sé qué contiene, Idalia —dijo adivinando los pensamientos de la chica—. Sylvia me dejó bien claro que solo tú podías abrir la caja y ver su contenido. Yo solo soy el mensajero.

—Pero, no lo entiendo... ¿Por qué no me la dio a mí directamente?

Davis negó con la cabeza. Eso, probablemente, nunca lo sabrían.

Idalia se dirigió a su estudio del Soho cargando la caja bajo un cielo nublado y amenazador.

El nombre de Soho, South of Houston Street, comenzaba a sonar con fuerza entre los artistas y bohemios que, desde hacía pocos años, se habían ido instalando en los Iron Buildings, unos espacios inmobiliarios cuyos alquileres resultaban bastante asequibles en comparación con los de otros distritos de la ciudad. De día, el barrio estaba repleto de camiones, de obreros que hablaban español y de escombros y desperdicios.

Al caer el sol, una inquietante soledad se apoderaba de aquellas calles, algunas de las cuales, como la de Bowery, se volvían peligrosas por la noche y resultaba poco recomendable aventurarse por ellas.

Eso no parecía importarle lo más mínimo a Idalia. Cuatro años atrás había descubierto el barrio y se había enamorado de su aire bohemio. También se enamoró de un ruinoso edificio de ladrillo rojo de tres pisos.

La primera planta del edificio había albergado una empresa de estampación de metales. Al poner los pies allí, Idalia enseguida se imaginó su futuro estudio de fotografía. Mientras paseaba entre los escombros y los desechos esparcidos por el suelo, iba eligiendo dónde pondría el fondo para retratar a las modelos, los focos de techo, los de pie, las cámaras de gran formato con sus trípodes. Necesitaría un par

de muebles para dejar las réflex y los carretes, y quizá dispusiera de suficiente espacio para improvisar un pequeño vestidor con cortinas. Y una mesa para el maquillaje, por supuesto. Estaba tan entusiasmada que no le preocupó ni lo más mínimo que en el segundo piso, donde habilitaría un salón y una pequeña cocina, no hubiese cristales en las ventanas; ni que por el tercero, donde pondría una cama para cuando se quedase a dormir y un pequeño baño, corretearan algunas ratas.

Alquiló aquella ruina, por la que aceptó pagar ciento cincuenta dólares al mes. Y se gastó mucho más para convertir el 105 de Mercer Street en su estudio profesional y en un refugio. El único lugar donde se encontraba consigo misma. El único lugar donde, ahora, le parecía posible enfrentarse a los secretos que se escondían dentro de la caja de Sylvia Nolan.

Cuando llegó, las nubes se habían vuelto aún más negras, convirtiendo el día en una noche prematura. Dejó la caja en el segundo escalón de la escalerita de acceso al edificio en un equilibrio precario, aguantándola con un pie para que no cayese escaleras abajo. El viento sopló con una racha antipática y comenzaron a caer las primeras gotas, que enseguida se transformaron en un chaparrón. En un abrir y cerrar de ojos, mientras se peleaba con las llaves, se había empapado. El improperio que soltó quedó disimulado por el chirrido de la puerta al abrirse.

Cogió la caja y entró en el estudio secándose con la mano que le quedaba libre el agua que le chorreaba desde el pelo hasta la nariz. Subió hasta el segundo piso y, con cuidado, dejó la caja sobre la mesa que utilizaba tanto para comer como de escritorio. Se quitó el abrigo y las botas y, descalza, se dirigió al rinconcito de la cocina para encender el hervidor. Con una taza de té humeante en las manos, se acurrucó en el sofá. Comenzó a beberse el té a sorbitos sin dejar de mirar de reojo la misteriosa caja.

¿Qué habría allí dentro? ¿Qué misterios escondía y por qué su madre había esperado a morir para hacérsela llegar a través de Davis? Sabía muy bien que Sylvia nunca había sido una de esas personas melancólicas a las que les gusta coleccionar y guardar recuerdos. Estaba claro que lo que contenía la caja no era algo banal. Sylvia no había podido o no había querido mostrarle personalmente lo que

había allí dentro. Pero había tomado medidas para que llegase a sus manos cuando ella ya no estuviera.

—Cuando ella ya no estuviera... —murmuró Idalia.

Al morir su padre, llegó a pensar que no le podría pasar nada peor. En aquel entonces tenía a su madre al lado para mantener el destino a raya, aunque se preguntaba si realmente existía eso que llaman *destino* o no era más que una invención de los hombres y de su incapacidad para asumir el dolor. Durante aquellos cuatro años casi había conseguido que un muro la protegiera de las embestidas de la vida. Pero nadie tiene el control sobre nada. La tragedia que siempre planea sobre el ser humano no entiende de muros. La tragedia es casual. Aleatoria. Y ahora se había llevado a su madre y, a cambio, le había dejado esa caja en la que, muy probablemente, a resguardo del tiempo y del olvido, se escondían los secretos que Sylvia Nolan nunca había confesado a nadie.

El corazón empezó a palpitarle con fuerza mientras abría la caja.

La noche se diluía en la lluvia y parecía querer susurrar secretos. En algún lugar de aquel cielo cubierto y sucio debían de centellear las estrellas. La luna tampoco se veía. Todas las luces de la pequeña estancia estaban encendidas y el contenido de la caja que Idalia acababa de heredar estaba esparcido por la moqueta. Había muchas fotografías y recortes de periódico. También cuadernos llenos de poemas escritos a mano con la letra de Sylvia. Idalia la reconoció a pesar de que el trazo era menos firme, un poco más tembloroso que el que ella había visto tantas veces. Parecía la letra de quien todavía no ha escrito todas las líneas de su destino.

El corazón le tamborileó con fuerza al descubrir entre aquellos tesoros un poemario publicado en Barcelona en 1931: *Las dunas del olvido*. Lo firmaba Sylvia Mendieta, que era el nombre de soltera de su madre. Idalia leyó aquellos poemas con voracidad. Los recitó en voz alta tratando de imitar sin éxito el dulce acento cubano de Sylvia y trabucándose a cada palabra. Eran poemas amorosos, valientes, a ratos sensuales y eróticos; a ratos, llenos de un leve aire de nostalgia hacia aquello que presentimos que puede acabar en cualquier momento.

¿Por qué su madre nunca le había enseñado aquella joya? ¿Por qué no le había hablado de la joven que había escrito y publicado sus

primeros poemas en aquella lejana ciudad mediterránea?

La cabeza de Idalia hervía de preguntas sin respuesta cuando cogió un fajo de cartas, atadas con una cinta polvorienta, que descansaban su largo olvido en el fondo de la caja. Una docena. Al empezar a leer la primera, se dio cuenta con sorpresa de que se trataba de una apasionada carta de amor que alguien había enviado a su madre. Los sentimientos, desbocados y rebeldes, afloraban en cada frase y, línea a línea, crecían sin contención en medio del recuerdo de escenas vividas y de imágenes oníricas y neblinosas de lo que estaba por venir:

> Sueño que vuelvo a hundir mis dedos en la negrura de los cabellos de tu nuca y que, atrayéndola hacia mis labios, absorbo toda su dulzura.

Una maraña de sensaciones se fue tejiendo en el interior de la joven. No podía dejar de pensar que, al leer aquellas cartas, estaba invadiendo el santuario de la intimidad de Sylvia. Cierto pudor se apoderó de ella. Pero la resistencia fue efímera; a bocanadas, incapaz de detenerse, Idalia continuó leyendo:

> Eres mi bruja de musgo. Hechicera de lunas llenas. Olvidadora de confines.

Bruja de musgo...

Olvidadora de confines...

Repitió una y otra vez aquellas palabras que se le deshacían en la boca. Le pareció que, al decirlas en voz alta, tomaban vida, que se escapaban de la hoja amarillenta donde habían reposado durante tanto tiempo.

¿Quién podía escribir el amor con unas palabras como aquellas?

Llena de curiosidad, continuó leyendo las cartas, buscando esta vez un nombre, el del amante de su madre. Quizá, su primer amor. Pero no encontró más referencia que la inicial con la que las firmaba:

> L.

Una certeza se iba apoderando del ánimo de Idalia: Sylvia Mendieta era una extraña para ella.

Lo único que sabía con seguridad era que su madre había llegado a Nueva York hacia 1932, y que antes había pasado unos años —pocos, le había oído decir— en Barcelona, porque su padre, el militar

Máximo Mendieta, fue nombrado cónsul de Cuba en la Ciudad Condal. Aparte de esos datos imprecisos, lo ignoraba todo sobre la joven Sylvia Mendieta, cuya imagen había quedado oculta tras el fulgor cegador de Sylvia Nolan. La esposa modélica. La madre ideal. La escritora de éxito. La mujer hermosa y seductora que convertía en luz todo lo que tocaba.

Cuando terminó de leerlas, Idalia volvió a doblar con cuidado las cartas, hechizada por aquel precioso secreto y cautivada por la forma en que aquellas palabras le habían acariciado los sentidos. Las devolvió a la caja. Y fue también guardando todo lo que había sacado: las fotografías, los poemas, los recortes de periódico...

La cerró y se quedó mirándola como si el mundo hubiese quedado reducido a aquella caja y a ella. Como si la caja, regresando desde los lejanos días de la infancia, hubiese llegado para cerrar un ciclo.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué ahora? Ahora que no estás aquí para responder a ninguna pregunta.

Una ráfaga de viento más fuerte que las otras salpicó de gotas de lluvia los cristales. Idalia bajó la cabeza, metió los dedos entre sus cortísimos cabellos y se apretó la nuca durante un instante. Lo hacía inconscientemente siempre que algo la atormentaba. Después suspiró como si intentara quitarse de encima un peso muy grande y pensó que Sylvia debía de tener alguna razón para haberle hecho llegar sus versos y sus secretos desde el lugar donde habitaba. Su madre le estaba ofreciendo la posibilidad de compartir con ella unos secretos nunca revelados. ¿Quién dijo que el pasado no tiene sombras?

Suspiró de nuevo.

Una necesidad vehemente de saber, de romper los silencios, acababa de nacer en su interior. Podía oír su rumor a medida que crecía, segundo a segundo, amenazando con liquidar cualquier otro deseo.

Sí. Quería saber.

Sabría.

Claro que solo disponía de una L para descubrir la vida secreta de Sylvia Nolan.

Fuimos nosotras quienes llamamos a las mujeres

Nosotras nunca habíamos hablado en público. Y hablamos. Nos vinieron a escuchar por curiosidad, ya lo sabemos, pero nos vinieron a escuchar, que era lo que nos interesaba.

Nosotras nunca habíamos votado. Votamos de una manera que no era votar, pero que lo parecía, que era lo que nos interesaba.

Fuimos nosotras quienes llamamos a las mujeres. Vinieron. Vinieron medio por pasar el rato, medio por fe verdadera; pero vinieron, que era lo que nos interesaba.

Nosotras hemos conseguido, por una vez en la vida, lo que queríamos. Nosotras hemos triunfado una vez.[1]

El Café de la Rambla

La ciudad huele a mar en esta sofocante tarde del primer lunes de agosto. La terraza del Café de la Rambla está abarrotada. Dentro, en cambio, solo hay dos mesas ocupadas. Hace demasiado calor y los ventiladores son demasiado ruidosos. En una de esas mesas, la más próxima al ventanal, una mujer lee el periódico. De estatura media, cuerpo bien proporcionado, pelo moreno cortado por encima de los hombros y mirada áurea, sería una mujer de gran hermosura si no fuera porque algo en su expresión, demasiado seria, hierática, casi glacial, no invita a la proximidad.

Está tan absorta en la lectura que parece haberse olvidado de respirar. No se acuerda del agua mineral que tiene sobre la mesa y que, inevitablemente, se le está calentando. Pero, de pronto, una ráfaga de aire, ruido y vida entra por la puerta y lo trastoca todo.

—¡Cecília! —dice casi gritando la recién llegada mientras se acerca a la mesa. Y añade—: ¿Pero qué haces aquí, con este calor? Se está mucho mejor en la terraza.

Cecília levanta la cabeza del periódico y le dedica una mirada llena de incomprensión.

—Pero esta es nuestra mesa de siempre, Dolors.

Dolors Casanoves es esbelta como un junco. Tiene unos ojos de un tono grisáceo como el mar en invierno que siempre brillan soñadores. Es imparable, jovial, y su eterna sonrisa esconde la seguridad de quienes siempre consiguen lo que quieren.

—¿Qué lees con tanto entusiasmo? —pregunta a Cecília mientras, con un gesto de la mano, llama la atención del camarero.

Cecília le muestra el artículo de *La Rambla* que está leyendo.

—Arquimbau se ha superado a sí misma —exclama, y le tiende el periódico—. ¡Toma, lee!

Dolors fija la mirada en el artículo, pero Cecília sigue hablando

con un apasionamiento que no parece propio de ella y no deja que su amiga se concentre en la lectura. Pasa un dedo por delante de la nariz de Dolors y golpea impacientemente las letras impresas con tinta con el deseo de que no se pierda ni una sola palabra.

—¿Has visto lo que dice? «Nosotras nunca habíamos votado. Votamos de una manera que no era votar, pero que lo parecía, que era lo que nos interesaba...»

Dolors alza los ojos hacia su amiga. No la ha visto nunca tan emocionada. Le resulta extraño.

El camarero llega con el café.

—Nuestro voto todavía no es legal, pero Arquimbau tiene razón. Las mujeres catalanas no nos hemos quedado de brazos cruzados. Hemos sido llamadas a expresar nuestro apoyo al texto del Estatut y lo hemos hecho. ¡De un modo u otro, hemos votado! Ayer fue un día muy importante, Dolors.

Dolors cierra el periódico. Definitivamente, renuncia a leer el artículo. Por lo menos, con Cecília a su lado dando discursos.

—¡Sí que lo fue! —dice sumándose al entusiasmo de su amiga. Y suspira llena de optimismo—. ¿Sabes?, cada vez que leo un artículo como este, firmado por una mujer, por una periodista, yo... yo... siento...

Titubea sin llegar a encontrar la manera de describir lo que siente y, finalmente, con las palabras saltando entre frase y frase y confundiéndose con las risas, dice:

—... siento como si hubiésemos conquistado un continente. ¡Estoy pletórica!

El brillo de los ojos de Cecília se extravía en medio de su expresión concentrada. Niega suavemente con la cabeza.

—La conquista no es solo nuestra, Dolors, eso no podemos olvidarlo. Si Arquimbau, Murià, Polo..., si tú y yo podemos publicar en los *papeles*, es gracias a las que nos abrieron el camino. Es gracias a Monserdà, a Karr y a tantas otras que fueron preparándonos el terreno.

—Tienes razón. Las mujeres que hicieron posible lo que parecía imposible, ¿verdad?

Dolors, llena de entusiasmo y vitalidad, no puede quedarse quieta en la silla. Parece que esté a punto de dar un mitin.

—Y ahora es nuestro turno. Ahora nos toca avanzar más y mejor,

y acabar de abrir todas las puertas para las que vendrán detrás.

La joven vuelve a coger el ejemplar de *La Rambla*, le da la vuelta y se queda mirando el artículo de Rosa Maria Arquimbau, que ocupa media contraportada. Mueve la cabeza de un lado a otro en un gesto de pura admiración.

—¡Una mujer, una periodista, firmando un gran artículo, un artículo histórico en la contraportada de *La Rambla*! ¿Crees que algún día yo también podré hacer algo así?

Cecília está a punto de intervenir aprovechando que su compañera sopla el café y le da un sorbo largo. Pero no llega a tiempo. Dolors vuelve a tomar la palabra con entusiasmo:

—¡Seguro que sí! De hecho, hoy he dado un gran paso.

La otra, que ha aprovechado para mojarse los labios con el agua, pregunta:

—¿Un paso? ¿Qué paso?

La sonrisa de Dolors se hace más amplia, más luminosa y más traviesa.

—Ahora mismo vengo de la redacción de *La Rambla*. ¡No puedo estar más feliz!

Y se queda callada.

—¡Habla, mujer!

Dolors se parte de risa ante la impaciencia de su amiga. Finalmente, consigue ponerse seria y le comunica la gran noticia.

—Ya sabes que, hasta ahora, *La Rambla* solo me había publicado *gacetillas* sin firmar. ¡Pero ahora van a publicarme una colaboración firmada y todo!

—¡No me habías dicho nada!

—Tenía tanto miedo de que no me la admitiesen... Pero a Massip, ya sabes, el director del periódico, le ha gustado.

Cecília sonríe sin darse cuenta, feliz por ese importante paso que la joven periodista, casi su protegida, acaba de dar.

—Y dime, ¿de qué habla tu primer artículo para *La Rambla*?

—No es un artículo; es una interviú que hice el mes de abril pasado a chicas estudiantes para saber qué opinaban sobre la República.

—¡Mujer y República! ¡Interesante!

Dolors apoya la espalda en la silla. Alza los ojos hacia el techo y levanta las manos, que aletean al ritmo de sus palabras, citadas de

memoria:

—«Mañana de viernes de un luminoso día primaveral. La ciudad resplandece de vida. El edificio de la Universidad Central hierve de movimiento. En el patio de Letras, grupos de chicos y chicas comentan apasionadamente, a gritos, los últimos acontecimientos políticos. Sus voces entonan la canción de los anhelos e inquietudes que vibran en sus jóvenes corazones.

»Primavera... Sol... ¡Qué mañana tan radiante!».

Se detiene y espera con ansia la reacción de su compañera. Como Cecília no dice nada, pregunta impaciente:

—¿Te gusta cómo empieza?

—Siempre he creído que el futuro te sonreiría, Dolors.

—Tengo fe en el futuro de las mujeres periodistas, ¿sabes? Solo hace falta mirarte a ti. ¡Cuánto trabajas, Cecília! Desde hace dos años publicas en periódicos y revistas de información general. Y lo haces en condiciones comparables a las de los hombres. Y ahora...

Casi pone los ojos en blanco para añadir:

—¡... trabajas en Radio Asociación! ¿Cuántas mujeres pueden decir eso?

—Soy mayor que tú. He tenido tiempo de hacer cosas y el trabajo no me asusta. Al contrario, me libera.

Se endereza en la silla y, rompiendo ese momento de confidencias, añade bruscamente:

—Piensa que no soy la única que trabaja en la radio. Están Rosalia Rovira, Paquita Boris y...

Dolors ya no la escucha:

—¿Recuerdas cómo nos conocimos?

Las dos chicas se quedan en silencio rememorando la escena. Quizá los colores que le ponen no son idénticos, y la música de fondo también debe de sonar diferente, pero es la misma escena. De eso hace dos años. Era 1929 y Dolors Casanoves se paseaba por las redacciones de los periódicos de la ciudad con sus escritos en la mano porque quería ser periodista. Tenía ambición y estilo. Pero era una absoluta desconocida.

En la redacción de *La Dona Catalana*, la revista que salía los viernes, la recibió Magí Murià, el director. La escuchó con cordialidad y ella le entregó una muestra de los artículos que había escrito. Cuando se marchó, Murià se los pasó a Cecília Ibars, una de sus

mejores redactoras. El alma de aquella publicación.

—Toma, Cecília. Mira a ver si hay algo que se pueda aprovechar.

—Tengo trabajo, Magí.

—Mujer, es un compromiso. Es la hija de Casanoves, el de la farmacia y los laboratorios.

—¿Y eso qué tiene que ver? —respondió de mal humor Cecília, a la que le faltaban manos para llegar a todo.

Pero ella no era una persona que dejase las cosas a medio hacer. Para ella todo se convertía enseguida en una obligación. Se leyó los artículos y llegó a la conclusión de que aquella chica tenía talento, y que ese talento no tenía nada que ver con su padre el farmacéutico. Para una joven resultaba muy difícil llegar a colaborar en periódicos y revistas. Quizá la hija del farmacéutico se mereciera una oportunidad. Primero le encargó una breve crónica de sociedad sobre una gala en el Liceo. Dolors Casanoves la escribió con gracia, retratando con habilidad a la burguesía barcelonesa, que tan bien conocía. Le siguieron otras crónicas, todas sin firmar, pero con el inconfundible sello de su estilo desenfadado, crítico y socarrón.

No era lo que la aprendiz de periodista soñaba, por supuesto. Ella quería hacer un periodismo más combativo, pero estaba empezando a volar y aprendía a hacerlo escribiendo aquellas notas sociales, que, de hecho, eran una de las secciones más buscadas por los lectores de periódicos. Sin contar las necrológicas, claro.

Dolors le debe a Cecília Ibars haberse podido iniciar en el mundo del periodismo. Por eso las dos jóvenes mantienen, pese a sus diferencias de carácter e incluso de edad, una buena relación profesional y personal, y han convertido en costumbre sus encuentros en el Café de la Rambla, al lado de la calle de la Canuda.

—Si no hubiese sido por ti...

En los ojos de Cecília brilla el afecto que siente por la chica. Aunque evidentemente hay que conocerla bien para detectar ese destello fugaz.

Dolors salta de un tema a otro. Siempre lo hace. Es un polvorín. Pero hoy está especialmente exaltada. Debe de ser el efecto de la entrevista que le han aceptado en *La Rambla*.

—¡Cinco duros por un artículo de cinco páginas! —exclama entusiasmada—. No está mal, ¿verdad?

—Es lo que corresponde.

Dolors chasquea la lengua y, totalmente inmersa en sus pensamientos, se acaba el café de un sorbo.

—¿Qué voy a hacer con ese dinero?

Mientras la joven barrunta cómo gastarse enseguida el dinero que le acaban de pagar, Cecília Ibars reprime un arrebato de enojo. Ella no tiene esos dilemas. Dolors puede malgastar lo que gana porque en su casa van sobrados y no necesitan para nada lo que ella pueda cobrar. Su situación, en cambio, es muy diferente. Cecília no puede quedarse ni siquiera con una pequeña parte de su sueldo. Ahora que su hermano se ha casado, necesita lo que gana en Radio Barcelona y publicando en tantos periódicos y revistas como puede para mantener a su madre e ir tirando. Porque ella no es hija de uno de los farmacéuticos más célebres de la ciudad, con farmacia en la rambla de Cataluña, ni vive en un gran piso en la mismísima rambla de Cataluña. Por no poder, no puede ni soñar con independizarse, por mucho que desee alejarse lo máximo posible de la tristeza que impregna cada rincón de su casa.

Intenta expulsar de su cabeza estos pensamientos. Dolors no tiene la culpa de ser quien es, de haber nacido donde ha nacido.

No. Nadie escoge las circunstancias en las que llega a la vida.

Tampoco Dolors.

Tampoco ella.

Un fular de seda amarilla

Dolors camina Ramblas arriba hacia el paseo de Gracia. Se siente tan feliz, tan pletórica, que ni siquiera percibe cómo el calor pegajoso y húmedo de esa tarde de pleno verano perla su frente y le pega los cabellos rubios a la nuca.

Cierra los ojos y todavía puede notar el olor, escuchar el rumor, respirar el aire del atardecer del 14 de abril. «¡Viva la República! ¡Viva Macià!», gritó el país entero con una sola voz. Y el grito resonó en cada rincón de Barcelona, de cada pueblo, de cada casa. De cada corazón.

La joven abre los ojos, pero la imagen no se desvanece. Todavía puede ver hombres y mujeres caminando abrazados por las calles. Ve de nuevo las sonrisas y la esperanza en todas las miradas. Ve con los ojos del recuerdo a las mujeres enarbolando la bandera republicana con el gorro frigio en la cabeza.

¡Las mujeres!

El país se encamina hacia una época de cambios que hasta hace poco eran impensables. Y eso no es todo, piensa Dolors; después vendrá la legalización del divorcio, la equiparación de los sexos. La coeducación. Sí, vendrá todo eso y más, porque comienza una nueva era de libertad. La República ha llegado para cambiarlo todo. Y el día de ayer, ese domingo 2 de agosto de 1931 que pasará a la historia, fue la prueba. Ayer las mujeres acudieron masivamente a votar para mostrar su conformidad con el Estatut. Edificios públicos, calles y plazas se llenaron de mesas de votación. Y ante cada mesa, colas de mujeres. Mujeres dispuestas a hacerse oír. A impulsar el cambio.

Es verdad que, como dice Rosa Maria Arquimbau en el artículo que Cecília le ha leído con tanto entusiasmo, ese voto no tiene valor legal. Pero está segura de que la legalización del voto femenino está a punto de llegar, a pesar de que haya mujeres como Kent o Nelken que se opongan a ello, influenciadas más por los intereses de partido que por su condición de mujeres. En cualquier caso, también hay mujeres

como Clara Campoamor que lo defienden con uñas y dientes. A mordiscos. No le cabe ninguna duda: Cataluña y España están llenas de Claras Campoamor y las mujeres votarán muy pronto.

Las mujeres serán libres.

Las mujeres serán lo que quieran ser.

Dolors abre la boca, y está a punto de escapársele un «¡Viva la República!», que reprime con una sonrisa. ¡Se siente tan feliz! Quizá este estado de felicidad tan rotundo tenga algo que ver con el hecho de que se dirige hacia una cita cuya proximidad hace días que le inflama el corazón. Es lo que tiene el amor: ¡te inflama!

Y entonces, una imagen le viene a la cabeza como un relámpago.

¡Un fular de seda amarilla!

Precioso.

Lo vio hace unos días en uno de los escaparates de El Siglo.

No lo duda. De pronto tiene muy claro en qué invertirá el dinero de su primera colaboración en *La Rambla*.

Se dirige hacia los grandes almacenes.

Entra.

Su corazón sonríe lleno de emociones anticipadas.

Herminia, la vieja criada negra, abre la puerta, la ve y su rostro redondo como un pan moreno se le ilumina con una sonrisa cómplice. Le habla lentamente y arrastrando unas palabras llenas de cadencias exóticas que huelen a ajiaco.

Dolors sigue el frufrú hipnótico de la falda de la mujer deslizándose por los pasillos del gran piso de paseo de Gracia. Cuando llegan a la terraza, que es como un invernadero tropical, la sirvienta da media vuelta y se aleja en silencio cumpliendo con una costumbre que ya se ha convertido en ritual.

La chica continúa avanzando sola por la selva de colores y aromas, con las piernas temblorosas y el corazón desbocado. El olor de las camelias es tan potente que le cuesta respirar. Se detiene.

Ella está de espaldas, reclinada en una butaca de mimbre. No la ha oído llegar. Tiene un libro abierto en las manos, pero no está leyendo; mira fijamente al cielo. El reflejo del sol moribundo ha empezado a teñir de amarillo las nubes. El aire es aún luminoso y salado.

De repente, la chica que mira el cielo sentada en una butaca de mimbre y con un libro que no lee entre las manos parece intuir su presencia. Se vuelve y, al verla, abre la boca extasiada. Le lanza una mirada tímida y coqueta, y Dolors cierra los ojos para poder aspirar mejor su perfume floral, ese recordado perfume que aviva su deseo y lo hace serpentear por todo su cuerpo hasta concentrarlo en su sexo. Es el mejor momento: el de la anticipación. Cuando todo está por venir, por vivir, por sentir. Cuando todo es posible. Cuando todavía podemos escuchar la risa clara y fresca del deseo. Cuando el amor todavía no se ha convertido en recuerdo.

Se acercan impacientes, olvidándose de todo. El roce de la piel de ébano y el perfume dulce paralizan a Dolors. Solo unos segundos, porque enseguida las amantes se besan con las bocas abiertas, deshaciéndose cada una en los labios de la otra, convertidas en un beso intenso. Dolors exhala un suspiro al percibir en las mejillas el tacto sedoso de esos cabellos negros, largos y ondulados, y se entrega a la dulce presión de los pezones de esos otros pechos firmes que se endurecen al entrar en contacto con su piel.

Pasado un rato, toda una eternidad, según como se mire, los dos cuerpos se han fundido en uno solo. Sylvia se cubre parcialmente con el fular de seda amarilla, que es como una explosión de sol sobre su piel morena. Dolors no puede dejar de acariciarla mientras, insaciable, recorre con la lengua el cuello de su amante.

Y los pechos.

Y el vientre.

—Lola... Lola...

Gime Sylvia.

Y cierra los ojos.

Y se entrega al placer.

El asesino de almas

Hay momentos en la vida en los que te parece que ya no podrás dejar de llorar. Al menos eso es lo que pensaba Kate desde que Richard se había ido dejándola tan sola que no había sabido hacer otra cosa que sobrevivir con la tristeza pegada a la piel.

Estaba física y moralmente agotada, sobre todo ahora que ya hacía tres meses que Richard se había marchado. Ella no tenía familia en Nueva York. Ni siquiera una amiga con la que poder desahogarse. Su única amiga era la ciudad, sus calles, sus bulevares y sus parques, donde pasaba las horas de los días vacíos intentando encontrar un poco de consuelo.

Aquella mañana, muy temprano, había ido hasta la calle Setenta y dos para tomar el tren número uno en dirección sur. Tuvo que hacer el viaje de pie porque el tren iba lleno hasta los topes de gente medio dormida que se dirigía al trabajo. Kate pensó que todo el mundo tenía un objetivo en la vida. Todo el mundo menos ella, claro.

Se bajó en Sheridan Square y se encaminó hacia el este. Se desvió por Bedford y dobló por Sullivan. Llegó a Washington Square Park. Allí el paso del tiempo ignoraba su tragedia: los borrachos dormitaban en los bancos; los viejos jugaban al ajedrez. Había alguna pareja joven sentada en la hierba.

Cerró los ojos y escuchó el silencio. Solo algún leve rumor lo perturbaba. Pensó que su vida se había convertido en la más amarga y pura de las desolaciones. Tal vez Richard nunca llegaría a saberlo, pero al abandonarla había asesinado su alma.

Sí, el amor de su vida era un asesino de almas.

Y la suya estaba muerta.[1]

Forestburgh

Marzo de 1964

Después de cenar, Idalia se había retirado a la pequeña biblioteca, donde, acomodada ante el escritorio donde se habían gestado las novelas de su madre, releía *El asesino de almas*. En aquellos momentos de duelo absoluto, la obra de Sylvia era un bálsamo que la acercaba a su recuerdo y la reconfortaba.

La Casa del Lago era, sin duda, el mejor escenario para dar rienda suelta a la enorme curiosidad que anidaba en el corazón de Idalia, y que crecía día a día amenazando con convertirse en un pavoroso monstruo capaz de consumir todo su tiempo y sus energías. Y es que en aquella casa los recuerdos de su madre, a ratos juguetones y risueños, a ratos afligidos y melancólicos, se paseaban por todos los rincones. Sabía que tropezaría con ellos a cada instante. Y que eso le haría daño. Aun así, estaba segura de que volver a la Casa del Lago después de la muerte de su madre era la única manera de reconciliarse con su ausencia, y de que solo allí podría enfrentarse a una idea que se había instalado con fuerza en su interior. Estaba decidida a descubrir quién había sido Sylvia Mendieta. Lo que había vivido en Barcelona. Lo que había callado. Pero, sobre todo, quería saber por qué lo había callado.

Hizo un esfuerzo por concentrarse en la lectura, aunque en aquel preciso momento resultaba difícil por el ruido que hacía Lucia en la cocina mientras lavaba los platos entre sollozos. Aquella mujer se había encargado de la Casa del Lago desde el principio, tanto cuando los Nolan estaban como cuando no. Ahora Idalia oía cómo esparcía su pena por los rincones con una letanía lúgubre y monótona que hacía todavía más ensordecedor el silencio que la ausencia de Sylvia había dejado en la casa.

—Quién iba a decir que la señora... Tan llena de vida como

estaba el verano pasado... ¡Ay, señor! No somos nada. No somos nada.

Idalia habría agradecido que el dolor de Lucia hubiese sido más discreto y silencioso. Bastante tenía con cargar con el suyo. ¿Pero qué podía hacer? Cada cual llora a los muertos a su manera.

La biblioteca comunicaba con un porche con vistas al lago, que a aquellas horas brillaba con reflejos de plomo. Las ramas de los árboles temblaban ligeramente detrás de los cristales. Todavía no se había hecho de noche del todo, pero la luna, roja y juguetona, ya había iniciado su baño nocturno sobre sus aguas tranquilas.

Idalia se preguntó cuántas veces se había quedado anonadada ante el espectáculo que en aquel momento contemplaban sus ojos. No lo sabría decir. Aquel era su rincón preferido de la casa, y no solo porque desde allí el lago adquiría una dimensión casi onírica, sino porque el estudio y el porche le traían a la memoria la imagen de Sylvia trabajando en sus libros, leyendo o, simplemente, contemplando fascinada, como ahora hacía ella misma, la luna sobre el lago.

La joven cerró los ojos y alargó una mano. Por un momento, le había parecido que su madre estaba allí, que la tenía delante y la podía tocar, como si al pensar en ella pudiese hacerla aparecer.

Pero solo tocó el vacío.

Se recompuso y suspiró ruidosamente.

Pues claro que estaba allí. Siempre estaría.

Porque Sylvia, ahora, era árbol y lago.

Y luna.

Era su infancia.

Era su vida entera.

Forestburgh es una pequeña ciudad de poco más de cuatrocientos habitantes, la más pequeña de las quince que conforman el condado de Sullivan, en Nueva York, situada precisamente donde el río Neversink entra en el desfiladero del mismo nombre y fluye sobre cascadas. La naturaleza, en ese rincón del mundo, es simplemente esplendorosa.

Sylvia Nolan había descubierto ese lugar único por casualidad. El año 1945 había publicado su primera novela, *Entre tinieblas*, que había tenido unas ventas discretas, pero anunciaba éxitos futuros. La prensa

se había hecho eco de ella y la crítica había elogiado la manera que la autora tenía de construir los personajes, de darles vida, de situarlos en un mundo ficticio y al mismo tiempo muy real que recreaba fidedignamente la ciudad de Nueva York, con sus luces y sus sombras.

La editorial confiaba en ella, en su trabajo, y por eso le había encargado una segunda novela. Ella se lo había tomado muy en serio. Con aquella segunda obra quería encarrilar su carrera de escritora. Estaba decidida a superar todas las expectativas. Pero aquel verano de 1947 Nueva York era ya una ciudad demasiado grande, demasiado ruidosa y demasiado llena de todo tipo de tentaciones para quien, como ella, estaba acostumbrada a llevar una intensa vida social. Además, era madre de una niña de ocho años que consumía todas sus energías. Se angustiaba buscando inútilmente la paz que necesitaba para escribir. Y entonces alguien le habló de la residencia de escritores Merriewold, en Forestburgh.

Pasó allí tres semanas. Y no solo encauzó su novela, sino que decidió que quería seguir escribiendo en aquel lugar donde la primavera se sentía en la piel, donde la lluvia fresca apagaba las brasas de los ardientes días de verano, donde era posible seguir el rastro de las hojas muertas en otoño y donde, en invierno, desde el cobijo seguro del hogar, los ojos quedaban hechizados por los copos de nieve que brillaban fugazmente antes de caer al suelo y alfombrar todo de blanco.

Dentro de la cabeza de Sylvia fue tomando forma un sueño: una casa. Un refugio de paz para ella e Isaac, su marido, pero sobre todo un lugar donde ver crecer a Idalia sana y libre y, ¿por qué no?, un poco más salvaje de lo que cabía esperar de una niña de Manhattan.

Le contó a Isaac el sueño que revoloteaba en su interior. Él, uno de los arquitectos de más renombre de Nueva York, la escuchó seducido por su entusiasmo y fue convirtiendo aquellas imágenes, que solo existían en la imaginación de su mujer, en una rutilante realidad, en aquella casa blanca acunada por el verde oscuro de los robles y el azul de las aguas del lago artificial que acabó dando nombre al sueño de Sylvia Nolan: la Casa del Lago.

Con el paso de los años, Sylvia fue vistiendo aquel rincón idílico con su personalidad y su gusto exquisitos. Muebles confortables, bellas obras de arte y un sinfín de libros llenaban las habitaciones del refugio invitando al reposo y el disfrute. Y, aun así, se respiraba allí una

pausada sencillez, pues nunca olvidó que lo que hacía incomparable la Casa del Lago era el impresionante paisaje que se colaba por las ventanas y por el porche, pintando el interior con los esplendorosos colores de la naturaleza.

Un nuevo principio, la cuarta novela de Sylvia Nolan, un *thriller* psicológico y urbano, la había catapultado al cielo de los escritores bendecidos por los dioses. Había salido en 1953, y en pleno verano de 1955 todavía era una de las novelas de referencia en las librerías neoyorquinas, una de las más vendidas. Un auténtico bestseller.

Sin embargo, en lo referente a su vida personal, aquel no había sido un buen año para ella, ya que vivía muy preocupada por su hija, quien, a sus dieciséis años, había terminado la *high school* con unas notas bastante modestas que tenían más que ver con la desgana y el desinterés con los que se tomaba la vida en aquellos momentos que con sus capacidades reales.

Sylvia y su marido, Isaac, se preguntaban a menudo qué habían hecho mal, en qué se habían equivocado a la hora de educar a su hija. Ellos, que eran unos padres comprensivos, dialogantes y tolerantes; ellos, que habían puesto a su alcance la cultura y el arte que envolvía sus vidas, veían frustradas todas las ilusiones que habían depositado en el futuro de su hija, una chica desmotivada que no sentía ningún tipo de curiosidad por nada.

En efecto, Idalia tocaba razonablemente bien el piano, pero no sentía ningún interés por la música. Hablaba bien el español y el francés, pero sus conocimientos idiomáticos no parecían emocionarla lo más mínimo y no los utilizaba para nada. Acompañaba a su madre, siempre presente donde vibrara la cultura de aquella ciudad cosmopolita, a exposiciones, conciertos, *vernissages* y presentaciones literarias. Pero lo hacía con una dócil obediencia. Sin ganas. Estrenar vestidos caros y lucirlos en las fiestas que se celebraban día sí y día también en las casas de otros ricos herederos como ella era, de momento, el único interés visible de Idalia.

Los Nolan estaban preocupados. Y mucho. Es cierto que ellos no se enfrentaban al drama de tener que tratar con una adolescente rebelde como tantos otros padres que conocían. Desde luego, su hija no era una rebelde problemática. Simplemente era una persona

totalmente aburrida. Una niñita insustancial que transitaba por la vida sin ningún entusiasmo. Tal como iban las cosas, pensaba Sylvia a menudo, Idalia acabaría volviéndose transparente.

Aquel verano de 1955, Sylvia Nolan estaba escribiendo el guion de *El asesino de almas*, una nueva novela cuya acción se desarrollaba entre Nueva York, el escenario por excelencia de su obra, y Florencia. Su entrega a aquel nuevo proyecto, como en todos los que emprendía, era absoluta. Para ella, cada nueva novela era un reto, un acto de perfeccionamiento constante, y aunque sabía que sería muy difícil superar el éxito de *Un nuevo principio*, estaba dispuesta a intentarlo. La ambientación y la documentación eran dos de los puntales sobre los que se sustentaba su narrativa, así que, en esta ocasión, le resultaría imprescindible recorrer los escenarios italianos que acogerían tanto a sus nuevos personajes como las tramas que ya burbujeaban en su cabeza.

No era la primera vez que Sylvia Nolan emprendía lo que ella llamaba viajes literarios. En esas ocasiones, le gustaba viajar sola. No eran viajes de placer, ya que no se entretenía en las típicas nimiedades que suelen alegrar la vida de los turistas, sino que pasaba largas jornadas en busca de escenarios, tomando apuntes y hablando con la gente. A menudo, también soñando despierta las páginas aún no escritas de sus historias. Pero esta vez, viendo que nada presagiaba un cambio en la actitud desganada de su hija, había decidido, en un intento de sacudirle de encima aquel amodorramiento, renunciar a esa soledad buscada y proponerle que la acompañase a Florencia, con la intención de prolongar después el viaje a otras ciudades italianas que tenía ganas de conocer. La chica se tomó aquel plan sin demasiado entusiasmo, como se lo tomaba todo en la vida, pero, como siempre, obedeció. Así fue como madre e hija pasaron un mes recorriendo Italia.

Durante aquella incursión estival por los paisajes de la nueva novela de Sylvia Nolan, Idalia, primero a petición de su madre y después de una manera cada vez más personal y autónoma, fue asumiendo el papel de fotógrafa del periplo. Para sacar adelante esta tarea, contó con una aliada de lujo: la nueva Leica M3 que su madre había comprado poco antes de emprender el viaje. Era un modelo nuevo de cámara, con unas prestaciones increíbles, y la muchacha enseguida aprendió a sacarle el máximo partido. La cámara la

acompañaba en todo momento y a todas partes.

Sylvia, con su gran belleza, era una modelo de excepción. La joven y novata fotógrafa hizo cientos de fotos de su madre, así como de aquellas ciudades amodorradas por el bochorno estival. De las catedrales, con sus grandes cúpulas y torres. De las colinas bañadas por letárgicos calores. De los mercados llenos de ruido y de vida. De las mujeres que rezaban. De los niños que correteaban y gritaban. De los hombres que charlaban.

Al regresar, Idalia llevó las fotos a revelar y se las enseñó a sus padres con un entusiasmo desconocido. Su madre las esperaba con impaciencia. Isaac con curiosidad. Enseguida se dieron cuenta de que las fotos eran buenas. Idalia había sabido captar la belleza de Italia con la Leica. Las fotos en las que Sylvia hacía de modelo eran estupendas. Pero la mayoría de aquellas fotografías no estaban protagonizadas por la belleza de Sylvia ni por la belleza de los parajes italianos, sino por rostros desconocidos.

Idalia había fotografiado a la gente.

Gente y más gente.

Miradas jóvenes y ancianas. Frías e intensas. Sonrisas y algún llanto.

Gente.

Los retratos más magníficos y sorprendentes que los Nolan habían visto nunca.

El retrato fotográfico hacía vibrar a Idalia Nolan, que había vuelto transformada de aquel viaje, con la mirada más brillante, la conversación más dispuesta y la sonrisa más generosa. Muy pronto, la joven empezó a vincular ese nuevo gusto por los retratos con la afición a la moda que ya había mostrado desde hacía tiempo. La casa se llenó de revistas que Idalia devoraba con pasión: *Vogue*, *Harper's Bazaar*, *Marie Claire*...

Y es que, a punto de estallar la década de los sesenta, se estaba produciendo en el mundo de la fotografía un cambio estético que rompía con las normas y la elegancia precedentes. Estaba naciendo la fotografía de moda, personal y brillante, entusiasta y divertida, que, de la mano de fotógrafos como Helmut Newton y Melvin Sokolsky, empezó a hacerse eco de la revolución juvenil que llenaba las calles de

movimientos de protesta y cambios sociales. Y no solo eso: se empezaba a hablar de la fotografía como un arte. Y de los fotógrafos como artistas. Y esos fotógrafos, esos artistas, se convirtieron en el modelo a seguir para Idalia. Un modelo, sin embargo, que ella relegó al mundo solitario de sus sueños, que no compartía con nadie, ya que, obediente como siempre, cumplió con la voluntad de sus padres y se matriculó en la Cornell University para estudiar Arte.

Y fue en una fiesta universitaria, un par de años después, cuando conoció a Edmon McRaney, un joven atractivo y muy buen conversador, ameno y simpático. Alguien encantador. A ella, que hasta entonces solo había intercambiado unos cuantos besos mal dados con algún compañero de fiestas sociales, le pareció que la vida le ofrecía lo que le tocaba en aquel momento: el amor. Se prometieron ese mismo año.

La relación entre los dos jóvenes era de esas que no arañan el alma, aunque Idalia se dio cuenta de eso mucho después. Se deslizaban por la vida, la una al lado del otro, pero sin sobresaltos, dejando que fuese el tiempo, más que ellos mismos, el que sentara los cimientos de su futuro. Un futuro que sin duda sería tranquilo y estaría repleto de todos los privilegios que siempre habían marcado su existencia.

Así pues, Idalia, como tenía por costumbre, siguió mansamente el curso tranquilo de las aguas de su vida. La aparición de Edmon no había supuesto ningún revulsivo. Ni el amor, ninguna revolución. Las únicas revoluciones con las que ella soñaba eran las fotográficas. Con una cámara colgada siempre al hombro, la mirada eternamente pegada a las revistas de moda y sin demasiado interés por los estudios que cursaba, continuó siendo la estudiante mediocre que siempre había sido, convencida de que sus padres jamás aprobarían que convirtiese en profesión lo que veían como una simple afición. Y como no estaba hecha para la lucha, se conformó con ir sobreviviendo en aquella existencia esquizofrénica. Las dos Idalias, la obediente y la soñadora, casi consiguieron entenderse. O, al menos, soportarse.

Hasta que la vida le enseñó sus garras por primera vez. Isaac, su padre, murió en plena calle de un ataque de corazón fulminante. Y ella tuvo de pronto la sensación de que su existencia, todo lo que había vivido, e incluso su futuro, se le caía a los pies con el peso de una bola de plomo.

Sylvia, aparentemente, se mantenía más entera. Tomaba las decisiones. Enjugaba las lágrimas de su hija. Pero su alma se retorcía. Tras enterrar a Isaac, las dos, madre e hija, fueron a llorar su aflicción junto a las acogedoras aguas del lago.

Allí, Idalia experimentó por primera vez en su vida el dolor de verdad. Físicamente. Como una punzada. Un zumbido en los oídos. Sentía un peso muy grande en el pecho, precisamente en ese punto en el que se gestan todas las tempestades. Tuvo la necesidad de vaciarse de aquel mal. Y, casi sin proponérselo, sin poder pensar en otra cosa que no fuese su dolor, le confesó a Sylvia lo que no había sido capaz de confesarse a sí misma: que no quería seguir estudiando en la universidad, que quería ser fotógrafa de moda y que en su interior sentía que había llegado el momento de volar con sus propias alas. De emprender su propia vida.

Una vez que se deshizo de aquel peso que cargaba en su interior, se vio invadida por una inesperada y profunda debilidad. Pensar en ella y en sus deseos profesionales en aquellos momentos de duelo la hacía sentir terriblemente egoísta. Volvió la cabeza para no mirar a su madre a los ojos y no tener que ver cómo en ellos se dibujaban todos sus reproches. Pero su madre le sonrió y la acogió entre sus brazos mientras le daba la bienvenida a aquella Idalia sin miedo a la que llevaba tanto tiempo esperando.

No eran solo los lamentos de Lucia los que no dejaban que Idalia se concentrase en la lectura de *El asesino de almas*. También los ecos de sus recuerdos. Convencida de que era incapaz de asimilar el significado de las palabras que sus ojos recorrían, la joven decidió finalmente rendirse ante la evidencia y cerrar el libro.

Suspiró.

Su corazón empezó a galopar desbocado en el interior del pecho cuando cogió la caja con el legado de Sylvia. La abrió con esa especie de reverencia religiosa con que la abría siempre y esparció su contenido sobre la mesa de la biblioteca. Tuvo la certeza de que los poemas, las fotografías y las cartas ya habían estado antes allí. De que reconocían aquel espacio y se sentían acogidos.

Tomó entre sus manos la foto que más le gustaba. La había contemplado tantas veces que podía reproducir cada detalle de

memoria. Era la única que tenía una frase escrita detrás. La letra era de Sylvia y decía:

Con Lola y Cecília Ibars.
Entrevista en Radio Barcelona.
Noviembre de 1931.

Las tres chicas, jovencísimas, posaban para la cámara delante del teatro Tívoli, en el número 12 de la calle Caspe, donde se encontraba la entrada a los estudios de Radio Barcelona.

Sonreían.

Sylvia era sin duda la más guapa de las tres. No porque fuese su madre; hacía daño a los ojos contemplar aquella belleza. Una de las otras dos chicas, la más morena, era hermosa, pero su sonrisa resultaba forzada. Parecía que estuviera lejos. En cambio, la del pelo más claro, la única de las tres que no llevaba sombrero, sonreía con los labios, con los ojos; con todo su cuerpo. No era una belleza, pero su mirada viva y sus facciones armoniosas la hacían atractiva.

¿Cuál de ellas sería Cecília y cuál Lola?, se preguntó una vez más Idalia, como hipnotizada, con la fotografía en la mano. Lo único que podía intuir era que su madre conocía más a una que a la otra. Debía de tener más confianza con Lola, porque detrás del nombre de Cecília había escrito su apellido: «Cecília Ibars». Y Lola, en cambio, era simplemente eso: Lola.

Lola...

Cecília...

Un ruido estridente de frenos proveniente de fuera hizo que Idalia aterrizara de nuevo en la realidad. Alguien acababa de llegar a la Casa del Lago.

Lucia, sobresaltada, entró en la biblioteca seguida de unos pasos enérgicos. Estaba a punto de abrir la boca para anunciar a alguien, pero Edmon apareció detrás de ella e, ignorando todo formalismo, se fue derecho hacia donde estaba sentada Idalia.

—¿Ed? ¿Qué haces aquí? —preguntó la chica levantándose de golpe.

Lucia desapareció moviendo la cabeza y refunfuñando en voz

baja mientras el joven estrechaba a su prometida contra el pecho y la besaba delicadamente en los labios. Ella lo empujó con suavidad para poder mirarlo a los ojos mientras le preguntaba:

—¿Por qué no me has avisado de que venías? ¿Por qué has conducido de noche? ¿Y el trabajo?

Él retiró la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada contagiosa.

—¡Uy, qué interrogatorio!

Lucia entró con bebidas y unos sándwiches. Los dejó sobre la mesita auxiliar sin decir nada y volvió a salir murmurando su misteriosa letanía.

Edmon, que había interrumpido el abrazo al ver entrar a Lucia, se abalanzó sobre los sándwiches.

—Esta mujer está en todo. ¡Qué hambre tengo!

Idalia había vuelto a sentarse y guardaba precipitadamente las fotografías y el resto de los documentos en la caja.

—Desde Nueva York hasta aquí solo hay dos horas y media, Idalia. Me apetecía mucho hacerte un poco de compañía.

Se limpió las manos con una servilleta.

—Pensaba que te alegrarías. Ya veo que estaba equivocado —dijo sin acritud.

Ella cerró la caja y alzó la mirada hacia su prometido.

—Estoy pasando un duelo, Ed.

—Razón de más para dejar que te ayude, que te acompañe.

—¡Dame tiempo!

Edmon se dirigió hacia el porche y fijó sus ojos en el lago. Habló de espaldas a Idalia, ocultándole el rostro, donde se dibujaba una frágil calma que estaba lejos de sentir y que se resquebrajaba por momentos.

—Alejas de tu lado a la gente que se preocupa por ti. Huyes. Primero te encierras en el estudio del Soho. Ahora te escondes aquí. Te revuelcas en la soledad más absoluta y te refugias en estos recuerdos de tu madre, que ahora ya no tienen ningún valor.

Idalia sintió que una bocanada de regusto agrio le subía del estómago a la garganta. La contuvo allí antes de que se convirtiese en alguna palabra hiriente. No quería discutir, aunque no sería la primera vez que Ed y ella discutían. De hecho, lo hacían a menudo.

Edmon llevaba mal el cambio que Idalia había experimentado desde la muerte de su padre. No acababa de entender por qué había

dejado la universidad, y menos aún que perdiese el tiempo haciendo fotografías para cuatro revistas de moda. Le exasperaba que, pese a no haber dejado del todo la casa familiar de Manhattan, su prometida hiciese vida casi exclusivamente en el estudio del Soho. Esa forma de vivir tan independiente no era lo que él esperaba de la mujer con la que se iba a casar.

Pese a todo, toleraba aquella situación porque pensaba que sería temporal. Estaba convencido de que esos caprichos de niña rica y ociosa se le pasarían cuando se casasen. En el fondo, tenía claro que Idalia era tan tradicional como él mismo y que, como él, soñaba con un matrimonio y una vida familiar de lo más convencionales.

Claro que el matrimonio todavía quedaba un poco lejos, y eso a pesar de los años que llevaban de relación. Para casarse con la rica heredera de los Nolan no bastaba con ser un pasante en un bufete de abogados, aunque fuese uno de los más prestigiosos de Nueva York. Para casarse tendría que convertirse en socio. Solo entonces podría hablarle a Idalia de matrimonio y ofrecerle la vida a la que estaba acostumbrada sin sentirse, de algún modo, inferior a ella ni tener que depender de su fortuna.

Edmon se volvió para observarla. Esperaba una respuesta que no llegaba, pero que ella llevaba escrita en la mirada. Notó que cada nervio y cada músculo de Idalia estaban en tensión.

—Yo decidiré el valor que tienen los recuerdos de mi madre, Ed —dijo ella finalmente sin dejar de mirarlo de forma desafiante.

Consciente de que había traspasado una línea roja, Edmon recuperó la más encantadora de sus sonrisas y se acercó de nuevo a Idalia. Intentó posar las manos sobre sus hombros, pero ella lo rechazó. Se levantó. Se encaró con él.

—Y ahora, Ed, ya que yo no te he pedido que vinieses y que dos horas y media en coche no te suponen ningún esfuerzo, te pediría que te fueras.

Los ojos de Edmond se endurecieron como piedras. Era la segunda vez que Idalia lo apartaba de su lado en muy poco tiempo.

—Tendremos que hablar de todo esto cuando yo esté preparada, Ed, no cuando a ti te parezca que es el momento.

—Me decepcionas mucho, Idalia.

—Te lo pido, Ed, vete.

La poco oportuna visita de Edmon había trastornado a Idalia. Pero también la había reafirmado en sus propósitos. Tenía claro que ella sola no conseguiría desentrañar los misterios que escondía la vida de su madre. Pero tenía un hilo del que empezar a tirar:

Radio Barcelona, 1931.
Cecília Ibars.

Estaba segura de que Andrew Davis era el tipo de hombre que podía echarle una mano en aquella búsqueda. Confiaba en él plenamente.

Sabría qué hacer.

Lo llamaría.

Mañana mismo.

Aeropuerto Internacional de Nueva York

Julio de 1963

—Edmon no te conviene, Idalia.

Sylvia e Idalia esperaban la salida de su vuelo en el Aeropuerto Internacional de Nueva York. La escritora había sido invitada a un estreno cinematográfico en Los Ángeles. Como hacía casi siempre en estas ocasiones, Idalia la acompañaba si el trabajo se lo permitía. Por aquel entonces aún no se había fijado en las profundas bolsas que enmarcaban los ojos de su madre, anunciando todas las cosas horribles que estaban por venir. Ella la veía tan hermosa y elegante como siempre.

E igual de misteriosa.

—¿A qué viene eso ahora, mamá?

Anunciaron el vuelo.

Sylvia se levantó y se dirigió hacia el mostrador de embarque sin mirar hacia atrás. Como si nunca hubiese dicho *Edmon no te conviene*. O como si ya se hubiese olvidado de haberlo dicho.

Idalia movió la cabeza de un lado a otro, se levantó y siguió a su madre. Aunque aquellas palabras le escocieran por dentro, no valía la pena preocuparse demasiado, pensó. Sylvia tenía esas cosas. A veces soltaba frases de pitonisa y después se olvidaba de que las había dicho. Idalia evitó pensar en que a menudo acertaba.

Cuando salieron a la pista de embarque, la joven todavía le daba vueltas a las palabras de su madre, que caminaba unos pasos por delante. Finalmente, dijo:

—Hace seis años que estamos prometidos. ¿No crees que, si no me conviniera, ya me habría dado cuenta?

Sylvia no se volvió para mirar a su hija. No dijo nada. Subieron por la escalerilla del avión, y la joven pensó que su madre había dado

el tema por zanjado.

Se equivocaba.

Ocuparon sus asientos.

Sylvia dijo:

—Nunca te casarás con él. No te conviene.

Segunda parte
París

> Siempre recordaría el calor de las palabras pronunciadas en la noche.
>
> SYLVIA NOLAN,
> *El asesino de almas*

L’Orangerie

Noviembre de 1948

> Siempre hay flores para aquellos que quieren verlas.
>
> HENRI MATISSE

La niña se había comido todas las almendras garapiñadas y ahora no sabía qué hacer con el cucurucho de papel. Hacía rato, mucho rato, que su madre no se movía de delante de aquel cuadro, y ella no se atrevía a romper la inmovilidad en que había caído.

La mujer llevaba un imponente abrigo negro muy entallado de cintura, cerrado con una doble hilera de botones y con un plisado de grandes pliegues que le daban mucho vuelo. Sostenía delante de ella, entre las manos cubiertas por unos guantes de piel roja, una pequeña cartera. Un casquete, también rojo, le cubría el pelo recogido sobre la cabeza.

La pequeña intentó imitar la postura de su madre: los pies muy juntos buscando un equilibrio perfecto. Los hombros aparentemente relajados. Las manos al frente, en su caso sujetando el molesto cucurucho. Enseguida se cansó y cambió el peso de una pierna a la otra. Después dio dos pasos minúsculos; silenciosos. Se colocó junto a su madre. La observó. La boca cerrada. Sus ojos profundamente negros clavados en el cuadro con una mirada que nunca antes había visto en ella. Su silencio, su quietud, su compostura, la impresionaron. Se olvidó del cucurucho. Se olvidó también de que los pies le hacían daño porque los zapatos de charol nuevos le apretaban demasiado. Comprendió que no podía molestar a su madre. No podía interrumpir lo que estaba haciendo, pese a que aparentemente no hacía nada. Solo

miraba un cuadro. Pensó que a ella también le gustaría mirar las cosas como las miraba su madre. Con todo el cuerpo.

Lo intentó. Fijó los ojos en aquella pintura que parecía haberse tragado el alma de Sylvia Nolan, los cerró e inspiró fuertemente por la nariz, como si quisiera engullirla. Un intenso aroma a flores la envolvió. Sorprendida, casi asustada, abrió de nuevo los ojos y, entonces, las vio.

¡Había flores por todo el cuadro! Había un ramo de flores en un jarrón. En las mamparas que resguardaban la intimidad de la estancia. Y al fondo, sobre la cómoda, más flores.

Flores.

Sylvia suspiró casi imperceptiblemente y cogió de la mano a Idalia.

Como si aquello fuese una señal, la niña dejó de mirar las flores del cuadro y centró toda su atención en la protagonista: la mujer que, recostada en la *chaise longue*, parecía observarla con intensidad.

La mujer del cuadro tenía el pelo negro, los rasgos de la cara un poco difuminados. Unos ojos que anunciaban tempestades. Llevaba joyas por todas partes y vestía con una túnica blanca que le desdibujaba las formas y unos pantalones rojos con ribetes dorados.

¡Qué rojo tan brillante!, pensó la niña.

Sangra de tan rojo, reflexionaba su madre en aquel mismo momento.

Pasó un buen rato. Madre e hija se habían quedado solas en la sala, arrulladas por el dulce olor de las flores y la penetrante mirada de la odalisca. Fuera, las aguas del Sena se oscurecían a medida que las horas se convertían en una muralla espesa. El cielo olía a lluvia.

Aquel día, el primero que ponía sus pies en l'Orangerie, Idalia aprendió a observar un cuadro en todos los sentidos, como lo hacía su madre. En el futuro, se encontraría más veces con la *Odalisque* de Matisse, pues, siempre que visitaba París, aquella pintura que habitaba en sus recuerdos más bellos la reclamaba con cantos de sirena.

Los mismos cantos de sirena que habían hechizado el alma de Sylvia Nolan.

París

Mayo de 1964

Idalia dejó atrás el pequeño museo de l'Orangerie, atravesó los jardines de las Tullerías y se dirigió hacia la plaza de la Concordia, donde paró un taxi. En esta ocasión no se alojaba en el hotel de La Trémoille, como las otras veces que había visitado París con su madre, sino en el Rochechouart, que estaba situado en el bulevar Marguerite de Rochechouart, al pie de la colina de Montmartre. Había elegido aquel hotel porque se encontraba en uno de los mejores y más atractivos barrios de la ciudad, en el corazón mismo del París intemporal, elegante y seductor. O eso se decía a sí misma, pese a que en el fondo de su alma sabía que aún era demasiado pronto para regresar a aquel París que aún conservaba el exquisito aroma de su madre. Prefería alojarse en una zona libre de recuerdos y respirar un aire nuevo que no aguijonease su corazón, aún tan afligido.

Se bajó del taxi, atravesó la puerta de la majestuosa fachada *art déco* del hotel y se dirigió a su suite. El viaje había sido largo y agotador, pero, aun así, después de dejar el equipaje en el hotel, había acudido puntualmente a su cita con l'Orangerie. El deseo de recuperar la imagen de la *Odalisque* y la de Sylvia rendida a su mágica contemplación era impostergable. Pero, de vuelta al hotel, el cansancio había comenzado a pasarle factura y solo soñaba con un baño caliente y una cena reparadora.

Ya había cumplido el primero de sus dos sueños y, mientras preparaba con cuidado la ropa que se pondría para bajar a cenar, todavía con el albornoz puesto, sus ojos tropezaron con la carpeta que contenía el informe que Davis le había hecho llegar. Descansaba sobre el elegante buró de caoba que adornaba un rincón de la suite, junto al gran ventanal. Se acercó y pasó una mano por encima, acariciándola. Allí dentro estaban los datos que la habían hecho viajar hasta París. El

hilo a partir del cual debía empezar a desenredar los secretos de Sylvia Mendieta.

Cogió la carpeta y, de pie ante el gran ventanal, se quedó contemplando cómo la noche empezaba a caer sobre las calles de la ciudad, dejando solo algunas pinceladas de azul desvaído en el cielo. Una vocecita interior le recordó que debía vestirse para bajar a cenar. Mañana sería otro día. Un día intenso, seguramente. Lleno de sorpresas, quizá; tal vez de desengaños.

Sin embargo, desoyendo aquella voz sensata, Idalia se sentó en la cama con la carpeta entre las manos. La abrió y buscó el nombre y la dirección que habían provocado que su corazón diese un brinco cuando los había visto escritos por primera vez:

Madame Cecília Ibars
Rue Suger, 3
Téléphone...

Al recibir aquellos documentos había dejado la Casa del Lago y había regresado a toda prisa a Nueva York. Había reservado el vuelo a París y el hotel. Había hecho el equipaje y, mientras esperaba impaciente el momento de partir, había inspeccionado una y otra vez los planos de la ciudad para intentar localizar aquella calle de nombre misterioso y sugerente que, según un libro que había encontrado en la biblioteca de sus padres y que hablaba de algunas calles históricas de París, estaba en el distrito quinto, en el conocido como Quartier Latin, existía ya en el siglo XVIII y tomaba su nombre de un abad de Saint-Denis que había vivido en el siglo XII.

No le resultó difícil imaginar aquellas calles estrechas, húmedas debido a lo poco que las visitaba el sol, que debía de entrar allí con dificultad. Ni las viejas casas de fachadas empapadas de historia. Y se preguntó cómo habría ido a parar allí Cecília Ibars, y si encontrándola podría seguir la pista de su madre.

Las preguntas le daban vueltas en la cabeza, y ella había caído en una inmovilidad paralizante. Seguía sentada en la cama, con el albornoz y las zapatillas, incapaz de levantarse y vestirse para la cena. Alzó levemente la mirada, que hasta entonces había mantenido perdida en sus pensamientos, y la clavó en el auricular del pesado teléfono que sostenía con la mano derecha.

¿Cuándo lo había descolgado?

¿Por qué?

La visión del aparato hizo que volviese a su memoria la desagradable conversación que había mantenido con Edmon justo a su llegada al hotel. Él le había recriminado de nuevo aquel comportamiento, que calificaba de extraño, incluso de frívolo. Ella había podido entender, a través de frases entrecortadas, que él la urgía a escoger, a decidir entre el pasado y el futuro. Eso sí, sin tener en cuenta su presente. Se había despedido de él con un arrebato de tristeza. Había colgado el teléfono llena de rabia. El mismo teléfono en el que ahora marcaba el número de Cecília Ibars, que se había propuesto no marcar hasta el día siguiente.

Un tono...

Dos...

Cinco...

—*Allô*???

Aquella breve conversación cambió todos los planes que Idalia tenía para esa noche.

—*Bonne nuit*. Permita que me presente. Soy Idalia Nolan y yo...

Una voz masculina la interrumpió desde el otro lado de la línea. Una voz grave, joven, intensa, con prisas y un poco impertinente.

—¿Ida qué? ¿Quién es usted? Perdone. No puedo perder tiempo, he de ir a trabajar y ya llego tarde. Llame mañana y...

El chico hablaba un francés endemoniado, incluso para Idalia, que presumía de que su francés era perfecto. Aquellas palabras la inquietaron, y también las prisas del chico. Estaba totalmente decidida a no retrasar hasta mañana lo que había ido a hacer a París. Añadió sin demora:

—Busco a Cecília Ibars. Me han dado esta dirección y este número de teléfono.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio denso. Casi doloroso. Idalia podía oír la respiración del chico, y, de pronto, tuvo miedo de que aquel desconocido cortara la comunicación. Continuó buscando, con el corazón dando saltos en el pecho, las palabras adecuadas para retenerlo.

—Perdone... Yo... Si pudiese hablar con madame Ibars... ¡Es

importante!

—Soy el hijo de Cecília Ibars. ¿Por qué quiere hablar con mi madre?

—Creo que su madre conoció a la mía. Déjeme que se lo explique. Mi madre murió hace poco y yo...

Dudó. ¿Era necesario explicar sus motivos a un desconocido? ¿Acaso estaba segura de esos motivos? Casi ni ella misma podía explicárselos. Solo sabía que lo que estaba haciendo era del todo singular, extraño, y que, tal y como le decía Edmon, la dejaba completamente expuesta al pasado.

Le bastó cerrar los ojos un instante para expulsar de su cabeza cualquier duda. Se recompuso y, esperanzada, queriendo creer que efectivamente Cecília era una pieza importante en todo aquel rompecabezas, le dijo en su mejor francés:

—Estoy segura, señor, de que su madre y la mía se conocían. Si pudiese hablar con ella... Si su madre me pudiese recibir... Podría ir mañana por la mañana a su casa, si le parece que ahora ya es demasiado tarde. Es en la rue Suger número 3, ¿verdad? La he buscado en el plano y...

La respuesta fue rápida. Contundente.

—Ahora no puedo entretenerme. Venga esta noche al bar La Gamelle, en la rue du Pont-de-Fer. No tiene pérdida. Pregunte por Pau.

Y colgó.

Gala en el Liceo

Martes 3 de noviembre de 1931. El Liceo inaugura temporada con *La dannazione di Faust* de Berlioz. Grupitos de curiosos se han colocado entre los plátanos de las Ramblas, frente al teatro, para poder observar, sin perder detalle, a las damas enjoyadas y a los señorones que las acompañan.

En el vestíbulo, los asiduos a la temporada operística se reencuentran. Familias enteras, muchas de las cuales han compartido vacaciones de verano en Caldetes o la Cerdanya, se saludan con afectación y hablan con entusiasmo, como si hiciese años que no se ven. En las escaleras de mármol comienza la sinfonía de pasos. Las luces de la sala están encendidas. El murmullo en el interior es un murmullo de gran gala.

Antonieta Calaf de Casanoves y su hija menor, Caterina, que lucen dos modelos exclusivos del diseñador Pere Formosa de Santa Eulalia, entran en el palco mientras Josep Casanoves, a quien todo el mundo conoce como el farmacéutico, se entretiene en el *fumoir* hasta la última llamada del timbre. Cuando por fin se reúne con su esposa y su hija, sus ojos tropiezan con la mirada reprobatoria de Antonieta. Dolors todavía no ha llegado y, como siempre, su mujer le recuerda que él es el único culpable de los desvaríos de su hija mayor.

Sin perder ni un ápice de esa paciencia que ha hecho que su vida matrimonial sea más plácida, el farmacéutico toma asiento y contempla el anfiteatro, lo mejor de la sala, donde ellos tienen un palco alquilado para toda la temporada. Pasea la mirada por la platea y no puede evitar que sus ojos se entretengan un poco más de la cuenta en los sugerentes escotes de las damas.

El murmullo crece como una música hasta que las luces empiezan a perder intensidad.

Poco a poco se hace el silencio.

Dos actos después —la ópera tiene cinco—, el público más selecto se refresca con una copa de champán en el Salón de los Espejos del primer piso, donde el espíritu del Liceo ha quedado encapsulado para preservar su antigua atmósfera.

Los Casanoves charlan con los Mendieta. Máximo Mendieta, un militar imponente, es cónsul de Cuba en la Ciudad Condal desde el año 29. Su esposa es Luz Argüelles, una mulata de belleza exótica que, según ha escuchado Antonieta de fuentes bien informadas, fue cantante y amante del militar, y tuvo con él una hija antes de que su esposa legítima falleciese y ellos pudiesen reparar ese desliz con un nuevo matrimonio.

Sylvia Mendieta, la hija de los cubanos, es incluso más espectacularmente bella que su madre. Atrae las miradas de todos, como si en lugar de ojos tuviese dos imanes y, en lugar de manos, un par de parlanchines pájaros voladores.

Antonieta se deshace en comentarios amables hacia los Mendieta. En el fondo, los encuentra peculiares, pero sería muy poco sensato despreciar a unas personas tan influyentes.

Mientras habla y finge sonreír, no deja de observar de reojo a la joven cubana, que debe de tener más o menos la edad de su Dolors. La chica bebe el champán a pequeños sorbos y fuma un cigarrillo con boquilla. Ha de reconocer que es espectacular, pero su belleza la inquieta. No sabría decir qué es lo que le produce ese desasosiego. Tal vez sea que va vestida de manera extravagante, contraviniendo todas las normas del buen gusto y la elegancia que la moda impone. O, tal vez, su manera de beber, con esos sorbitos pequeños como pecados veniales. ¿Tal vez su forma de fumar? ¿Su sonrisa o su mirada afilada? Todo en Sylvia Mendieta es provocador, piensa. Y eso no le gusta. No le gusta nada. Incluso ha oído decir que escribe poesía. ¡Qué extravagancia!

Está tan absorta en sus pensamientos que se sobresalta cuando Caterina le toca suavemente el brazo. Se vuelve y ve a Dolors, que acaba de llegar. Tarde y hecha un desastre, como siempre. Una oleada de vergüenza le sube por las mejillas.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —consigue al fin articular sin elevar demasiado la voz, que, aun así, suena aguda como un silbido.

Dolors se toca ese pelo casi rubio que aquella misma tarde se ha cortado hasta la altura del nacimiento del cuello, con sus ondulaciones

naturales recogidas tras las orejas.

—¿Os gusta? —pregunta entusiasmada mientras sus ojos detienen su vuelo sobre Sylvia, que le sonríe.

Su amiga.

Su amante.

Caterina se acerca a su hermana y, con aire de sorpresa, le pregunta al oído:

—¿Y este vestido?

Dolors pasa la mano por la falda del vestido, una pieza de lamé rosado con mangas cortas acabadas en visón. Es un vestido pasado de moda que Caterina hace ya tiempo que no se pone. Las flores de tela de la cintura parecen marchitas, y Dolors arrastra la falda porque su hermana es más alta que ella.

Suena el primer timbre. Josep Casanoves se acerca a su hija mayor, le dedica una acogedora sonrisa y le ofrece su brazo. Ella lo agarra y abandona con pesar la red de miradas henchidas de deseo que le ofrecen los ojos de Sylvia Mendieta.

No saben cómo han llegado hasta allí. Han abandonado el Liceo confundidas entre el gentío que abarrotaba el vestíbulo a la salida del espectáculo. Han echado a correr Ramblas abajo, cogidas de la mano, zarandeadas por el viento frío que sube desde el mar en violentas ráfagas.

Se aman.

Han doblado por una calle, no saben cuál, y han entrado en una escalera ennegrecida por los años y la suciedad. Oscura como la propia noche. La música de fondo la pone el ruido de agua que se escapa de una tubería.

Se deshacen la una en los labios de la otra. Se exploran con pasión, con los ojos, con los dedos, con todo el cuerpo, sin acabar de creerse que ese regocijo, hecho de piel y saliva, sea real. No pueden entender por qué el destino, magnánimo, las ha unido tan generosamente. Pero no necesitan entender nada. Se abandonan juntas a una energía más antigua que el tiempo.

Se aman.

Cuando el delirio de suspiros y jadeos deja paso al silencio, escuchan el murmullo de las tuberías más cerca, como si les fluyese

por las venas. Dolors acaricia el pelo de Sylvia y le echa la cabeza hacia atrás manteniéndola suavemente entre sus pechos. La mira a los ojos. Le sonríe. La sonrisa se transforma en risa traviesa.

—¿Por qué te ríes, amor mío?

—Todo el mundo debe de estar preguntándose dónde estamos. ¿Te das cuenta? Tendremos que encontrar una buena excusa para justificar esta huida.

Por toda respuesta, Sylvia levanta la mano y, acercándola al rostro de Dolors, recorre la línea de su frente, los párpados, las mejillas, hasta posarla sobre sus labios encendidos, que besa suavemente.

—Ay, Lola... —susurra—. El amor es lo más importante. Las explicaciones vendrán después.

¡Después! *Después* es una palabra que puede durar toda una vida.

La noche ha caído definitivamente sobre la ciudad cuando las dos chicas atraviesan de nuevo las Ramblas caminando bajo los plátanos desnudos del invierno. Pueden percibir el aroma de las flores. Un aroma nocturno que es el recuerdo del que se ha esparcido por la Rambla de las floristas a lo largo de todo el día. Olor a flores mojadas por el agua con que las han regado al anochecer. Todavía hay personas que van arriba y abajo por el paseo con el cuerpo encogido y las manos en los bolsillos, y es que la pálida luz del cielo de noviembre parece anunciar frío y mal tiempo.

Dolors y Sylvia, ajenas a lo que las rodea, caminan sin dejar de mirarse a los ojos. Son pura felicidad. Pasan por delante del Liceo, se ríen y aceleran el paso.

De pronto, al llegar a la plaza de Cataluña, Sylvia se detiene. Parece turbada.

—¿Sabes qué, Lola? ¡Cómo he podido olvidarme!

—No me asustes.

—Es una buena noticia —dice riendo con todo el cuerpo—. ¡Mañana me entrevistan en Radio Barcelona!

Dolors se tapa la boca con las dos manos como si no pudiese creer lo que acaba de oír. Con dulzura, regaña a su amiga:

—¡Cómo puede ser que no me hayas dicho nada! Es una gran noticia, Sylvia.

—No hemos tenido tiempo de hablar.

Se miran con ojos ardorosos, entrelazan sus brazos y echan a caminar de nuevo.

—*Las dunas del olvido* es un poemario maravilloso. No me cansaré de decírtelo.

—Me entrevistará una periodista. Es la que lleva los temas de cultura en la radio. Se llama...

Han llegado al Hotel Colón, donde sus caminos se bifurcan.

—¡Cecília Ibars!

—¿Cómo lo sabes?

—¿Has olvidado que yo también soy periodista? —bromea Dolors dándole un beso fugaz en los labios—. No te lo creerás, pero Cecília es buena amiga mía.

Las dos chicas se ponen a hablar a la vez:

—Oye...

—¿Y si...?

No necesitan decir mucho más. Se entienden casi sin palabras.

—¿Te acompaño? Me gustará escuchar cómo te entrevista Cecília.

—Me encantaría.

La chica de la radio

Cecília sale de los estudios de Radio Asociación de Cataluña en la calle Caspe número 6, la emisora que antes de la dictadura de Primo de Rivera era conocida como Radio Barcelona. Es tarde. Otro día que se le ha escurrido entre los dedos sin apenas darse cuenta. Piensa que necesita caminar. Respirar un poco de aire, aunque sea el aire húmedo de la ciudad. Decide ir a buscar el 29 a la plaza Urquinaona.

Sin saber por qué, empieza a caminar deprisa. Tan deprisa como se lo permiten sus zapatos de tacón. Todavía tiene la mente nublada por el trabajo de hoy. Por el de mañana. Cecília no desconecta fácilmente. No sabe hacerlo.

Ha tenido que quedarse más tiempo del previsto en los estudios para preparar la entrevista que mañana le hará a la joven poeta que está en boca de todo el mundo: Sylvia Mendieta. Le han encargado la entrevista a última hora, con prisas, como siempre, y solo ha podido echarle una ojeada al poemario. Se titula *Las dunas del olvido*. No ha conectado demasiado con esos poemas amorosos, barrocos en imágenes, llenos de simbolismos. Ha leído unos cuantos y ha tomado algunas notas. Le da rabia tener que trabajar de esta manera.

El periodismo ha cambiado mucho desde que ella empezó. Ahora la prensa cuenta con recursos que antes eran inimaginables y que la hacen más atractiva y la acercan más a los lectores, como la fotografía, las cabeceras de diseño moderno, la diversificación de temas. El reporterismo y la entrevista han pasado de moda. Desde que trabaja en la radio ha tenido que hacerse una experta en todos esos géneros que, junto con las crónicas de moda, los deportes y los espectáculos, ahora gustan tanto.

Desde luego, no le ha costado nada adaptarse a los cambios, a ese periodismo más funcional que ha aportado tantas cosas buenas. La mejor, sin duda, la profesionalización. Antes, sobre todo en la prensa escrita, todo eran firmas conocidas. Los escritores de renombre aprovechaban su colaboración con los grandes diarios para dar a

conocer su obra o para abrirse paso en el mundo de la política. La prensa no era un fin: era un medio. Ahora, piensa Cecília llegando a la parada del tranvía y sonriendo levemente sin darse cuenta, hay periodistas. Hombres, y también muchas mujeres, que son auténticos profesionales del periodismo.

La sonrisa desaparece enseguida de su rostro, seguramente empujada por algún sombrío pensamiento. Así son las sonrisas de Cecília: breves. Tiene una clara tendencia a meterse ella solita en el pozo de la desdicha y las preocupaciones, y no tiene a nadie que pueda sacarla de ahí dentro y evitar que se ahogue.

Retoma el hilo de sus pensamientos. Siempre ha creído, y lo sigue creyendo incondicionalmente, que las mujeres periodistas son el activo más importante de una prensa que ha de conseguir que el ideario feminista encaje en la coyuntura política. Este momento histórico es crucial. Y en este momento que pasará a la historia, ellas, las periodistas, están llamadas a promover un feminismo de debate. La entrevista de mañana, sin embargo, no va por ese camino. Está más en la línea de las que llenaban las páginas femeninas de los periódicos y revistas de los años veinte. Unas páginas que ya son historia, pero en las que la imagen de Sylvia Mendieta, la joven poeta de veintitrés años, hija del cónsul de Cuba en Barcelona y poseedora de una belleza exótica fuera de lo común, habría encajado a la perfección.

No puede evitar representarse la imagen de su futura entrevistada como la de una niña mimada por la fortuna que juega a escribir versos. Como especialista en asuntos culturales, está acostumbrada a temas más trascendentes, a entrevistas más jugosas. Es lo que le gusta hacer. Sorprendida por sus propios pensamientos, mueve la cabeza a un lado y otro para sacudírselos de encima. Se recuerda a sí misma que el trabajo es el trabajo, y que no siempre se ajusta a lo que una desearía.

Llega el 29. Sube al tranvía y se entretiene observando a la gente que viaja en él. Desde que era pequeña le gusta adivinar la vida de los demás, componer una historia imaginaria a través de sus miradas. O de una palabra cazada al vuelo. Se imagina sus vidas, los problemas que les preocupan, a qué se dedican. Pero no se imagina sus amores. Ella nunca ha amado. Y tampoco la han amado.

Baja en el Paralelo y camina hasta casa, en la calle Manso. Las calles de ese barrio están sucias. Las escaleras a menudo huelen a

humedad, a orines. De los balcones cuelga la ropa tendida, que nunca llega a secarse del todo y que siempre gotea pobreza. Cansancio.

Saca las llaves lentamente, con desgana.

Tiene veintiocho años. Hace quince que vive aquí.

¿Acaso nunca cambiará su suerte?

Su madre la recibe con una mueca triste que ocupa el espacio del rostro en el que antes habitaba una sonrisa. De eso hace mucho.

—Te he dejado un poco de cena en la cocina.

—Gracias, mamá.

Mientras se quita la ropa y los zapatos de tacón en la soledad de su pequeña habitación, que da a un patio interior, Cecília piensa una vez más en qué podría hacer para huir de esa oscuridad. Francesc, su hermano pequeño, ya se ha casado. No es que vaya sobrado, por supuesto, pero sale adelante y es feliz. ¿Y ella? No, ella no piensa casarse. Y sin embargo, si pudiera vivir su vida de forma independiente, en otro barrio, en otro piso... ¿Pero cómo podría dejar a su madre sola?

Suspira y piensa en el artículo que todavía ha de escribir para *L'Opinió*.

Se sienta y empieza con ello.

Ya habrá tiempo para la cena.

En la cocina, la verdura hervida se enfría irremediablemente.

El artículo

Poble-sec, 1923

Acaba de poner el punto final al primer artículo que le han encargado en *La Dona Catalana* y siente en su interior una sensación extraña, a medio camino entre la satisfacción por el trabajo realizado y la inquietud por el resultado.

Solo tiene veintidós años. ¿O acaso debería decir que ya tiene veintidós? De hecho, no se siente joven. A menudo le parece que ya ha vivido mucho.

Intenta repasar lo que ha escrito, pero está nerviosa, le cuesta concentrarse. Este artículo representa mucho para ella, y los recuerdos sobre cómo ha llegado hasta aquí la distraen.

Todavía se le empaña la mirada cuando piensa en la casita en la que vivían antes de que su padre se fuera de este mundo. Era una casa muy sencilla, pero se accedía a ella por un jardincillo con olor a rosas. Un pequeño paseo arbolado separaba su casa del mar. ¡Cómo añora su música!

Tuvieron que dejar el Maresme y su mar pequeño y generoso y trasladarse a Barcelona, a aquel barrio lleno de fábricas y chimeneas. Entonces solo tenía trece años. Hacía dos que había muerto su padre y que la familia se había quedado en la miseria. Lo dejaron todo atrás. También la escuela. Y sus vidas, la suya, la de su madre y la de Francesc, su hermano pequeño, se volvieron del revés como un calcetín.

Cada día, al amanecer, salía de casa todavía con legañas en los ojos. Recuerda perfectamente el frío y la humedad, que le empapaban la piel. Siempre se quedaba un rato plantada esperando a Francesc delante de aquel angosto portal. Cuando el niño salía, le daba la mano y echaban a caminar calle Manso abajo. Lo hacían en silencio, mientras las ventanas de las casas del barrio se iban abriendo y

bostezaban sin timidez.

Parece que todavía pueda verse a los trece años, con aquella falda larga que le llegaba hasta los tobillos y aquella camisa de rayas finas y cuello blanco. Todo viejo y gastado de tantos lavados. Pero, eso sí, iba siempre muy limpia y aseada. De lo contrario, su madre no la habría dejado salir de casa, y aún menos para ir a trabajar al taller de sombrerería de su tía Concepció. La mujer les había hecho un favor admitiéndola allí. Su madre decía que la muerte de su padre la debía de haber ablandado, porque, si con ella nunca se había llevado demasiado bien, con su padre aún se llevaba peor.

Cada día, ella y su hermano tenían que correr para llegar a la fábrica, que era la primera parada.

—¡Venga, rápido, Francesc! —gritaba ella tirando del niño, que siempre ralentizaba el paso cuando estaban a punto de llegar. Hacía poco que había entrado a trabajar allí y el pequeño no se acostumbraba a la fábrica. Ella tampoco se acostumbraba al taller.

Sonaba la sirena. Se detenían ante aquella boca oscura que engullía obreros y obreras, y ella le atusaba un poco el pelo a Francesc. Era su despedida diaria. Lo veía entrar, pequeño, frágil, y después, sin tiempo para penas, echaba a correr hacia el taller.

Los libros la salvaron. Las historias que leía fueron el refugio donde se resguardaba después de las interminables horas de trabajo en el taller. Lo que le permitía olvidar el constante mal humor y el desprecio de su tía. Y lo que la ayudaba a sobrevivir a las estrecheces económicas y a las lágrimas de su madre, que brotaban siempre como una fuente incontenible.

Sonríe al recordar que empezó leyendo los folletines de los periódicos. ¿Y qué iba a leer? No tenía acceso a nada más. Los leía de noche, a escondidas de su madre y robándole horas al sueño. Ahora sabe que no era la mejor literatura para una jovencita, pero le abrieron un camino. De los folletines saltó a las novelas baratas que alquilaba en las librerías del barrio. Después, con el tiempo, pasó a nombres importantes: Dostoievski, Tolstói...

Las lecturas fueron cambiando, y, con ellas, también su vida. Dejó los sombreros, las pésimas condiciones de trabajo y el gesto eternamente enfurruñado de su tía para entrar a trabajar en una pastelería. Y de ahí a los talleres de *El Hogar y la Moda*. No podía sospechar, al empezar en ese trabajo, que aquella sería su escuela, la

verdadera universidad y la semilla de su vocación de periodista.

Encontró su modelo en la figura de María Luz Morales, que por entonces dirigía la revista. En esa mujer fuerte, ella vio el ejemplo y el camino a seguir. Si se esforzaban, las mujeres podían hacer lo que se propusiesen. Y podían llegar donde quisieran llegar.

Ya no se detuvo. Emprendió la pendiente que tenía delante y pasó de los talleres de la revista a la redacción. Hizo de archivera y de secretaria. Escribió gacetillas sin firmar. Fue aprendiendo. Confiaban en ella. Y ella no desfallecía.

Y después fueron llegando los artículos de otras publicaciones. Como este que le han encargado para una revista semanal que acaba de salir y que le parece que tiene un gran futuro: *La Dona Catalana*.

Ha sido pensar en el nombre de la revista y darse cuenta de que todavía ha de repasar el artículo que les ha de entregar mañana. Se pone a ello. Con gran esfuerzo, Cecília aparta los recuerdos de su cabeza y vuelve a fijar los ojos en el papel. Comienza a leer:

> El mundo intelectual no me interesa, porque tengo tanto que aprender que no les podría enseñar nada y mi esfuerzo sería un salto en el vacío...

Una mesa en un café

Cecília acerca los labios al gran micrófono con el rótulo de Radio Asociación de Cataluña-EAJ15. Tiene una voz modulada y agradable.

Lanza al aire la primera pregunta:

—*Las dunas del olvido* es el primer libro que publica, ¿no es así?

A través de la ventana que tiene a la derecha puede ver cómo esa tarde gris de noviembre se extiende por la ciudad. Dentro del pequeño estudio, los sonidos del exterior han enmudecido envueltos en un silencio acolchado.

—Sí. Pero no son mis primeros poemas. Escribo poesía desde que tengo memoria. Aunque, por supuesto, una cosa es escribir y otra que te publiquen lo que escribes.

La entrevistada está sentada frente a Cecília y la observa con una mirada negra e intensa. Magnética. La periodista piensa que esa magistral mezcla de puerilidad y sexualidad debe de haber causado estragos. Esa chica es pura elegancia y coquetería. Si la tuviese que definir con un color, escogería el dorado. Porque Sylvia brilla.

La entrevista fluye ligera, cómodamente. Al principio, a Cecília le ha extrañado que Sylvia Mendieta llegase acompañada de Dolors Casanoves. Pero después esa amistad común le ha dado confianza y se ha relajado. No ha necesitado mucho tiempo para darse cuenta de que dentro de ese envoltorio de lujo con que la naturaleza la ha obsequiado habita un alma sensible. Y, además, la joven poeta tiene la cabeza muy bien amueblada.

—Mujer y escritora. ¿Son dos conceptos compatibles?

—Solo puedo hablar a partir de mi experiencia, evidentemente. Nadie me ha obligado a escribir y nadie me ha prohibido que lo hiciese. Soy una mujer que escribe. Me siento absolutamente afortunada por el hecho de que estos dos componentes de mi persona sean reales y compatibles.

Dolors, desde un rincón, escucha a Sylvia embelesada, con una sonrisa de orgullo dibujada en los labios. Se bebe cada una de las

palabras que la joven pronuncia con su acento cadencioso y dulce. Sabe que tiene talento. Que llegará donde quiera llegar.

—¿Cuál es el punto de partida de estos poemas?

Sylvia mira a Dolors. La piel se les eriza a las dos bajo una pátina de emoción.

—El amor, sin duda, el amor.

Ha llegado el momento de las fotografías. Acostumbran a hacerles algunas a los entrevistados. Las hacen en la calle, frente a la puerta de entrada de los estudios, para aprovechar la luz de primera hora de la tarde.

Cecília y Sylvia se ponen una al lado de la otra. El fotógrafo dispara la cámara.

Uno...

Dos...

¡Tres!

Toma unas cuantas placas para asegurarse de que al menos una sea buena y, entonces, Dolors se les une:

—¿Qué os parece una con las tres, para que nunca olvidemos esta tarde tan bonita?

Sylvia, situada en medio, dedica a la cámara una sonrisa de lujo. Dolors, a su derecha, sonríe con todo el cuerpo. Cecília lo intenta.

Las chicas hablan a la puerta de los estudios. Cada minuto que pasa, la tarde se vuelve más roja y más fría.

—¿Vamos a tomar algo? —pregunta Dolors con un escalofrío. Y añade—: Bien caliente, si puede ser.

Sylvia y Cecília aceptan. No parece que tengan prisa. La conversación ha girado primero en torno a la literatura y el periodismo, pero poco a poco va tomando un aire más distendido y personal, y les apetece continuar con ella resguardadas del frío.

Cuando entran en el Café de la Rambla, las envuelve un calor con aromas de café con leche y charlas ruidosas. Dolors cierra los ojos y deja que ese perfume se extienda por toda su piel. Allí siempre se siente como en casa. Decidida, se dirige hacia la mesa junto al ventanal que da a las Ramblas. Su mesa. La de los encuentros casi semanales con Cecília. Está ocupada. Se queda mirando al intruso que está allí sentado y suelta un «¡Vaya!» que hace que Cecília se ponga

roja como un tomate y que a Sylvia se le escape una risa sonora y franca.

El joven que ocupa la mesa de las chicas deja el periódico que estaba leyendo y se levanta. No sabe muy bien por qué lo hace. Ni sabe qué pasa, ni quiénes son esas chicas, ni qué quieren de él. No sabe absolutamente nada. Está completamente fuera de juego. Quizá por eso murmura unas palabras inconexas, sin sentido:

—Yo... Ustedes... ¿Nos conocemos?

Dolors, con la simpatía que siempre se esconde detrás de su espontaneidad, toma la palabra.

—¡Ah! Creo que no. Aunque en realidad es posible que nos conozcamos y que, precisamente por eso, porque somos viejos conocidos, usted se haya tomado la libertad de robarnos la mesa.

—¡Dolors! —la regaña Cecília, que no puede sentirse más avergonzada.

—¿La mesa?

Sylvia, toda sonrisas y cordialidad, se acerca al pobre chico, que cada vez está más perdido. Le tiende la mano. Una mano sin peso, como una pluma ligera.

—Disculpe a mi amiga. Soy Sylvia Mendieta. Le presento a Cecília Ibars y a Dolors Casanoves, la bromista. Es que esta mesa le gusta y se cree que es suya. Pero créame que todo era una broma.

El joven, delgado, muy alto, moreno de piel y bastante atractivo, sonríe aliviado.

Se saludan.

—Estoy muy avergonzado por haberles quitado la mesa. Me tendrán que disculpar. Soy nuevo en la ciudad, todavía no conozco las costumbres.

Él también bromea y mira a las tres con unos ojos de un azul clarísimo que desprenden una intensa luz.

—Jordi Palà, para servirlas, señoritas. ¿Tal vez podría cometer el atrevimiento de pedirles que se sienten conmigo en... su mesa?

Las chicas no se hacen de rogar y toman asiento entre risas. La conversación fluye enseguida. Sobre todo cuando se enteran de que todos, excepto Sylvia, comparten profesión. Son periodistas.

—Acabo de llegar de Manresa —les dice Jordi—. Allí he colaborado con la prensa local desde que..., vaya, desde que era adolescente. Pero tenía claro que debía dar el salto a Barcelona si

quería convertirme en un periodista de verdad.

Las tres chicas escuchan a Jordi con la boca abierta. Sobre todo Cecília, siempre tan observadora y silenciosa, que enseguida se siente fascinada por ese joven de voz seductora que entorna los ojos cuando ríe.

—Tengo que decirles que si no hubiese sido por mi gran amigo y mentor Josep Maria Planes, manresano como yo...

—¿Josep Maria Planes es amigo suyo? —pregunta Cecília rompiendo el silencio con el que ha estado escuchándolo—. Es un gran periodista. ¡El director de *Imatges*!

Cecília coge con las dos manos el vaso largo de café con leche y su calor la reconforta. Se evade de la conversación durante unos segundos, pues las palabras escritas por Josep Maria Planes diez días después de la proclamación de la República le vuelven a la mente.

> Con la misma celeridad con la que, cuando llegó la dictadura, toda la gente turbia, débil e indeseable del país corrió a alistarse en las activas filas de la Unión Patriótica, ahora hemos visto una infinidad de estos curiosos ciudadanos engalanando sus solapas con llamativos lazos con los colores triunfantes y lanzando unos vivas a la República que hacían temblar a los árboles de las Ramblas. El espectáculo ininterrumpido de la bajeza humana adquiere en estos momentos de excepción un relieve escandaloso. Si no fuera porque el panorama general se ve dignificado por la noble presencia de unos cuantos hombres íntegros, de buena voluntad, que le confieren una luminosidad de pureza, la ocasión vendría que ni pintada para permitirse el más negro de los escepticismos sobre la condición de la humanidad visible.
>
> Hay que estar en guardia contra estos trepas de cualquier situación. Hay que vigilar de cerca las actividades de estos arribistas sin escrúpulos. Hay que procurar que los lugares estratégicos del nuevo orden de cosas sean ocupados por gente digna y honorable, de principios bien asentados; no por republicanos de nuevo cuño.[1]

—Él ha hecho posible que yo haya entregado hoy un artículo a *La Rambla*. El primer artículo que publicaré en la prensa de Barcelona.

Cecília regresa a la realidad y mira fijamente a Jordi. Después dirige sus ojos a Dolors, que con el café con leche en alto propone un brindis:

—¡Por el periodismo combativo y de debate! ¡Por las mujeres y los hombres periodistas!

Entrechocan sus vasos.

Se queda mirando a Sylvia medio embobada y, en un tono de voz más dulce, añade:

—¡Y por las escritoras de palabras bellas y atrevidas!

Un nuevo principio

Nunca me hubiera imaginado que encontraría el amor de mi vida en el subterráneo de la Grand Central Station. En concreto, en el Oyster Bar.

De hecho, no sé si es muy exacto hablar del «amor de mi vida», teniendo en cuenta que Dick y yo solo compartimos cinco meses de amor, los que transcurrieron hasta que me di cuenta de que el hombre del que me había enamorado no era lo que parecía ser. En concreto, era un hombre casado.

Pero eso no quita para que, vista la situación desde la tranquilidad que otorga el paso del tiempo, aquellos cinco meses puedan ser considerados maravillosos. Fue una relación embriagadora, eso es innegable; y se acabó justo cuando esa sensación de embriaguez empezaba a perder los efluvios iniciales.

Llegados a este punto, he de confesar que, en general, mis relaciones son breves. Nunca he estado más de un año con el mismo hombre. No lo digo en un tono determinado: ni como un triunfo ni como un fracaso. Supongo que no tengo nada con qué compararlas, y tampoco tengo elementos de juicio. Puestos a ser sinceros, no creo que me gustase una relación más larga. Y aún menos una de esas para toda la vida. No sirvo para eso.

Como decía, observada desde los ojos del recuerdo, la relación con Dick fue embriagadora y redonda. ¿Por qué redonda? Porque comenzó y acabó igual. O, mejor dicho, en el mismo lugar. Como un ciclo que se cierra al volver al punto de partida.

En efecto, vi por última vez a Dick en la Grand Station Central. Allí nos despedimos. No, no para siempre, sino hasta el miércoles de la semana siguiente (debéis saber que nos citábamos siempre los miércoles). Pero, cosas de la vida, aquel beso casto y amistoso que intercambiamos ese miércoles nublado de finales de septiembre fue, mira tú por dónde, el último de nuestra vida.

No he vuelto a ver a Dick Curtis.

No os puedo decir si realmente lo lamento, ni si me ha cambiado la vida de arriba abajo. Pero sí que os puedo decir cómo sucedió todo.[1]

París

Mayo de 1964

Idalia le preguntó al taxista si la rue Suger y la rue du Pont-de-Fer estaban cerca.

—Depende de lo que usted entienda por cerca, señorita.

—¿Podría ir caminando?

—¿De Suger a Pont-de-Fer?

—Sí.

—No sería imposible.

La chica resopló hacia dentro intentando no perder la paciencia. Tal vez su francés no fuera tan bueno como creía.

—¿Qué distancia hay?

El hombre se lo pensó.

—Suger está tocando al Sena, señorita. Pont-de-Fer está bajando, más al sur.

—¿Diez minutos? ¿Media hora? Caminando, quiero decir.

El taxista suspiró aliviado. Por fin aquella joven le hacía una pregunta clara.

—Son unos dos kilómetros, señorita.

La joven reflexionó durante unos segundos. Era de noche y quizá no iba calzada adecuadamente para dar un paseo de dos kilómetros por un barrio desconocido. En todo caso, antes de acudir a la cita que había concertado con el hijo de Cecília Ibars (¿Pau, había dicho que se llamaba?) quería pasar por la calle donde, según los resultados de la investigación de Davis, vivía o, al menos, había vivido la Cecília Ibars de la fotografía.

—Lléveme frente al número 3 de la rue Suger. Después seguiremos hacia la rue du Pont-de-Fer. ¿Conoce un bar que se llama La Gamelle?

—Todo el mundo lo conoce, señorita.

—Entiendo.

Una vez que llegaron a este inequívoco acuerdo, el taxista e Idalia se mantuvieron en silencio. Él se concentró en llegar a la orilla izquierda del Sena, al Barrio Latino, obedeciendo las órdenes de su pasajera, que, como todas las americanas, era extravagante como un ser recién llegado de otro planeta. Aunque esta vez había tenido suerte. Al menos esta americana hablaba un buen francés.

Idalia, por su parte, fijó la mirada en la ventanilla intentando adivinar entre las sombras nocturnas la magia de las calles de París. Unas tímidas gotas de lluvia empezaron a salpicar los cristales del vehículo, haciendo que todo adquiriera un tono mucho más lírico.

El taxi entró en el distrito quinto a toda velocidad, sin hacer demasiado caso al color de los semáforos. Unos minutos después se encontraban frente al número 3 de la rue Suger. Idalia alzó la mirada hacia la casa. No había luz en ninguna de las ventanas. Tuvo la impresión de que ya había paseado por aquella calle. Antes. No sabía cuándo. Al final llegó a la conclusión de que eran imaginaciones suyas. Vivía expuesta al pasado como si su vida hubiese cambiado de perspectiva.

Sin salir del coche, observó la puerta de dos hojas, de un sobrio color gris, con remaches dorados para empujar con el pie y rematada por una especie de escudo de armas con el número 3. Suspiró y se permitió unos segundos para pensar en Cecília Ibars. ¿Cómo debía de ser ahora, pasados ya los cincuenta? Porque debía de tener la misma edad que su madre, año más, año menos. En la foto de color sepia parecía una mujer guapa. Pero tal vez el tiempo la hubiera tratado mal. No todo el mundo era como su madre. A Sylvia solo la muerte había podido arrebatarle la belleza.

Le hubiera gustado ponerle voz a aquella imagen de Cecília de la foto. Hubiera estado bien que ella, Cecília Ibars, hubiese contestado al teléfono y que hubiesen quedado para verse al día siguiente a unas horas más razonables. Como había previsto. Pero no había sido así. Solo había podido hablar con Pau, su hijo.

Repasó mentalmente la breve conversación que habían mantenido. La voz del chico le había parecido juvenil, sugerente, pese a las prisas y al endemoniado francés parisino que hablaba. Cuando ella le había dicho que quería entrevistarse con su madre, con Cecília, le había parecido que la voz se volvía más quebradiza, como si se

mezclase con la noche. O con los secretos que ella buscaba.

De hecho, aquella breve conversación la había dejado intranquila. A Idalia no le gustaban los imprevistos, no los sabía gestionar, y se daba cuenta de que la investigación que había emprendido estaba y estaría repleta de ellos. No podía dejar de pensar que quizá Cecília ya no vivía allí, pese a que, según lo que había descubierto Andrew Davis, el piso y el teléfono estaban a su nombre. ¿Pero y si se había marchado? ¿Y si había regresado a la ciudad donde había nacido, Barcelona, y vivía ahora medio diluida entre las calles adonde no llegaban las pesquisas de Davis? ¿Y si el hijo de Cecília la tomaba a ella por loca y se la quería quitar de encima con cualquier excusa? ¿Y si cerraba a cal y canto los secretos que ella buscaba? Si fuese así, el viaje a París habría sido en balde, y quién sabe si encontraría otro hilo del que tirar. Quizá sí que, como decía Edmon, debería llenar su vida de otros afectos y dejar de hurgar en el pasado; en lo que ya estaba irremediablemente perdido.

Sacudió la cabeza. ¿A qué venía ahora esa tendencia a anticiparse a los hechos? ¿Y esa profunda angustia que la removía por dentro?

—No. No está perdido.

—¿Cómo dice, señorita? —preguntó el taxista.

—Ya podemos irnos. Al bar La Gamelle.

El taxi arrancó y ella no pudo evitar pensar que quizá su madre había estado allí, en aquella calle parisina un poco vulgar que no tenía nada de particular. Era muy improbable.

El ruido del motor y de la lluvia repicando contra los cristales deshizo el nudo de sus pensamientos, que fueron quedando atrás, difuminados en la niebla gris de la rue Suger, llamando a la puerta cerrada del número 3.

El chirrido de la puerta hizo que, durante unos segundos, separasen sus labios, que habían mantenido tozudamente pegados mientras subían por la escalera. El piso estaba húmedo y frío. El repiqueteo de las gotas de lluvia en el ventanal rompía el silencio. La noche era tenebrosa, sin luna.

Idalia notó que tropezaba con algo, no supo qué, y perdió el equilibrio. La caída fue suave, casi placentera, pues enseguida la sujetaron los brazos de él y la dúctil suavidad de un sofá.

Continuaron besándose. Le pareció que se habían besado desde siempre.

Los ojos de la chica fueron acostumbrándose a la cerrada oscuridad del piso. Se separó un poco de él. Suspiró y lo observó. Tenía el pelo largo y despeinado, y sus ojos azules brillaban en medio de las sombras como los de un gato. Su sonrisa pícara la advertía de que era un poco vanidoso. Quizá incluso un sinvergüenza. De esos que se cuelan gratis en la vida de los demás. Pero eso, ahora, a ella le daba igual. Volvió a pegarse a su boca y recordó las palabras que él le había dicho al salir de La Gamelle, justo antes de abrazarla:

—París siempre está lluvioso. Siempre está gris.

No debía de faltar demasiado para que saliese el sol y la nueva luz del día se filtrase por aquella ventana sin persianas. Idalia no podía dormir. No había pegado ojo. Pau, con el cuerpo desnudo apenas cubierto por una sábana, respiraba plácidamente a su lado.

Ella se levantó y se volvió a poner el vestido, que encontró, arrugado, en el suelo. Se dirigió a la sala de estar. Todo seguía tan oscuro y silencioso como cuando habían llegado. Solo echaba de menos el murmullo de los besos.

Una especie de inquietud planeaba por toda la casa. Una inquietud fría. Se frotó la nariz helada; tenía las manos agarrotadas. Encendió una luz de pie y se sentó en el sofá. El interior del piso se le reveló en toda su intensa modestia. La sala de estar le pareció no solo pequeña, sino también angustiosa. Un auténtico cuchitril. Incluía también la cocina y el comedor, que solo se diferenciaban por el color de la pared y las baldosas del suelo. Había una maraña de muebles, todos viejos, marchitados por el tiempo. El desorden la conmovió. Pensó en que nunca había estado dentro de un piso como aquel. Incluso los pocos muebles de su estudio del Soho eran de diseño. Siempre había estado rodeada de lujo y ostentación. El París que ella conocía también era lujoso y ostentoso. Quizá irreal. De pronto se daba cuenta de que existía un París que ella no conocía. Todo un mundo desconocido que, más que vestirse, se abrigaba; que más que vivir, sobrevivía.

Cruzó las piernas sobre el sofá y dejó que su vista vagara más allá de la ventana. Lloviznaba sin entusiasmo. Pau tenía razón: París era

lluvioso y gris.

Rememoró las imágenes de aquella noche tan extraordinaria. El taxista la había dejado delante de La Gamelle. Al entrar en el pequeño local había tenido la sensación de que chocaba contra una pared de calor y humedad formada por los cuerpos que se apiñaban allí dentro. Era temprano, pero ya estaba lleno a rebosar. El ruido era estridente, y la cortina de humo que provocaban los fumadores, que encendían un cigarrillo tras otro, también.

Idalia se había quedado petrificada en la entrada, sin atreverse a avanzar o a retroceder. Un camarero cargado con una bandeja llena de copas pasó por delante de ella. Ella le preguntó por Pau. Con un gesto de la cabeza, el camarero le señaló a alguien que trajinaba detrás de la barra. Se acercó a él. Pese a la escasa iluminación del local, Idalia se fijó enseguida en aquellos ojos de mirada clara e intensa que la repasaron de arriba abajo sin ningún tipo de miramiento.

—Soy Idalia Nolan —dijo casi gritando para hacerse oír en medio de tanto jaleo—. Hemos hablado por teléfono hace unas horas.

Él la miró con picardía sin dejar de secar la copa que tenía entre las manos. Sus ojos eran insolentes.

—Idalia es un nombre muy extraño.

—Pau también, para un francés.

Los dos sonrieron. Él de un modo seductor. Ella tímidamente.

El chico desapareció un instante y reapareció al lado de Idalia. La agarró por la cintura de tal manera que ella apenas notó el peso de su mano. La acompañó hasta una mesa con el cartel de reservada. Delante de un vaso de tubo con alguna bebida alcohólica, Idalia empezó a contarle a Pau qué la había llevado hasta París.

—Mi madre era Sylvia Nolan. ¿Te suena el nombre?

—La escritora. Todo el mundo ha oído hablar de Sylvia Nolan.

—Me halagas.

Le dirigió una mirada fugaz y tomó aire sin dejar de juguetear con el vaso, cuyo contenido todavía no había probado.

—Murió hace cuatro meses. Me dejó un legado de escritos antiguos, cartas y fotografías. Una vida que yo no conocía para nada. ¡Mira!

Con manos nerviosas cogió el bolso y sacó la fotografía de su madre con Cecília y Lola. Sintió muy dentro de ella que nunca había estado tan lejos de su propia vida y, al mismo tiempo, tan cerca.

Intentó esconder las emociones que ardían en su mirada.

—¿Ves? Esta, la de en medio, es mi madre, Sylvia Nolan. Bueno, en aquel entonces Sylvia Mendieta.

Se dio cuenta de que el joven no le quitaba los ojos de encima. La miraba a ella, no a la fotografía, que no parecía interesarle lo más mínimo. Eso la molestó. Por un momento estuvo tentada de olvidarse de aquella locura. Solo era una foto, y aquel chico, un total desconocido a quien ni la foto ni sus historias debían de interesarle nada. Y, sin embargo, era precisamente él quien podía conducirla hasta Cecília Ibars. Se aclaró la voz, le dio la vuelta a la fotografía e insistió:

—Mira qué pone detrás: «Con Lola y Cecília Ibars».

Dejó la fotografía sobre la mesa, al alcance de él. El corazón empezó a latirle con violencia cuando Pau la cogió y hundió en ella su mirada clara, que, al instante, quedó ensombrecida por completo. El relampagueo seductor parecía haber huido de sus ojos, que ahora se mostraban velados por la melancolía. Una emoción inesperada conmovió a Idalia al comprender que estaba compartiendo una historia común con aquel desconocido. Era como si en algún lugar estuviese escrito que sus vidas se tenían que encontrar. No le salía la voz, pero finalmente consiguió preguntar:

—¿Cuál de las dos es Cecília Ibars, tu madre?

El rostro de Pau se ensombreció todavía un poco más. Los ojos se le aguzaron acorralados entre los recuerdos. Parecía que se precipitara entre las capas del tiempo.

Por fin, después de unos minutos que a Idalia se le hicieron eternos, él le señaló a una de las tres chicas de la fotografía, la morena de rostro serio. Casi la acarició con el dedo. Ella volvió a coger la fotografía y la miró con una sonrisa nueva.

Clavó sus ojos en los de Pau, que ahora parecían ausentes.

—Ahora ya sé quién es. Dime: ¿cuándo podré conocer a tu madre? Tengo tantas cosas que...

—Está muerta.

Esa última palabra resonó en el interior de los oídos de Idalia: *muerta*, *muerta*, *muerta*... Tuvo la sensación de que se estampaba contra una pared.

—No me lo esperaba. Yo... Ella conocía a mi madre y...

Pau alzó las cejas casi imperceptiblemente, en un gesto que

dejaba claro que había adivinado el hilo de los pensamientos de la chica.

—¿Sabes?, creo que, si estuviera viva, y suponiendo que hubiese accedido a hablar contigo, tampoco te habría contado gran cosa. Mi madre nunca fue una mujer a la que le gustase recordar el pasado. De hecho, la mayoría de los que tuvieron que huir de la guerra civil española, los que tuvieron que exiliarse en unos países y en unas vidas que no eran las suyas, hablaban poco.

Se acercó el vaso a los labios, pero no bebió. Se quedó mirando fijamente la cara desconcertada y afligida de la joven.

—Creo que yo tampoco podré ayudarte demasiado. A mí tampoco me contó nunca gran cosa.

Entonces sí que ahogó una sonrisa triste en la bebida. Dio un sorbo largo y dijo, en un tono más distendido, como si intentara quitarle hierro a aquella historia:

—Sé que me llamo Pau Palà Ibars. Eso seguro.

Algo alegre brilló en los ojos de Pau, un destello risueño que hizo que Idalia sonriera y que, durante unos segundos, pudiera escapar de la nube densa y triste en la que flotaba.

—Mi padre y mi madre eran periodistas en Barcelona. Él murió en el frente. Mi madre se vio obligada a huir cuando se acabó la guerra. Yo nací en el exilio, en febrero de 1939.

Idalia chasqueó los dedos, como quien llama a un perro, para expresar su sorpresa:

—¡Yo también soy del 39!

—De lo que vino después hay poco que contar si exceptuamos una vida llena de privaciones.

Levantó la mano y señaló el local como si lo sobrevolara.

—Esto que ves era el restaurante de mi madre. La Gamelle. Conservé el nombre.

—Pero lo convertiste en un bar de copas.

—El restaurante nos permitió sobrevivir, ¿sabes? Mi madre le dedicó toda su vida. No hacía otra cosa que trabajar. Se pasaba todas las horas del día entre estas cuatro paredes. No recuerdo que tuviera fiesta ni un solo día.

Y añadió en un susurro:

—Tampoco recuerdo ninguna caricia. Y pocas sonrisas. Cuando murió...

—¿Hace mucho que murió? —preguntó ella con una voz marcada por el desencanto. No podía dejar de pensar que Cecília ya no podría contarle sus secretos. Si es que había alguno.

—Hace cinco años.

Pau Palà posó una mano sobre la de Idalia. Ella no la retiró.

—Vamos a mi casa. Tengo una cosa que te puede interesar. Prefería conocerte en persona antes de...

—¿Para asegurarte de que no era una loca peligrosa?

—Entiéndelo. Lo que te quiero enseñar no lo ha visto nadie antes. Es lo único que se salvó.

—¿Se salvó de qué?

Él ya no le respondió. Se había levantado de la silla y ella lo imitó. Después de que Pau diera algunas órdenes a los camareros, los dos salieron a la calle. Llovía más intensamente que antes.

—París siempre está lluvioso. Siempre está gris.

Ella lo miró. Quizá tuviera razón y París fuera un color: el gris. Para ella, sin embargo, era muchas más cosas: era movimiento, el de las aguas del Sena bajando poco a poco y atravesando la ciudad. Y olor: el de las creps calientes y el de las librerías de viejo. Y, sobre todo, a aquellas horas en que la ciudad empezaba a detenerse, París era el lugar perfecto para la melancolía.

De repente, como si la quisiese proteger de ese monstruo gris en forma de ciudad que amenazaba con engullirla, Pau rodeó con los brazos a Idalia por la cintura, la giró hacia él y la besó suavemente en los labios.

Tal vez porque Pau era la puerta de acceso a tantos interrogantes, o tal vez simplemente porque besaba bien, ella cerró los ojos y le devolvió el beso.

Sentada en el pequeño y destartalado sofá de la sala de estar, Idalia temblaba aletargada. Fuera, la lluvia inconstante y caprichosa que había ido cayendo durante la noche lo había impregnado todo de una humedad que había penetrado en las paredes, se había adueñado del piso y ahora le subía por las piernas y se arrastraba por su piel. De pronto, sintió que el cálido abrazo de una manta la cubría. Levantó la cabeza con sorpresa y se encontró con la mirada de Pau, que la sonreía mientras la abrigaba. No lo había oído acercarse.

Se arrebujó bajo la manta como un gato que buscase calor. Observó a Pau, que la acariciaba con los ojos.

—¡Qué ojos tan azules tienes!

—Según decía mi madre, son como los de mi padre —respondió él, y se sentó junto a ella.

También su abundante y oscuro pelo y el dorado moreno de su piel eran como los de su padre. Por eso Cecília siempre había mirado a su hijo con ojos impregnados de tristeza, porque le recordaba vivamente a Jordi y a lo que vivieron juntos. Los años felices. ¡Fueron tan pocos!

—Me gustaría poder enseñarte fotos de mi madre. De mis padres. ¿Pero sabes?, no tengo ninguna.

—¿Cómo puede ser? ¡Yo tengo miles!

Él contuvo un segundo la respiración y después soltó el aire de golpe. Los recuerdos que galopaban a su encuentro no eran agradables.

—Mi madre las quemó todas.

—¿Tu madre quemó las fotos?

Para Pau resultaba difícil revivir aquella noche de 1957. Él tenía dieciocho años. Acababa de empezar los estudios de Literatura en la universidad. Cecília se pasaba todo el día encerrada en el restaurante. Había días que apenas se veían. Pero aquella noche, cuando él llegó, su madre estaba en casa, en la cocina, rodeada de papeles y fotografías esparcidos por el suelo que iba echando a los fogones. El fuego había prendido las repisas y las cortinillas de los armarios y amenazaba con extenderse deprisa por todo el apartamento. Él no recordaba demasiado lo que había hecho. Cómo lo había hecho. Esas cosas no se piensan ni se recuerdan con claridad. Aquella noche salvó a su madre de morir quemada, pero no pudo hacer nada por salvarla de la enfermedad que la carcomía en silencio y que se la llevó a la tumba dos años después. Y tampoco pudo guardar los recuerdos de su vida anterior que ella conservaba. Las cartas de su padre. Las pocas fotografías que había visto de él.

Idalia miró a Pau fijamente, muda de desconcierto.

—¿Por qué querría quemarlo todo? —preguntó finalmente.

—Estaba enferma. Yo debería haberlo visto antes. Pero...

Se perdió en el recuerdo de la Cecília consumida, la del final, llena de aquella rabia que se la comió por dentro.

—No te puedes culpar. La salvaste.

La voz dulce de Idalia fue un bálsamo que logró calmar la punzada de aquel recuerdo tan duro. Pau asintió imperceptiblemente con la cabeza. Miró hacia la ventana. En París nacía un nuevo día gris y legañoso, y una claridad yerma y azulada comenzó a iluminar el comedor.

El chico se levantó. Cuando volvió al lado de Idalia llevaba un pequeño bulto en las manos.

—Cuando mi madre murió y vacié su armario, encontré esto.

Idalia, llena de curiosidad, fijó su mirada en aquel fardo hecho de lana que el tiempo había amarilleado.

—¿Qué es esto?

—De hecho, es un arrullo. Sirve para abrigar a los bebés. Supongo que debió de abrigarme a mí. Pero alguien diría que mi madre lo utilizó para guardar algunas cosas. Es lo que ayer te dije que te quería enseñar. Lo único que me queda de mi madre. No sé muy bien por qué lo he guardado. Pensé en deshacerme de todo lo que le había pertenecido.

—¿Por qué?

—Estaba enfadado. Me había quedado solo. Lo único que tenía era un restaurante que no sabía cómo llevar. Y veinte años.

—Fuiste valiente. Supiste cómo salir adelante.

—No fue fácil. Tuve que dejar los estudios y empecé una nueva vida. ¿Por qué tenía que guardar nada de mi madre si ella misma se había deshecho de sus recuerdos? El pasado es el pasado.

Esta última frase hizo que Idalia levantase la cabeza y se quedase mirando a Pau cara a cara. No pudo evitar pensar que el pasado parece que no exista hasta que te lo imaginas vivo y en movimiento. Ella lo sabía bien.

—Y además... —añadió Pau. Y se interrumpió.

—¿Qué...?

Había desenvuelto con cuidado el fardo, que ahora revelaba su contenido.

—Me parece que nada de esto pertenecía a mi madre.

Sin tanta acritud, con una melancólica sonrisa en los labios, Pau volvió a decir:

—No sé por qué no lo he tirado todo.

—¿Puedo? —preguntó Idalia con timidez, alargando una mano

ávida.

Lo que sacó Idalia Nolan de dentro de aquella mantita envejecida por el tiempo —que ahora poseía Pau Palà, que antes había estado en poder de Cecília Ibars y que, seguramente, había sido de otra persona antes de llegar a sus manos— le detuvo el corazón dentro del pecho durante unos segundos, para ponerlo a galopar después a una velocidad infernal. Los ojos se le nublaron y tuvo que desviar la mirada, que, ansiosa, buscó otro lugar en el que posarse.

—¡No me lo puedo creer! Estas son las cartas de respuesta a las que yo encontré en la caja de mi madre. Cartas de amor firmadas con una S.

Abrió mucho los ojos, que se le habían empañado con el descubrimiento. Se los apretó con las palmas de las manos.

Empezó a leer con ansia una de las cartas:

> Lola, amor mío:
> ¡Y yo me llamo poeta! ¡Qué carta tan hermosa! Cómo sabes volcar tus sentimientos en cada palabra. Son palabras vivas, que existen, que me hacen sentir y anhelar el instante de volver a acurrucarme en tu cuerpo y en tu afecto...

—Lola...

Idalia cerró los ojos. Repitió aquel nombre como si lo suspirase:

—Lola... Lola... Lola...

Abrió los ojos de nuevo y los fijó en Pau. Estaba emocionada.

—La L. La Lola de la foto. Su amante...

Se hizo el silencio mientras Idalia saboreaba ese descubrimiento. Aquella mujer, Lola, era la luz que comenzaba a disipar las tinieblas que envolvían a la Sylvia Mendieta que buscaba.

—Aún hay más —dijo Pau, y le tendió un sobre que también estaba guardado en el arrullo. Idalia lo cogió con manos temblorosas.

—¿Puedo?

Él asintió con la cabeza.

La chica lo abrió con un cuidado infinito. Sacó una fotografía de estudio de papel grueso. Era como una postal. Se quedó mirándola fijamente. Un rato. Un buen rato. Parecía que se le hubiese olvidado respirar. Después la posó en su regazo, junto a las cartas, y se arrebujó aún más bajo la manta. Volvía a temblar, pero no era de frío.

—Es mi madre.

—Lo supe ayer noche, en el bar, cuando me enseñaste aquella

fotografía de las tres.

—Y es, también, la *Odalisque*.

—¿Matisse?

Idalia volvió a coger la postal. Acarició la imagen con un dedo. Se mordisqueó el labio inferior.

—Sí. Recrea una de las odaliscas de Matisse, la *Odalisque à la culotte rouge*, la que está en l'Orangerie. Es el primer cuadro que vi.

—¿El primer cuadro que viste? —preguntó Pau con curiosidad.

—Que vi de verdad. Al lado de mi madre. Yo...

A Idalia se le quebró la voz. No encontraba palabras para describir aquel recuerdo. El chico respetó su silencio.

Cuando ella fue capaz de volver a hablar, señaló la postal.

—Mira, todo está pensado para recrear el cuadro: las flores, la *chaise longue* donde se reclina. Su actitud. Incluso su mirada.

Suspiró antes de añadir:

—Los pantalones rojos.

—¿Los pantalones rojos? ¡Es una fotografía en blanco y negro y está envejecida por el tiempo!

Idalia no respondió; ella sí adivinaba el rojo vivo de los pantalones de Sylvia Mendieta bajo el brillo sedoso de la fotografía de tonos sepia.

—Dale la vuelta a la postal —le pidió Pau.

La chica le dio la vuelta a la fotografía y leyó los versos que alguien había escrito en el reverso con una letra que conocía muy bien. La letra de su madre.

Elle était donc couchée et se laissait aimer,
Et du haut du divan elle souriait d'aise
À mon amour profond et doux comme la mer,
Qui vers elle montait comme vers sa falaise.[1]

Interrogó a Pau con la mirada.

—Baudelaire. *Les fleurs du mal*. Pertenece al poema «Les bijoux» —afirmó él.

Los ojos de Idalia volvieron a recorrer aquellos versos apasionados. Después los alzó de nuevo y miró a Pau sorprendida. Mientras se esforzaba aún por intentar encajar todas las piezas, le preguntó:

—¿Cómo lo has sabido?

Él se encogió de hombros mientras apretaba los labios y reprimía una sonrisa triste.

—Baudelaire siempre ha sido uno de mis poetas preferidos.

Idalia no pudo ocultar la fascinación de su mirada.

—Y seguramente también era uno de los poetas preferidos de Lola. Y de mi madre. Debían de sentirse identificadas con estos versos. Como se sentían identificadas con el cuadro de Matisse.

Se llenó los pulmones de aire antes de proseguir.

—Quizá su relación estuviera llena de secretos como estos. Secretos que solo ellas conocían y...

Se detuvo, sorprendida de sus propias palabras.

—¡Ah, qué vergüenza! No creas que soy una chica romántica.

Pau la miraba con ternura y sonreía. Ella, en cambio, tenía ganas de llorar. Sentía que la tristeza le ocupaba todo el corazón. Tuvo que hacer un esfuerzo para que la emoción no la traicionara.

—En fin, fuesen cuales fuesen los secretos tras los que escondían su amor, yo ya no los conoceré nunca.

—¿Por qué dices eso?

—¿No te das cuenta? —respondió Idalia con los ojos chispeantes —. La única que lo podría saber es Lola, y no existe ninguna pista más para llegar a ella. Eso suponiendo que Lola existiese, que se llamara así, que todavía esté viva, que...

—Para, para... Sí que hay una pista. Bueno, al menos a mí me parece una pista bastante sólida.

En la mirada de la chica se dibujó un interrogante.

—Mira el sobre —le indicó él, seguro de lo que decía.

Ella lo hizo. Era un sobre elegante, de papel de calidad. En el anverso figuraban un nombre y una dirección:

Dolors Casanoves i Calaf
Rambla de Cataluña, 140, principal
Barcelona

—¿Dolors Casanoves? —leyó Idalia—. ¿Y ahora esta quién es?

Abrió mucho los ojos al darse cuenta de que tenía la respuesta delante de ella:

—¿Dolors? Dolores... ¡En Cuba a las Dolores las llaman Lola!

Pau afirmó con la cabeza.

—Sí, es habitual en muchos lugares. Yo he conocido a más de una exiliada que se llamaba así.

—Entonces, esta Dolors Casanoves a quien iba dirigido el sobre con la fotografía y el poema de Baudelaire es sin duda nuestra Lola —murmuró la chica intentando ordenar sus pensamientos.

—Y esta es su dirección. Al menos, la dirección donde vivía entonces.

Idalia paladeó sus siguientes palabras:

—Cuando era la amante de mi madre.

Se sumergió en el descubrimiento que acababan de hacer y exclamó:

—¡Barcelona!

Y notó, físicamente, cómo el hilo que la llevaba hasta Sylvia Mendieta se desenredaba entre sus dedos.

Aeropuerto París-Orly

Mayo de 1964

—Nunca te casarás con él. No te conviene.

Idalia sonrió ante aquel recuerdo repentino. Cada vez que ponía los pies en un aeropuerto le venía a la cabeza esa escena, esas palabras de Sylvia. Y su airada respuesta.

—¿Qué quieres decir, mamá? ¿Qué quieres decir con que Edmon no me conviene?

Miró a Pau, que estaba sentado a su lado en una de las salas de espera del aeropuerto. Faltaba menos de media hora para embarcar hacia Barcelona.

—¿Todo bien? —le preguntó él.

—Sí, ¿por qué?

—Estabas hablando sola.

Idalia pensó que nunca había visto unos ojos tan bonitos como los de Pau. Le costaría mantener el pacto al que habían llegado. Porque cuando él le había dicho que la acompañaría a Barcelona, que él también quería reencontrarse con sus orígenes y que necesitaba urgentemente unas vacaciones, ella, sucumbiendo a sus temores, le había soltado lo del prometido en Nueva York y también que lo que había pasado entre los dos no se podía volver a repetir.

—¿Un prometido en Nueva York? —le preguntó él con una sonrisa socarrona. Y, tras pensárselo unos instantes, añadió alzando las cejas con coquetería—: Vale. Trato hecho. Pero me voy contigo.

Y, claro, eso ella no se lo pudo impedir.

Tercera parte
Barcelona

> Cerré el pasado detrás de mí como si fuese una puerta. Me juré a mí misma que no volvería a pensar en ello nunca más.
>
> SYLVIA NOLAN,
> *Un nuevo principio*

Lola

Caterina se acercó la taza de té a los labios. Dio un pequeño sorbo, como de pájaro. Frunció imperceptiblemente las cejas.

El té no le gustaba nada.

—Ay, Lola...

Suspiró.

Colocó la taza sobre el platillo, lo dejó todo encima de la mesa y cruzó las manos sobre su regazo.

—Vosotros la conocéis como Lola Casanoves. Para nosotros era Dolors. Hasta que pasó aquello.

Dejó que ese *aquello* quedase suspendido en el aire.

—Entonces se fue de casa y cambió de vida e incluso de nombre.

Incorporó el cuerpo un poco hacia delante y se quedó mirando a los dos jóvenes. Primero a uno, luego a la otra. Les habló como quien está a punto de realizar una confidencia.

—El té no me gusta nada. Me parece amargo aunque me ponga tres terrones de azúcar.

Se levantó y caminó pausadamente hasta un mueble bar mientras les preguntaba:

—¿Os apetecería una copita de anís?

Barcelona

Mayo de 1964

—No sé cómo te las has apañado para localizar tan rápido a Caterina Casanoves, la hermana de Lola.

Hacía dos días que Idalia y Pau habían llegado a Barcelona. Estaban alojados en el hotel Cuatro Naciones, en el número 40 de las Ramblas, que conservaba el eco de la fama y el lujo del pasado, si bien estaba por debajo de lo que Idalia solía permitirse y por encima de lo que podía permitirse Pau. Habían cogido dos habitaciones separadas.

—Ya te lo he explicado —le contestó la chica con una sonrisa enigmática—. Tengo un hombre de confianza: Davis.

—El abogado de tu madre, sí, me lo has dicho. Pero no sabía que los abogados tuviesen esas dotes detectivescas.

—Debe de tener contactos.

La sonrisa de la chica se volvió más amplia. Sus ojos también sonreían. Añadió:

—No le ha resultado difícil encontrarla. Le pasé el nombre y la dirección de Lola. Tenía la esperanza de que a partir de esos datos Davis pudiese localizarla.

—Pero no la ha localizado.

—No. A quien ha localizado enseguida, en cambio, es a Caterina Casanoves. Como te digo, no ha sido difícil. La hermana de Lola vive en la misma casa familiar de siempre. La dirección es la del sobre de la fotografía.

—Seguro que Caterina podrá desvelarnos los misterios de Lola.

Idalia asintió discretamente con la cabeza. Se había perdido en sus pensamientos.

—Él habría hecho cualquier cosa por mi madre. Y ahora haría cualquier cosa por mí.

—¿Quién?

—Davis, por supuesto. Y además...

—Y además... ¿qué?

—Creo que él también está interesado en saber quién fue Sylvia Mendieta.

Habían llegado frente al número 140 de la rambla de Cataluña. Aquel edificio señorial era conocido en la ciudad como la Casa Ferran Puig.

—Es el principal —dijo Idalia.

Y mientras el corazón le latía desbocado con solo pensar que cada vez se acercaba más a los escenarios que había recorrido su madre de joven, Pau contemplaba embelesado cómo el gran balcón abierto de tres alas del piso principal le guiñaba el ojo a través del follaje de los grandes plátanos del paseo.

El piso conservaba el gusto señorial de otros tiempos. Todo hacía pensar que habían cambiado muy pocas cosas en aquel decorado que remitía al lujo de épocas pretéritas.

Una sirvienta les hizo pasar a una sala pequeña, estrecha y alargada. Aunque no era el salón principal de la casa, estaba exquisitamente decorada con objetos de colores cálidos y muebles acogedores. Por la ventana entraba la claridad de aquella tarde joven y primaveral que lo pintaba todo de color dorado. Al quedarse solos, los jóvenes, como insectos atraídos por la luz, se acercaron a la ventana. Un cúmulo de patios interiores, como piezas de un rompecabezas verde y vegetal, se extendió ante ellos.

—¡Qué bonito! —dijo Idalia justo en el momento en que la puerta de la salita se abría para dar paso a la señora de la casa.

Era una mujer alta y delgada. Muy elegante. Llevaba un impecable vestido azul marino con las mangas hasta los codos, cintura entallada con un cinturón y falda con grandes pliegues hasta las rodillas. El pelo, teñido de un caoba intenso, cardado con un peinado voluminoso, tal y como marcaba la moda del momento. Se había maquillado como si estuviese a punto de salir. Nada en ella dejaba entrever los más de cincuenta años que soportaban sus hombros, a no ser, quizá, por esos pliegues en la comisura de los labios, que, sin embargo, no menoscababan su atractivo.

Los dos jóvenes se volvieron a la vez y clavaron la mirada en su

figura; ella les correspondió con un destello de curiosidad. Sus ojos se posaron sobre Pau y después se entretuvieron repasando el estilo juvenil de Idalia, que se había quitado el abrigo de primavera de color verde manzana y lucía piernas gracias a un vestido cortísimo salpicado de margaritas amarillas. Las dos coincidían en el color de los zapatos, ambos blancos: muy a la moda los de la chica, con un gran tacón cuadrado; más clásicos los de la señora.

—Soy Caterina Casanoves —se presentó la mujer moviendo levemente la cabeza a modo de saludo, pero sin perder esa pose un tanto hierática y fría detrás de la cual se esconden a menudo las personas tímidas.

Avanzó unos pasos y señaló, con la mano derecha, el sofá que ocupaba toda la pared del fondo, al lado del ventanal que daba a los patios.

—Siéntense, por favor.

Idalia obedeció y se sentó con desenvoltura. Cruzó las piernas y se quedó mirando a Pau, que seguía de pie. Parecía un pez fuera del agua. La chica le dedicó una sonrisa alentadora y le señaló el sofá con la mirada. Él, incómodo, se sentó a su lado.

La señora de la casa esperó a que los jóvenes se acomodaran y después ocupó una de las dos butacas encaradas al sofá sin acabar de apoyar la espalda, con las piernas juntas y los pies cruzados delante. Sus manos, blancas y pequeñas, reposaban quietas una encima de la otra sobre su regazo.

Después de que la asistenta les sirviese el té, Caterina transformó en palabras su sorpresa.

—La hija de Sylvia Mendieta y el hijo de Cecília Ibars... ¡Casi no puedo creerlo!

La mano derecha abandonó el refugio de su regazo y voló hacia su pelo como si intentase arreglar algún desperfecto inexistente. Cuando volvió a hablar, había modulado el tono de su voz, abandonando aquel deje de sorpresa.

—Tendrán que disculparme, pero es que tengo la impresión de que el tiempo ha corrido hacia atrás. Usted, señorita...

—Tutéenos, por favor —le pidió la chica en un castellano teñido de acento cubano.

Caterina asintió con la cabeza.

—La edad lo permite, es verdad. Tú...

Se detuvo de golpe, un poco confundida.

—Perdona, he olvidado tu nombre.

—Idalia, para servirla.

—Idalia, qué nombre tan exótico.

Se puso tres terrones de azúcar en el té.

Después se quedó con el platillo en una mano y la taza en la otra. El té humeaba.

—Tú, Idalia, tienes la mirada oscura de tu madre.

Giró la cabeza para escrutar a Pau.

—Y tú, los mismos ojos azules que tu padre. Lo traté poco, pero su mirada era inolvidable.

—Eso me han dicho, aunque yo no lo conocí.

Se hizo el silencio durante algunos segundos, que Idalia empleó en mirar a través del ventanal. Tras los cristales palpitaba la Barcelona de Sylvia. Se preguntó si su madre habría estado alguna vez en aquella casa. La casa de los Casanoves, la casa familiar de Lola.

—Habéis venido, según me dijisteis por teléfono, porque buscáis información sobre mi hermana.

—Sí, señora. Bueno, de hecho, intento reconstruir los pasos de mi madre durante la etapa que pasó aquí, en Barcelona. Creo que su hermana, Lola Casanoves, es la persona más indicada para arrojar algo de luz sobre algunas preguntas que me hago y que...

Se interrumpió. Miró a Pau y, volviendo de nuevo el rostro hacia Caterina, con una risita disimulada en la voz, se corrigió:

—Quería decir algunas preguntas que nos hacemos, por supuesto. Porque su hermana, Lola Casanoves, conocía a nuestras madres, si no me equivoco. A las dos.

Caterina se acercó la taza de té a los labios. Dio un sorbo minúsculo, como de pájaro. Frunció imperceptiblemente las cejas.

El té no le gustaba nada.

—Ay, Lola...

Suspiró.

Caterina llenó tres copitas de anís. Cogió la suya y la sostuvo con elegancia mientras se acomodaba de nuevo en la butaca, con la espalda muy erguida e intentando recuperar la expresión distante y un poco inexpresiva con la que había recibido a los jóvenes. En sus ojos,

sin embargo, había ahora un ligero brillo.

—Mi hermana era una chica difícil.

—¿Qué quiere decir *una chica difícil*? —preguntó Idalia.

—Bueno, ya sabéis lo que quiere decir. Una rebelde.

La mirada de la mujer se perdió en un rincón indeterminado del pasado. Tuvieron que pasar algunos segundos para que alzase la cabeza y regresara a la realidad.

—Nos llevábamos dos años. Yo era la pequeña. Y la obediente, la que no daba problemas. La que hacía todo lo que decía mi madre.

Volvió a dejar la copa, que todavía no había probado, encima de la mesa y se levantó de nuevo. Se dirigió hacia la pared opuesta a la ventana, donde descansaba un bellísimo chifonier custodiado por dos sillas tapizadas. Era un mueble clásico. Idalia tenía algunos conocimientos al respecto, pues había acompañado a Sylvia en muchas subastas y había heredado de ella su gusto por los muebles bellos. Calculó que debía de ser del siglo XIX, victoriano, y, sin duda, las manos de un buen artesano lo habían hecho con palisandro. Como todas las cajoneras de ese estilo, tenía un estante superior y, abajo, un armario de dos puertas. Caterina abrió el armario con la llave que colgaba de una de las puertas. Sacó algo del interior y volvió a cerrar el chifonier.

Idalia sonrió con avidez al darse cuenta de que el objeto que Caterina llevaba en las manos era un álbum de fotografías. En sí mismo ya era una obra de arte; un objeto precioso que debía de contener recuerdos también preciosos. La mujer se dirigió hacia el sofá con su tesoro entre las manos y los dos jóvenes se separaron un poco para dejarle sitio en medio. Abrió el álbum y fue pasando las páginas lentamente.

—Esta era Dolors, mi hermana mayor, a los dieciocho años.

Pasó la página. Su voz adquirió un entusiasmo nuevo que iba más allá de la fría corrección con que había hablado hasta aquel momento:

—¡Mirad! Aquí salimos las dos. Era la Navidad de 1925.

Dejó escapar un suspiro mudo y lleno de añoranzas mientras los dos jóvenes se recreaban con las imágenes que testimoniaban los años de juventud de las hermanas Casanoves. En aquellas fotos se las veía radiantes, siempre con una sonrisa en la boca y con el corazón henchido de nuevas emociones. Eran los años de las ilusiones; quién sabe si de la felicidad.

Llegaron a las últimas páginas del álbum. Alguien había escrito con una caligrafía muy recargada: «1929». Caterina pasó un dedo sobre una de las fotografías.

—En esta Dolors está con Irene Polo, que es la del sombrero. ¿La veis? También era periodista. Las fotografiaron cuando salían de la redacción de un periódico, no recuerdo cuál.

Movió la cabeza a un lado y a otro sin dejar de mirar aquella imagen.

—¡Pobre chica! Se fue a Argentina poco antes de la guerra y ya no regresó.

—¿Se quedó allí exiliada después de la guerra? —preguntó Pau con interés.

—Se suicidó allí. En el 42.

Idalia rompió el silencio que siguió a aquella luctuosa noticia. Estaba exultante ante el regalo de las imágenes de la joven Lola. No podía dejar de pensar en que así debía de ser cuando su madre se enamoró de ella.

—¡Muchas gracias por mostrarnos estas fotografías! No sabe cuánto me ha gustado verlas.

Pau, que se había quedado callado, levantó los ojos del álbum e insistió en la pregunta que había hecho antes Idalia:

—Usted ha dicho que su hermana era una chica difícil.

La mujer asintió con la cabeza, con los ojos todavía detenidos en las fotos y en los recuerdos que le despertaban.

—¿En qué sentido lo dice?

Antes de responder, Caterina cerró el álbum y lo dejó sobre la mesilla del té. Se levantó. Volvió a su butaca. Tomó asiento. Estiró la falda de su vestido. Suspiró.

—Ella no hacía nada de lo que hacíamos las otras chicas. No le gustaba llevar una vida convencional. Sabéis a qué me refiero, ¿no? Nadaba a contracorriente. Mientras todas perdíamos la cabeza por los vestidos bonitos o por encontrar un prometido, ella escribía y quería ser periodista. Era... ¿Cómo os lo diría...? Un espíritu de contradicción. A mamá la volvía loca. Le daba absolutamente igual salir a la calle vestida de una manera o de otra. ¡No sabéis por todo lo que nos hizo pasar!

Idalia clavó su mirada en ella. Tuvo la seguridad de que hacía mucho que Caterina no hablaba de Lola con nadie. Intuyó que los

recuerdos, profundamente guardados, empezaban a tomar cuerpo en el corazón de aquella mujer y a abrirse paso a empujones.

—La naturaleza la había obsequiado con un físico agradable que no necesitaba demasiados retoques. ¡Tenía un perfil tan limpio! Y aquellos ojos almendrados y grisáceos que solo ella había heredado de nuestro padre.

Disimuló una sonrisa mientras entornaba los ojos para captar mejor la esencia de su hermana, que, poco a poco, a medida que la dibujaba con los dedos del recuerdo, se hacía presente en aquella sala.

—Llevaba el pelo corto y el rostro siempre limpio, sin maquillaje. No le hacía falta. La belleza le venía de dentro. De su alegría. De su entusiasmo.

Levantó un poco la cabeza y su mirada se perdió más allá de las paredes de la estancia. Su corazón volaba como un pájaro hacia Lola.

—Mi hermana decía lo que pensaba. No se andaba con rodeos. No escondía que era...

Sus ojos se dirigieron de nuevo hacia Idalia, posándose sobre ella. Se notaba que quería evitar decir la palabra que tenía en mente. Que luchaba para evitar incluso que tomase forma.

—Sí, lo sé. Lo sabemos. Lola era lesbiana. Fue amante de mi madre. De Sylvia Mendieta.

Caterina no apartó la mirada. No parpadeó. No dijo nada.

—He encontrado las cartas de amor que se intercambiaron.

Silencio.

—Unas cartas bellísimas. Apasionadas. No hay duda de que eran amantes.

Giró la cabeza y señaló a Pau.

—Y Pau conserva una foto de mi madre que guardaba Cecília y cuya destinataria era Lola. Pero no sabemos si la llegó a recibir o no, ni por qué la tenía Cecília. Detrás había escrito un poema.

Caterina hizo un ligerísimo movimiento con la cabeza. Un asentimiento imperceptible.

—Sí. ¿Para qué negarlo? Era lesbiana. Han pasado tantos años ya. Resulta estúpido darle la espalda a la realidad.

Se levantó y caminó hacia el ventanal. Cruzó los brazos bajo el pecho. Fuera, el sol todavía calentaba los edificios de la ciudad.

—Fue por eso, por su relación con Sylvia Mendieta, por lo que tuvo aquella gran discusión con mi madre. Nunca supe exactamente

qué pasó entre ellas. Lo que se dijeron aquella noche. Pero nunca volvieron a hablarse. Ese mismo día, metió todas sus cosas, pocas, dentro de una maleta y se fue de casa. Lo dejó todo atrás. Su familia, el pasado. Su vida anterior. Incluso su nombre, porque, como os he dicho antes, a partir de aquel momento no quiso que nadie la conociese como Dolors.

La voz de Caterina adoptó una inflexión nueva.

—A partir de aquel momento se convirtió en Lola.

Una mujer

Cecília tiene el último número de *La Rambla* en las manos. La tarde del 23 de mayo de 1932 es primaveral y plácida. Está sentada con Jordi y Dolors alrededor de la misma mesa del mismo café de siempre.

—Hoy *La Rambla* publica una interviú de Ana Murià.

—Es la hija de Murià, ¿no?, del director de *La Dona Catalana* —pregunta Jordi, y después da un sorbo al café con leche. Sus ojos claros brillan traviesos cuando añade—: ¿Es la que envía las colaboraciones escritas a la revista con pseudónimo para que su padre no la reconozca?

Ella abre unos ojos como platos:

—¿Y tú cómo sabes eso?

—¡Bah!, lo sabe toda Barcelona...

Ríe.

—Menos Murià, claro.

Cecília detiene de nuevo la mirada en el artículo del periódico mientras niega con la cabeza, sorprendida e incrédula. Las noticias vuelan, piensa.

—El artículo analiza el servicio doméstico —dice, con ganas de cambiar de tema—, y lo hace entrevistando a una señora y a una sirvienta. Es claramente su estilo. Anna Murià tiene buena mano con este tipo de interviús; deja que sean los otros los que hablen y de este modo ella dice todo lo que quiere decir.

—¡Qué gran periodista está hecha! —remata Jordi con admiración.

Cecília se acerca el periódico a los ojos. Se aclara la voz. Lee en voz alta:

> «Pobre chica, la que tiene que servir...».
>
> El otro día lo cantaban en la radio... «Pobre chica, la que tiene que servir...». Y yo pensaba, realmente, «pobre chica», la asistenta del servicio merece un poco de atención y valdría la pena incluirla en la encuesta de *La Rambla*, en esta recopilación de hechos cotidianos del trabajo femenino en nuestra tierra, aunque ella sea, casi siempre, forastera: forastera, pero vive

entre nosotros, se gana la vida aquí y su espíritu, gestado en la aspereza y la monotonía de las tierras secas, se contagia de nuestra inquietud, y aquí se reforma o se deforma...[1]

Se detiene; levanta los ojos del periódico, bebe un sorbo de agua.

Jordi arrastra la silla hacia delante y se acerca un poco más a Cecília. La mira y la escucha expectante, con esa sonrisa encantadora que a ella tanto la hace vibrar. Nadie se imagina los esfuerzos que ha de hacer para mantener bien escondidas esas vibraciones. La mirada animada del chico la alienta a seguir leyendo el artículo de Murià.

—Ahora viene la interviú que le hace a una señora y a una chica del servicio. Será interesante contrastar las respuestas.

—¿Usted cree que el problema del servicio doméstico ha empeorado?

—¡Por supuesto! Antes no había problemas. Teníamos las sirvientas que queríamos, al precio que queríamos y trabajando tanto como queríamos. Una niñera ganaba cuatro duros al mes, no salía nunca, cuidaba de los críos de noche y de día...

—¡Qué cara más dura! —se indigna Jordi—. Puro esclavismo.

Cecília recorre con el dedo el artículo y se detiene en un punto concreto.

Tiene la palabra la sirvienta. Yo le pregunto:

—¿Por qué vino de Madrid?

—Porque en Barcelona se gana más.

—Así pues, ¿aquí las sirvientas estáis bien?

—Según, según...

—¡Pero si las señoras dicen que hacéis lo que os da la gana!

—Claro, como que no nos dejamos explotar, dicen que hacemos lo que nos da la gana. ¡Pero todavía hay casas que guardan la comida bajo llave y que se piensan que una ha de trabajar por cuatro!

—Tienes razón —dice Jordi—. Le ha sacado toda la punta al tema, y todo gracias a saber hacer las preguntas adecuadas.

Cecília lo mira con una media sonrisa satisfecha. Y, entonces, fija la mirada en Dolors, que no ha abierto la boca desde que han llegado al café.

—Y tú, Dolors, ¿qué piensas? —le pregunta.

La chica no le responde. No la mira. No la escucha. Tiene la taza de café vacía entre las manos y la mirada perdida.

—¿Dolors? —insiste Cecília levantando la voz y tocándole ligeramente una mano. Y entonces ella alza los ojos y la ve. La escucha.

—Perdona, Cecília. Estoy distraída.

—Ya lo veo. ¿Te pasa algo? ¿Te encuentras bien?

Por toda respuesta, Dolors se levanta con tanta fuerza que está a punto de tirar la silla.

—Me invitáis al café, ¿verdad, chicos? Tengo prisa.

Cecília tiene que guardarse la pregunta que no tiene tiempo de hacer. Jordi observa cómo la silueta de Dolors se esfuma. Después clava en Cecília esos ojos claros suyos, que ahora parecen dos interrogantes, y se encoge de hombros con una sonrisa cómplice en los labios.

—Tiene toda la pinta de estar enamorada. Aquí hay hombre encerrado.

—Hombre no, Jordi, mujer.

Se miran con intensidad.

—Mujer.

—Una mujer, Cecília. Estoy enamorada de una mujer.

El año 1931 estaba a punto de acabar para dejar atrás un reguero de acontecimientos históricos que nadie habría de olvidar nunca. Eran las fiestas de Navidad. Dolors y Cecília habían salido del Café de la Rambla y juntas se dirigían hacia el mercado de Santa Llúcia, en la plaza de la Catedral. Cecília quería comprar algunos detalles para alegrarle a su madre aquellas fiestas, que en su casa siempre eran tristes. Contando cada céntimo, por supuesto. Ella no disfrutaba lo más mínimo con todo aquello, ni con las compras, ni con los regalos, ni con las fiestas de Navidad. Pero a Dolors la entusiasmaban. Le había prometido que la ayudaría a escoger y que, si hacía caso de sus consejos y de su buen ojo, se gastaría muy poco y quedaría la mar de bien.

Doblaron por la calle Ferran, dejando atrás las Ramblas, con sus quioscos llenos de curiosos que leían los titulares de la prensa. El sol ya hacía rato que se había escondido, pero las calles estaban radiantes, llenas de luces navideñas que parecían iluminar todavía más el corazón siempre alegre de Dolors, que no paraba de parlotear.

—¿Has leído el artículo de Jordi en el *Mirador*? ¡Es espléndido! Tengo ganas de verlo para felicitarlo en persona.

Cecília siguió caminando en silencio. Con la cabeza gacha. Y la

mirada escondida. Dolors puso los ojos cómicamente en blanco antes de añadir:

—¡Claro, él a lo suyo! Como tiene a Josep Maria Planes de padrino... ¡Es uno de los grandes! ¡Qué suerte para Jordi poder contar con él! Todos hemos necesitado alguien a nuestro lado en los inicios.

Ensanchó un poco más la sonrisa y dijo halagadoramente:

—¡Como yo, que te tuve a ti!

Llena de alegría, se acercó un poco más a Cecília y se colgó de su brazo.

—Y Jordi es tan joven... ¡Tiene un inmenso futuro por delante!

A Cecília se le escapó un suspiro y aflojó el paso. Ese pequeño gesto, una señal, fue suficiente para que Dolors confirmase una intuición que hacía ya tiempo que le rondaba el corazón. Se detuvo y obligó a su amiga a hacer lo mismo. Le buscó los ojos y entonces le preguntó:

—Jordi te gusta, ¿verdad?

Cecília se soltó un poco bruscamente y reemprendió la marcha sin ni siquiera abrir la boca. Caminaba más lentamente, como si los pensamientos le pesasen demasiado y ralentizasen su paso. Transcurrieron unos segundos y, cuando Dolors empezaba a pensar que Cecília nunca respondería a su pregunta, oyó que esta le decía:

—Tú lo has dicho. Es joven. Demasiado joven.

—¿Demasiado joven? ¿Y tú qué eres, Cecília? ¿Una vieja?

—¡Por el amor de Dios, Dolors! Vives en una nube. Jordi tiene veintidós años recién cumplidos.

—¡Ah, claro! Y tú noventa —se rio Dolors.

—Es casi un niño; acaba de empezar su carrera profesional. Yo ya camino hacia la treintena. ¿Me puedes decir qué podría ver en mí?

Se quedó quieta en medio de la calle, evitando la mirada de Dolors, que, indignada, se había puesto frente a ella para regañarla:

—¿Por qué te maltratas así? No me puedo creer que una mujer como tú, una periodista como tú, esté tan atrapada en ese tipo de convenciones, Cecília. Lo que tienes es miedo. Solo miedo.

Cecília sintió que el dardo que su amiga le acababa de lanzar había dado en la diana. Tal vez porque estaba cargado de razón. Dolors, por su parte, se dio perfecta cuenta de que estaba a un paso de hundir la línea de flotación de su amiga. Por eso insistió. No para hacer más sangre, por supuesto, sino para abrirle los ojos.

—Tienes miedo de querer.

Cecília, ahora, se sintió ofendida. ¿Quién se creía que era Dolors para opinar sobre relaciones sin ninguna esperanza?

—Tú no puedes hablar de esas cosas. ¿Qué sabrás tú? ¿Acaso estás enamorada? ¿Acaso hay algún hombre en tu vida?

La joven echó la cabeza hacia atrás mientras con una mano sujetaba la boina que cubría su pelo corto. Aspiró una bocanada de aire gélido y soltó una carcajada pletórica de felicidad. Su voz sonó como una canción.

—Un hombre no, Cecília. Una mujer.

Se quedó mirando intensamente a su amiga.

—Estoy enamorada de una mujer.

Cecília lamenta haberle hecho esa confidencia a Jordi. Las confidencias, cuando atañen a cosas de uno mismo, pueden tener su razón de ser. Pero si lo que hacemos es descubrir secretos de otros, entonces quedan rebajadas al nivel de las indiscreciones.

—Lo siento, yo... No tendría que haberte dicho nada.

Jordi sonríe y la mira con afecto. A Cecília se le ensancha el corazón para llenarse de satisfacción. Pero esa sensación placentera dura poco. ¿Cómo osa imaginar que detrás de esa sonrisa y del brillo de esos ojos azules que ahora la observan con dulzura se esconde algo más que simple cortesía?

—Creo, sinceramente, que Dolors no se sentirá molesta por lo que me has contado. ¿Acaso ella se esconde? —razona Jordi.

—No. La verdad es que cuando me lo dijo no me extrañó. Al contrario, me encajaron todas las piezas, porque Sylvia y ella, aunque no vayan pregonando por ahí su relación, tampoco se esconden. Sus miradas hablan. Es fácil ver que se quieren.

Cecília se queda pensativa. Acaba de pasar un nubarrón negro por delante de sus ojos. Los clava en el suelo mientras piensa que ya ha tenido antes esa sensación. Es la sospecha de que la relación que mantienen Dolors y Sylvia se les acabará volviendo en contra. Son tan felices amándose que no se dan cuenta de que el mundo que las rodea no está preparado para amores como el suyo.

La voz de Jordi hace que levante de nuevo los ojos del suelo.

—Cuando hablas de Sylvia te refieres a aquella chica tan

espectacular que a veces ha venido con ella al café, ¿verdad? La poeta.

—Sí, sí. Estaba con nosotras cuando nos conocimos. Veníamos de la radio y...

—... y yo os había robado la mesa. Lo recuerdo —dice Jordi entre risas.

Han llegado a la parada del 29. Debe de haber pasado uno hace poco, pues no hay nadie esperando. Es la primera vez que él la acompaña hasta la parada del tranvía. Ella no se lo ha pedido. Simplemente han salido del café y han seguido hablando y caminando juntos hasta allí. Cecília toma ahora conciencia de ello y no sabe qué decir. Ni qué hacer. Mira hacia el cielo. El sol tibio y lejano de ese atardecer de mayo se esconde tras una capa de nubes amarillentas.

—No creo que Dolors se tome a mal que me hayas puesto al corriente de su relación. Creo que no es una persona a la que le guste guardar secretos.

—No lo es, no —responde Cecília muy flojito debido a que Jordi se ha acercado mucho a ella y, de pronto, ha sentido el calor de sus dedos en el cuello.

Una incredulidad mezclada con estupor se apodera de ella. Se le eriza la piel. Cierra los ojos. Los vuelve a abrir. No se resiste al beso que se acerca, pero lo recibe rígida y tensa. Él la estrecha entre sus brazos y la besa largamente con ternura y afecto. Después se aparta de ella, la mira y sonríe con una expresión radiante.

A Cecília no le salen las palabras.

No le salen.

Finalmente se oye decir:

—Esto no puede ser, Jordi.

Una ninfa y una carta

Dolors corre Ramblas arriba, se podría decir que vuela, ya que en su interior sus presentimientos adquieren cada vez más solidez. Desde que conoce a Sylvia, desde que se aman, nunca había estado una semana entera sin tener noticias de ella. Dolors le ha hecho llegar cartas, como siempre, pero no ha obtenido ninguna respuesta. Sabe que a veces ella ha de salir de viaje con sus padres, que tiene compromisos. Pero su amante siempre se las ha ingeniado para avisarla; para hacerle saber dónde está, cómo está, en qué lugar la espera o cuándo se quedará sola en casa y podrán retomar las caricias y los besos, con el beneplácito de Herminia, entre el perfume de las camelias.

A grandes zancadas, llega hasta el escaparate de la joyería Masriera, en el número 26 del paseo de Gracia. Se detiene. La memoria le juega una mala pasada y, por un instante, le parece ver la silueta de Sylvia de espaldas a ella, de pie frente al escaparate, con ese abrigo excesivo, de cuello grande y puños de piel, y con el sombrero, que le oculta el pelo y la protege del frío de ese inhóspito enero.

Extiende una mano que se confunde con el vacío.

Sus ojos buscan en vano el colgante.

—Qué colgante tan bonito, ¿verdad?

Un aire gélido e invernal barría las calles de la Ciudad Condal. Dolors tuvo la sensación de que las palabras que acababa de decir no le pertenecían. Habían surgido de sus labios flotando entre nubes de vaho y parecían haberse desvanecido antes de llegar a los oídos de la chica que, quieta e indiferente al frío y a sus palabras, observaba el escaparate.

A Lola no le interesaba el colgante. No le interesaba ninguna joya. Esas cosas eran más de su madre y su hermana. Había pasado infinitas veces por delante de la joyería y no se había parado nunca.

Ahora, con curiosidad, paseó la mirada entre las diferentes piezas expuestas y le pareció que el lujo y el tiempo se habían detenido en aquel escaparate del paseo de Gracia donde todo era suntuoso y recargado hasta el límite de la sofisticación. Tan sofisticado como aquella muchacha de piel de ébano, que resultó que sí la había oído y que, sin mirarla, le respondió:

—¿El colgante? ¿Aquel? ¿El de la ninfa?

La desconocida lo señaló con un dedo enguantado.

Era un colgante precioso. Dolors no tuvo más remedio que reconocer que la figura de la ninfa de oro vuelta de espaldas, con unas grandes alas de esmalte traslúcido desplegadas y una perla que remataba, como una lágrima gigantesca y brillante, su silueta, resultaba, como mínimo, muy sugerente.

Su propia voz la sorprendió al preguntar:

—¿Es una ninfa?

—Claro.

La chica del escaparate se volvió hacia ella y la escrutó con unos enormes ojos negros que hicieron que el corazón de Dolors empezase a tamborilear peligrosamente al borde del colapso.

Eran ojos de pantera.

Dolors se imaginó la ninfa de oro y esmalte con la perla centelleando sobre la piel oscura de aquella desconocida y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Tuvo que cerrar los ojos.

La ninfa sonrió.

—Me llamo Sylvia. Con i griega. ¿Y tú?

—Dolors Casanoves.

Sylvia se echó a reír con una carcajada contagiosa.

—¡Dios mío! Pero qué nombres tan feos os ponen en esta tierra. Te llamaré Lola.

En el escaparate de la joyería Masriera hay un auténtico bosque de ninfas. Parece como si estuviera encantado. Pero su ninfa ya no está. Cómo va a estar, piensa Dolors, si ha pasado un invierno, y una primavera, y un verano, y un otoño, y otro invierno y media primavera más desde aquello. Desde que conoció a Sylvia y todo comenzó a adquirir sentido, y ella supo al fin quién era.

Atraviesa el paseo de Gracia para dirigirse a la casa de la chica. Hace un esfuerzo para no preocuparse. Seguro que todo tiene una explicación razonable, se dice a sí misma. Pero no puede obviar el peso que le oprime el alma. Su trabajo como periodista le ha enseñado que las novedades casi nunca son positivas. Y el silencio de Sylvia es toda una novedad.

Inmersa en la tormenta de sus pensamientos, ni siquiera es realmente consciente de que ha llegado al número 37 del paseo de Gracia, a casa de Sylvia, de que ha atravesado la regia puerta, de que ha subido por la elegante escalinata hasta el primer piso y de que Herminia le ha abierto la puerta.

—Ay, mi niña...

La voz de la mujer, como si se tratase del funesto aleteo de un ave de presa planeando sobre su cabeza, sacude el silencio y la devuelve a la realidad.

La pena, la pena de verdad, cuando se agarra a un alma es incontenible. Y aunque Dolors no conoce todavía los motivos de esa creciente pena, la percibe. Es una realidad nueva, desconocida, áspera y amarga que la araña por dentro.

Herminia la hace pasar al recibidor y cierra la puerta tras de sí. La deja sola. Se aleja arrastrando los pies y la falda. Y una letanía extraña. Enseguida regresa con una carta en las manos. Se la entrega a Dolors sin decir nada. Sus ojos llorosos lo dicen todo. Ella la coge y le devuelve una mirada nacida en el interior de su alma, en lo más hondo de un mundo secreto desde donde empieza a ver la vida extrañamente desdibujada.

Sale a la calle y sus dedos juguetean con la carta. Todavía no se atreve a abrirla y desvelar sus secretos.

Todavía no.

Todavía no.

Lleva los ojos mordidos por la pena. Una pena nueva que se va haciendo más grande cada minuto que pasa.

Y llega a casa.

Y se encierra en su habitación.

Y lee.

> No me busques...
> Nos hemos dado ya todo lo que...
> Me he ido...

... que somos jóvenes y reharemos nuestras...
... quizá... sea otra cosa.
No tengo previsto volver. Creo...
... nuestras vidas.
¿Quién sabe?
Tuya.
Tuya.
Tuya.

La relee una y otra vez. Se desespera.

La rompe, llena de un dolor que no sabía ni que podía sentirse de tan grande y devastador como es.

Junta los trocitos y la vuelve a leer, con desesperación, como si quisiese deshojar cada palabra más allá de su significado.

La recita de memoria.

Querida Lola:

Me he ido de Barcelona y no tengo previsto volver. No me busques. Creo que nos hemos dado ya todo lo que nos podíamos dar. Somos jóvenes y reharemos nuestras vidas. ¿Quién sabe? Quizá el amor sea otra cosa.

Tuya,

SYLVIA

Sylvia no volverá. No la verá más. Su amor la ha abandonado; se ha ido y la ha dejado sola con su fragilidad. Pese a su juventud, Dolors sabe con un saber antiguo que no es posible hacer que la vida vuelva hacia atrás. Que no hay segundas oportunidades.

Y, aun así, no llora. No puede.

No sale de su habitación, donde se ha recluido rodeada de recuerdos. No soporta la idea de ver a nadie. De tener que hablar con nadie.

Se siente aplastada por una pesadísima losa.

No se puede levantar.

No se levanta.

Las horas caen como hojas. Los días también. No sabe cuántos han pasado. El tiempo sin Sylvia no es tiempo. El día se transforma en noche y la noche se alarga. Se han esfumado los sueños felices y solo queda el regusto amargo de los besos perdidos.

Dolors enloquece a ratos; y a ratos está tan lúcida que sabe que lo peor no es estar sola, sino que alguien a quien ella nunca olvidará la olvide.

—¿Cómo voy a hacerlo? —murmura a menudo con una voz que no reconoce como propia—. ¿Cómo voy a vivir sin ella?

Y cuando todo a su alrededor se ha convertido en sombra, cuando ella misma comienza a formar parte de la más absoluta oscuridad y se abandona al dolor con cierto placer, entonces alguien abre la puerta de esa habitación, que es como un sepulcro, y grita:

—Esto ya está durando demasiado. Levántate, Dolors.

La voz llega a ella lejana y, aun así, resuena con fuerza dentro de su cabeza. Se tapa los oídos y cierra con fuerza los ojos.

—Por mucho que te entierres bajo una piedra no volverá —le grita Antonieta, su madre. Nada la hace más feliz que conseguir que los otros sean tan infelices como ella—. Me he asegurado de que así sea. ¿Qué te creías? ¿Que estaba dispuesta a dejar que esto continuara? ¡Pues no! Estoy más que harta de este asunto. Has ido demasiado lejos, chiquilla. Te hemos consentido demasiadas tonterías. Querías trabajar fuera de casa y, gracias a tu padre, trabajas fuera. Entras y sales sin dar explicaciones. Pero lo de esa chica, escúchame bien, muchacha, ¡de eso ni hablar! Eso va más allá de todos los límites morales.

Y Antonieta, de golpe, le suelta todo con ira mal contenida.

Fui a ver a la madre de Sylvia, doña Luz. Tuve que ponerla al corriente de... de eso de vosotras dos, por supuesto. La muy tonta no se había enterado. A Dolors no le llega la sangre a la cara. Parece que le estén arrancado el corazón con unas tenazas. *La amenacé con hacerlo público. ¡Por supuesto que lo hice! No, si yo ya sabía, ya, que a ti te daba igual que todo el mundo supiese lo de... Es que ni os escondíais. Si al menos hubieseis tenido la delicadeza de disimular... Pero seguro que el cónsul y su mujer no querían un nuevo escándalo, que ya han tenido suficientes escándalos ellos.* Cada palabra de su madre se le clava como una daga en el cerebro. *A tu amiga se le han acabado los libros y los poemas. Ya le dije a la estirada de doña Luz que me bastaría con hablar y mover algunos hilos. Que más le valía que se llevase a la niña bien lejos y que todo eso se acabase.*

Antonieta se queda callada. Ya se ha despachado a gusto. Dolors hace un esfuerzo sobrehumano para levantarse de la cama. La habitación se vuelve borrosa. Dice algo. Nunca podrá recordar qué. Coge una maleta y mete dentro todo lo que encuentra bajo una lluvia de amenazas.

Se va.

Sale.

Una vez en la calle, las lágrimas le anegan los ojos. Le empañan la mirada. Le resbalan por la mejilla. Comprende que su mundo se ha partido en dos. La felicidad había llegado rápidamente, pero también se ha marchado muy deprisa, llevándose todas sus ilusiones, que se han desmoronado de un plumazo como un castillo de arena bajo una ráfaga de viento. Ahoga el nombre de su amante en los labios. Sabe que su amor no ha nacido para ser efímero, que no estaba destinado a morir tan pronto. Que no morirá. Por eso, a partir de este momento de pérdida, su vida será como un libro mal escrito. Incompleto.

Camina lentamente arrastrando la maleta.

Solo tiene un lugar al que ir.

La abuela Clemència espera nerviosa —y tan erguida como le permite su edad— la llegada de su nieta mayor. De su Dolors.

Apoyada en la escalera, su mirada atenta e inquieta distingue la silueta de la joven, que sube por el sendero arrastrando consigo mucho más que una maleta. Le gustaría poder correr como antes, como cuando era joven, para ir a su encuentro y evitar que tenga que recorrer ella sola, llena de desamparo y de pena, lo que le queda hasta la casa.

Cuando Dolors llega al pie de la escalera, la mujer baja los escalones poco a poco. Las lágrimas comienzan a empaparle el rostro. Pasan unos segundos hasta que la joven apoya su cabeza en ese pecho que palpita lleno de amor por ella. La joven cierra los ojos y deja que fluya el poso de gratitud que le despierta la mera presencia de su abuela.

Pasan los días.

Las semanas.

El cielo no pierde en ningún momento su azul de porcelana. En casa de la abuela las ventanas siempre están abiertas a la claridad del día. Por las noches, el rumor del viento entre las ramas canturrea una canción de cuna. Dolors, poco a poco, se va sintiendo más descargada y ligera. Más en paz consigo misma. Incluso sonríe cuando la abuela saca la costura y empieza a recitar alguno de sus romances. Pero, aun así, en los pocos ratos en que la mujer, temerosa, la deja sola, ella se

entrega a su dolor y al deseo de refugiarse en unos abrazos que sabe perdidos y de mirarse en unos ojos que ya son inalcanzables.

Pero han pasado los días. Muchos. Las semanas. Y los meses. Y el sabor amargo de la pérdida empieza a disiparse en el corazón de Dolors, que ha aprendido a vivir entre soledades y silencios.

Con las heridas suficientemente cicatrizadas para comenzar una nueva vida, vuelve a llenar la maleta y se despide de su abuela, que observa su partida sentada de cara al ventanal mientras se abandona al último sol del día.

Dolors baja las escaleras y enfila el camino que la vio llegar escapando del dolor. Lo recorre más erguida, más segura, consciente de todo lo que ha quedado irremediablemente atrás: la casa en la que creció, donde sabe que no volverá a poner los pies. La presencia castradora de su madre. Y la de su padre y de Caterina, su hermana, con quienes tendrá que construir nuevos puentes si la vida se lo permite.

También ha quedado atrás el amor.

El único e insustituible amor, el de Sylvia.

Y su nombre.

Su nombre también se ha convertido en pasado. A partir de ahora, Dolors Casanoves será para todo el mundo Lola Casanoves.

Lola es el nombre que Sylvia escogió.

Lo único que le queda de ella.

Barcelona

Mayo de 1964

Caterina se quedó mirando la copa como si acabase de darse cuenta de que la tenía en la mano. Dio un pequeño sorbo y se pasó la lengua por los labios saboreando aquel dulzor un poco pegajoso. Hacía un rato que sus recuerdos viajaban hacia el pasado.

—¡Han pasado tantas cosas en esta casa!

Abarcó toda la sala con una sola ojeada y aclaró:

—Viví aquí hasta que me casé, ¿sabéis? Entonces nos trasladamos a un piso de la calle Aribau. Vivimos allí poco tiempo, hasta que mi madre murió y nos instalamos de nuevo aquí.

Suspiró.

—De hecho, tengo la sensación de que he vivido en esta casa toda mi vida.

Sumergida en sus propias evocaciones, perdió el hilo del relato.

—¿Y cómo era su madre? —preguntó Idalia.

Un último destello de sol se coló por el ventanal que daba a los jardines urbanos. Caterina Casanoves cerró los ojos unos segundos, como si quisiese concentrarse en esa última descarga de calor del día. Y también en lo que les diría a aquellos jóvenes sobre su madre. Sobre la historia que tenía preparada para esas ocasiones, la que siempre contaba, y que nada tenía que ver con la Antonieta arrogante e implacable que solo pensaba en ella misma. De nada servía ahora rememorar aquel carácter dominante y testarudo que tanto daño les hizo a todos. No le gustaba recordar lo fría y calculadora que era.

—Mi madre era la única hija de uno de los farmacéuticos más importantes de Barcelona. Los Calaf eran originarios de L'Espluga, donde en el siglo XVIII ya tenían documentada una botica. Mi bisabuelo fue el primero en venir a Barcelona para abrir una farmacia. El negocio prosperó bajo su mano de hierro, y su hijo, mi abuelo, fue el

primero en estudiar en la universidad. Él fue quien trasladó la farmacia de Sants a la rambla de Cataluña. La farmacia Calaf atendía a una clientela que acudía a ella desde todos los rincones de la ciudad. Todo el mundo la conocía. Pero...

Caterina apuró la copa y después apoyó ligeramente el brazo en la butaca. Miró hacia fuera con el mentón descansando sobre la mano derecha.

—¿Pero...? —preguntaron los dos a la vez, atrapados por el relato.

—Como ya os he dicho, solo tuvo una hija, que no parecía interesada en seguir con el negocio familiar.

Se agitó un poco incómoda en la butaca.

—Ese fue el mayor *pero* de mi abuelo. Tener una hija única y malcriada a la que lo único que le interesaba era que se hiciese lo que ella quería.

Se quedó en silencio. Estaba claro que Caterina no encontraba ningún placer en revivir la historia de su madre. Sin embargo, Idalia y Pau eran un público exigente y esperaban impacientes la continuación de aquella historia.

Ella los miró y, tras lanzar un suspiro, dijo:

—Y entonces apareció mi padre.

Los dos jóvenes se miraron y sonrieron. Ambos volvieron a fijar sus ojos en la mujer. Parecían dos niños pequeños a los que alguien que sabe muchas cosas les cuenta un cuento; todavía no sabían si tendría un final feliz.

—Mi padre, Josep Casanoves, había nacido en L'Escala, en una familia muy humilde de pescadores. Se había quedado huérfano de padre a los diez años, y a los doce, él y su madre, mi abuela Clemència, se trasladaron a Barcelona. Mi abuela se dejó la vida para que su hijo tuviese estudios. Él era buen estudiante y muy trabajador, y pronto hizo realidad los sueños de su madre. Sus propios sueños. Comenzó a estudiar Farmacia y le surgió la oportunidad de colocarse como aprendiz en la farmacia Calaf, la de mi abuelo. No tuvo ninguna duda. Hacía más horas que un reloj, estudiaba y trabajaba. Pero siempre le oí decir que la farmacia había sido su gran escuela. Y, además, allí conoció a mi madre. Ella tenía tres años más que él, y se enamoró perdidamente de aquel aprendiz tan espabilado.

—Y él de ella, ¿no? —preguntó cándidamente Idalia.

—Sí... Supongo.

La mujer aprovechó para incorporarse un poco y volver a llenar las copitas. Fuera empezaba a oscurecer.

—Mi abuelo nunca se opuso a aquel matrimonio tan desigual porque vio en mi padre al hijo que no había tenido y habría querido tener: serio, trabajador... Cuando el abuelo murió, mi madre heredó todo su patrimonio; también la farmacia, por supuesto. Pero el que hizo crecer el negocio, el que abrió los laboratorios, fue él. Mi padre. Por eso mi madre no se opuso a cambiar el nombre de la farmacia, que pasó a llamarse Farmacia Casanoves.

Bajó un poco la voz, como si no quisiese que nadie la oyera:

—Y suerte que se lo permitió, porque nuestra madre no era ni mucho menos una mujer que se dejase convencer fácilmente. Ni con quien fuese fácil convivir. Eso la abuela Clemència lo sabía muy bien.

La pequeña entró excitada en la casa siguiendo los pasos apresurados de su hermana mayor y llenando de ruido el silencio del piso de la rambla de Cataluña, que hasta ese momento parecía dormitar.

Quimeta, la sirvienta que cuidaba a la abuela Clemència, había ido con ellas a pasear y, pese al frío, habían llegado hasta la plaza del Ángel, donde les había comprado la merienda en la pastelería La Colmena. Era algo poco habitual, ya que las niñas Casanoves solían merendar cada tarde con su abuela mientras su padre trabajaba y su madre se entregaba a sus compromisos sociales.

Esa excepción en la rutina había inquietado a las dos hermanas. Habían seguido maquinalmente a Quimeta, que caminaba cabizbaja y de vez en cuando murmuraba cosas que no entendían. La merienda las había distraído, pero las dos estaban ansiosas por volver a casa y reencontrarse con su abuela en la habitación de los juegos, donde cada tarde ella les contaba cuentos mientras les enseñaba a bordar pañuelos con florecitas. La mayor odiaba con toda su alma las agujas, las flores y los pañuelos. Pero la pequeña, pese a su corta edad, bordaba muy bien. La abuela siempre la felicitaba, y le perdonaba que de vez en cuando dejase de mover la aguja y cerrase los ojos medio embobada mientras se dejaba acariciar por todas aquellas historias y poemas que la hacían soñar.

Cuando llegaron a la casa, las dos hermanas echaron a correr por

el pasillo, la mayor delante y la pequeña detrás, ignorando los gritos de Quimeta, que ya no tenía edad ni piernas para atraparlas. Fueron directas a la habitación de los juegos, donde esperaban encontrar a su abuela. Pero allí no había nadie. Estaba solitaria y fría. La mayor cerró la puerta de golpe, armando un gran estruendo, y echó a correr de nuevo, ahora hacia la otra punta del pasillo. La pequeña la siguió hasta la habitación de la abuela. Una sirvienta joven la estaba ordenando. La cama estaba deshecha, y las puertas del armario, abiertas de par en par, transmitían una terrible sensación de vacío.

La niña pequeña, asustada, se aferró a su hermana y le preguntó:

—¿Y la abuela?

La mayor se la quitó de encima con un movimiento seco, como quien se sacude una mota de polvo. Le hizo a la sirvienta la misma pregunta que acababa de hacerle su hermana:

—¿Y la abuela?

La joven se quedó mirando a las niñas inmóvil, como si le estuvieran haciendo una fotografía. Aquello duró unos segundos, transcurridos los cuales retomó su tarea. Ella no era nadie para dar explicaciones. Además, qué podía decirles, si solo sabía lo que había oído. Que la señora mayor había vuelto a su pueblo junto al mar porque ya no aguantaba más a la señora joven. Que se llevaban a matar. Que la señora joven le había dicho al señor que escogiera: o su madre o ella. Y que el señor, pobre hombre, había tenido que escoger. En la casa no se hablaba de otra cosa desde hacía días. Y aunque la partida de la señora mayor estaba prevista para dentro de unos meses —en verano, según había oído decir—, aquella mañana se había montado un buen alboroto que había hecho que se tambalearan los cimientos de la casa, y la señora mayor se había ido de repente, sin despedirse de su hijo ni de sus nietas, que eran las niñas de sus ojos, y sin esperar a que Quimeta terminara de hacer el equipaje y la siguiese.

—La señora mayor se ha ido a su pueblo —les soltó de golpe la sirvienta.

La pequeña, en un primer momento, se quedó muda, sin entender el significado de lo que acababa de oír. Pero de pronto empezó a gimotear mientras un color rojo intenso, iracundo, teñía las mejillas de la mayor.

—¡No me lo creo! ¡No me lo creo! ¡Eres una mentirosa!

La sirvienta se encogió de hombros. ¿Qué culpa tenía ella? Eso le

pasaba por hablar; ya le decía su madre que en boca cerrada no entran moscas.

Tuvieron que pasar muchos meses, hasta que llegó el verano, para que las dos niñas pudiesen volver a ver a su abuela. Vivía en una casa pequeña y blanca que se recortaba contra el azul del mar y que estaba rodeada por un jardín muy grande donde crecían la calma y el silencio.

La visitaron en su casa junto al mar, verano tras verano, mientras también ellas crecían entre la nostalgia de aquellas lejanas tardes mágicas en las que bordaban flores en los pañuelos mientras la dulce voz de su abuela las protegía del mundo.

El piso del Clot

Lola sube la escalera del piso del Clot, en el que ella ha vivido más de un año y donde ahora viven Jordi y Cecília, con un ejemplar de *La Publicitat* en la mano. Lo hace resoplando. Ya casi no recordaba que es un cuarto con principal y que tiene una escalera tan inclinada y unos escalones tan combados por el tiempo que te deja sin aliento. Llama a la puerta con los nudillos y, cuando Jordi abre la puerta, blande el periódico como si se tratara de un trofeo. El chico se aparta sorprendido, ella entra en el apartamento como una exhalación y deja el periódico sobre la mesa del comedor abierto por una de las páginas centrales, donde destaca un titular:

PAU FABRÉS Y SUS COMPAÑEROS

—¡Ya lo tenemos aquí! —exclama Lola, que se lleva una mano al pecho intentando calmar el latir desbocado de su corazón y se deja caer en una silla.

Cecília sale de la cocina secándose las manos con un trapo. La sigue un delicioso olor a tortilla de patatas que inunda todo el piso y hace rugir el estómago de Lola y de Jordi.

—¿Qué ocurre? —pregunta la joven acercándose a la mesa y cogiendo el periódico—. ¿Te han publicado algún artículo?

—No, a mí no. Es el de Planes, el que estábamos esperando.

—¿El de la FAI? —En los ojos de Jordi se dibuja su interés.

Lola asiente con la cabeza. Todavía está acalorada, pero ya ha recuperado el aliento y su voz suena impaciente cuando dice:

—¡Venga, leedlo!

Cecília lo hace con esa voz modulada que se ha hecho conocida a través de las ondas radiofónicas.

> Hoy en día —nos referimos a los últimos tiempos— la FAI está mucho más en contacto que antes con los atracadores profesionales. Citaremos el caso de Pau Fabrés i Murlé, uno de los gánsteres más importantes, que tiene una relación directa con importantes dirigentes del anarquismo. Fabrés ha

> participado en diversos actos de sabotaje y en los atracos siguientes: el de la habilidad de las clases pasivas, en la plaza del Pi, el de la casa Dalmau Oliveres y el del coche de la Cinaes (en estos dos hechos encontraron sus huellas dactilares); participó en el tiroteo del Bar Bruselas, el año 1931, en el que mataron al inspector Rubio y también murió el gánster Teixa.

Hace una pausa y los tres jóvenes periodistas se miran entre ellos, sorprendidos y admirados.

Continúa:

> Fabrés i Murlé está en libertad, pese a las activas investigaciones de la policía encaminadas a detenerlo. Al parecer, es un hombre que resulta difícil de atrapar.[1]

Cecília se detiene y levanta los ojos. Los mira.

—Es valiente —dice.

—Es brillante —añade Jordi.

—Es único; innovador. Un maestro. Con esta serie de artículos sobre la FAI nos está mostrando el camino —afirma Lola entusiasmada —: el del periodismo de investigación. Vete a saber hasta dónde puede llegar. Hasta dónde podemos llegar todos si seguimos su ejemplo.

Jordi se sienta en una silla junto a Lola mientras Cecília termina de leer el artículo. Pero él ya no la escucha. Siente una opresión en el pecho. Una especie de temor inconcreto pero paralizante.

Murmura en voz muy baja:

—Si le dejan.

La luz del comedor dibuja círculos amarillos y fugaces sobre la hoja en la que Cecília escribe el borrador de su próximo reportaje para *La Publicitat*. Lola se ha ido hace poco. Han cenado los tres juntos, y de la tortilla de patatas no ha quedado ni una pizca. Todo el mundo le dice a Cecília que cocina muy bien. Y a ella le gusta que se lo digan. Ha descubierto hace muy poco, desde que vive con Jordi, que cocinar la ayuda a quitarse de la cabeza muchas de las preocupaciones que la acompañan desde hace años. En la cocina, entre sartenes y fogones, se siente bien y relajada.

Ha sido una velada de lo más agradable. Pero está muy cansada. Aún tiene trabajo para rato y se le cierran los ojos. Desde el sillón que tienen encarado hacia el balcón le llega un ronquido suave. Jordi se ha dormido con el libro que leía sobre el regazo. Ella sonríe mientras

piensa que quizá esa sea la imagen de la vida que les espera. Solo el pelo cada vez más blanco de Jordi roncando en el sillón dará fe del paso del tiempo.

Su sonrisa se transforma en carcajada.

Se lleva la mano a la boca. No lo quiere despertar.

Él se mueve un poco buscando una postura más cómoda, y el libro se le cae al suelo con un suave plof. Al parecer tampoco quiere despertarlo.

Cecília intenta volver al trabajo, pero no consigue concentrarse. No puede dejar de mirar a Jordi durmiendo. Y, mientras lo mira, le vienen a la cabeza las cinco palabras que ella le dijo hace ahora dos años.

—Esto no puede ser, Jordi.

Fue la noche de aquel primer beso, suave y cálido, que él le dio en la parada del tranvía.

Las repite en voz bajita, poco a poco, enmarcadas por una sonrisa:

—Esto... no... puede... ser..., Jordi...

Ya no suenan igual. Entonces, hace dos años, eran unas palabras asustadizas que anunciaban tiempos de dudas y temores. Ahora se le deshacen juguetonas en la boca.

¡Qué volubles son las palabras!, piensa Cecília.

Recuerda que aquella noche de mayo las calles solitarias estaban recalentadas por un sol que ya anunciaba el verano. El cielo empezaba a colorearse de un púrpura indeciso. Por mucho que viva, nunca olvidará aquel anochecer. Por el beso, por supuesto. El primer beso que le dio Jordi. También por sus dudas. Y porque fue la tarde que Dolors desapareció.

Literalmente.

Desapareció.

Dolors se fue del Café de la Rambla repentinamente, como si la tierra, de pronto, se la hubiera tragado. Tardó cinco meses en volver a aparecer. Y cuando lo hizo era otra persona. Una mujer nueva de pies a cabeza, cuya firma, Lola Casanoves, se convirtió en imprescindible en todos los periódicos y revistas del momento. Artículos, interviús, reportajes... Incluso publicó un libro de poemas, que se presentó en la

Librería Catalònia con gran pompa literaria y que apadrinó el también imprescindible Josep Maria de Sagarra.

Pero a Lola no le brillaban los ojos como a Dolors. Nunca le volverían a brillar con la intensidad de antes. Aquel brillo, aquella alegría desatada, aquella resplandeciente juventud de Dolors se los había llevado Sylvia consigo.

Cuando Lola regresó a Barcelona, ella y Cecília retomaron su relación casi en el punto donde la habían dejado. Sin necesidad de explicaciones, recuperaron su mesa en el Café de la Rambla, en la que tan fácil les resultaba hablar de todo.

Cecília había oído decir que Sylvia Mendieta vivía en Nueva York. Pero Lola nunca hablaba de ella, y Cecília no hurgaba en esa herida. No hacía ninguna falta. Nada le hubiera molestado más que el que su amiga interpretara su interés como un acto de compasión. Lola no soportaba la compasión. Y Cecília tampoco.

Lola, en cambio, sí que se entrometía en los asuntos del corazón de su amiga de una manera descarada e insistente. Como antes. Como siempre. En lo referente a este tema, el tiempo parecía no haber pasado. Y había motivos para ello, porque la relación de Cecília con Jordi avanzaba, cuando lo hacía, muy poco a poco, ya que ella se empeñaba en disfrazar sus sentimientos bajo una supuesta capa de amistad.

—¿Amigos? ¿Que solo sois amigos? —le soltó un día Lola mientras merendaban juntas—. ¡Venga, mujer! Te lo vuelvo a decir, y ya he perdido la cuenta de las veces que lo he hecho: tú le tienes miedo al compromiso.

Y Cecília, que en el fondo sabía que Lola tenía razón, se hizo la despistada, como hacía siempre. Pero, también como siempre, aquella palabra se quedó dando vueltas en su cabeza.

El miedo.

El miedo a amar. A ser mal amada. A equivocarse de camino. A no encontrarlo. Lo que sintió al conocer a Jordi, lo que todavía sentía cada noche al cerrar los ojos y pensar en él, era un miedo físico, que se podía tocar, que se palpaba, que le subía al corazón y le estallaba en las venas.

Aquel miedo doloroso, unido a la responsabilidad de tener que cuidar de su madre, no le dejaba ver a Cecília la cantidad de cosas buenas que poseía: un trabajo que le gustaba y en el cual se iba

haciendo un nombre; el reconocimiento de sus compañeros de profesión y de los oyentes de la radio, que ya valoraban su voz como una de las más cercanas y familiares de la emisora. Y, sobre todo, el amor de Jordi, que la quería, pero al que ella no dejaba entrar del todo en su vida.

—Deja ya esa cantinela, Dolors.

—Lola.

—Muy bien. Deja de mortificarme, Lola. Pareces un martillo.

Bebió un sorbo de agua, pero el regusto amargo que le habían dejado las palabras de Lola no se diluyó. Cecília se quedó mirando a su amiga a los ojos y se enfrentó a ella:

—¿Por qué dices que tengo miedo? No tienes en cuenta mi situación. Mi madre...

—Es que no quiero ver cómo pierdes el tiempo. El tiempo maravilloso de amar —la interrumpió Lola, que meneó la cabeza como si quisiese sacudirse los recuerdos melancólicos—. Tienes que empezar a quererte a ti misma, Cecília. Porque, ¿sabes?, a veces no reconocemos la felicidad hasta que ha pasado. Y si no cambias de punto de vista y tomas decisiones valientes sobre tu vida, acabarás perdiendo el tren de tu felicidad.

—¿Qué pasa? ¿Ahora resulta que eres pitonisa? —soltó Cecília decidida a decir, al menos por una vez, la última palabra.

Pero sabía que Lola tenía razón. En su interior, lo sabía. Del mismo modo que sabía que aquel tren avanzaba cada vez a más velocidad.

Y así pasaron casi dos años.

Cecília se levanta de la silla convencida de que, por mucho que lo intente, no terminará el trabajo pendiente. Se acerca al sillón donde está durmiendo Jordi mientras esos dos últimos años siguen dando vueltas en su cabeza.

Todo se precipitó el pasado febrero. Lola dejó el apartamento que tenía alquilado desde su vuelta a Barcelona en el barrio del Clot. Era un piso muy pequeño, y para entonces ella ya podía permitirse uno más espacioso y más céntrico, en Gran Vía esquina con Balmes, un ático de alquiler muy soleado y con vistas a aquella arteria de la ciudad. Jordi no dejó escapar la ocasión y le propuso a Cecília irse a

vivir juntos a aquel pisito donde tantas veces habían visitado a Lola. Ella, enmascarando sus miedos, más que venciéndolos, pensó que quizá hubiera llegado el momento de hacerlo y habló con Francesc, su hermano, para compartir con él el cuidado de su madre, que cada vez estaba más delicada. Tras llegar a un acuerdo, aceptó la propuesta de Jordi, consciente de que, por primera vez en la vida, estaba entregando su alma a alguien.

Se agacha y, tan silenciosamente como puede, recoge del suelo el libro que se ha caído. Se acerca a ese pequeño y sencillo mueble que utilizan como biblioteca y lo coloca en su sitio. Desliza un dedo amoroso por los lomos de sus queridos libros y se dice con orgullo que pronto tendrán que hacer un hueco para la primera novela de Jordi. Hace ya tiempo que él cultiva sus aspiraciones literarias. Siempre ha visto en la literatura una manera de expresar las grietas del comportamiento humano: la estupidez, la codicia, el ansia de poder. Y también, por supuesto, el amor, la pasión, la entrega. Cecília lo anima con orgullo a que cumpla sus sueños; le allana el terreno para que él se pueda dedicar en cuerpo y alma a su primera novela. Con lo que ella gana en la radio y con los artículos que publica tienen suficiente para vivir. Está acostumbrada a trabajar al máximo y no desaprovecha ninguna oportunidad. Es lo que siempre ha hecho para salir adelante. Y así seguirá haciéndolo ahora, porque, como le dice a menudo a Jordi: «Trabajar para verte feliz y para que cumplas tus sueños es lo mejor que me podía pasar en la vida».

Se vuelve, sumergida aún en esos pensamientos, y sus ojos se topan con los de su compañero. Está despierto y le sonríe. Alarga una mano hacia ella. Cecília le devuelve una amplia sonrisa y cobija su mano dentro de la de Jordi. Para sentirse feliz, le basta con mirarlo a los ojos. Notar el contacto de su mano. Tenerlo cerca. Hablar con él de cualquier cosa.

De todo.

O de casi todo.

Porque aunque Jordi no lo exprese con palabras, ella sabe que sueña con un hijo.

Y ella no quiere tener hijos.

Y no los tendrá.

De eso nunca hablan.

Barcelona

Mayo de 1964

—¿Y cómo es Nueva York, Idalia?

La pregunta pilló por sorpresa a la joven, que se quedó mirando por la ventana como si buscase la respuesta entre los resplandores ocres con los que el anochecer comenzaba a teñir la ciudad. Se disponía a decir algo, pero Pau se le adelantó.

—En Nueva York están obsesionados con el cielo. Todo es altísimo.

—¿Acaso has estado? —dijo la joven medio ofendida.

Pero fue Caterina la que contestó:

—Yo no he estado nunca. En cambio —sonrió mirando a Pau—, en París sí que he estado. Es una ciudad...

—Gris y lluviosa —se apresuró a puntualizar Idalia—. ¿Sabe una cosa? Me pone nerviosa la tranquilidad de los parisinos con la lluvia. Están tan acostumbrados al mal tiempo que ya no lo notan. Se creen que lo más natural es que el cielo sea gris.

Pau intentó abrir la boca para contestar, pero no llegó a tiempo. La dueña de la casa volvió a intervenir cambiando de tema y poniendo punto final a aquel duelo urbano que habían iniciado los dos jóvenes:

—Se ha hecho tarde. Le diré a la chica que nos prepare algo para picar. No querría que el licor se nos subiera a la cabeza.

Un poco más tarde, ante una bandeja de sándwiches, la mujer retomó su historia en el punto donde la había dejado.

—Era muy difícil convivir con mi madre. Yo lo conseguí porque no me gustan los problemas. Y mi padre..., él lo hizo a base de concesiones y silencios. Pero Dolors...

—¿De concesiones y silencios? —repitió Idalia sin acabar de entender qué había querido decir Caterina.

La mujer cogió la bandeja de encima de la mesa y se la acercó a

la joven mientras hablaba como si lo hiciese con ella misma: parecía no darse cuenta de que estaba contando una historia íntima y familiar a unos auténticos desconocidos. A la hija de aquella Sylvia Mendieta con la que solo había coincidido un par de veces en el Liceo. Y al hijo de Cecília, una amiga de su hermana con quien ella no había llegado a hablar nunca. Quizá si hubiera sido consciente de ello, su historia habría seguido encerrada entre las tinieblas de aquel rincón de su corazón donde la había guardado.

—Mi madre vivió siempre con una duda que le amargó la vida.

—¿Qué duda? —dijo Idalia.

—No estaba segura del amor de mi padre. Nunca supo con certeza si él se había casado enamorado o si lo había hecho deslumbrado por lo que aquel matrimonio significaba.

Idalia, que tenía en la mano un sándwich que todavía no había probado y los ojos muy abiertos, estaba totalmente absorta en la historia. Fue Pau el que, alargando una mano hacia la bandeja, le preguntó:

—¿Eso se lo confesó ella?

—No. De hecho, me lo insinuó mi hermana. Pero yo tardé mucho tiempo en entenderlo.

Devolvió la bandeja a la mesita.

—Lo que yo siempre he sabido es que papá hizo siempre lo que mamá quiso. Y que ella dirigió nuestra vida, la de todos.

Añadió como en un suspiro:

—Menos la de Dolors.

Idalia se limpió los labios con una servilleta delicadamente bordada.

—Nos ha contado que su hermana Lola se marchó cuando mi madre se fue a Nueva York. Pero, díganos, ¿qué pasó cuando regresó?

La respuesta tardó en llegar. Caterina se había quedado mirando fijamente las flores de la servilleta. Las había bordado ella misma. Le vino a la mente el recuerdo de la abuela Clemència y de aquellas lejanas tardes de su infancia pasadas a su lado en la habitación de los juegos. Tanto su hermana como ella sentían fascinación por las historias que les contaba su abuela, llenas de nieblas pirenaicas, lobos y brujas. Aunque a ella le daban miedo. Prefería mil veces más los poemas, que narraban historias de cuentos, princesas y damas que bordaban pañuelos como ellas.

Levantó los ojos y se encontró con la mirada negra de Idalia y con aquella pregunta que había quedado sin respuesta.

—¿Qué me has preguntado?

—Quería saber cómo fue el regreso de Lola a Barcelona.

—Pasaron dos años antes de que volviéramos a vernos —respondió por fin Caterina.

Y se sumergió de nuevo en sus recuerdos.

—¡Caterina!

Al abrir la puerta del piso de la Gran Vía y ver a su hermana plantada allí, en el rellano, a Lola se le encendió la mirada.

Estuvieron observándose en silencio. Sin saber qué hacer. Sin saber qué decir. Ya no estaban acostumbradas a comportarse como hermanas.

—Pero pasa, mujer, pasa...

Caterina entró en casa de Lola medio encogida, sin atreverse casi a levantar la mirada. Era una resplandeciente tarde de octubre llena de luz. Por la ventana del salón se veía una Gran Vía muy soleada.

—Tienes un piso muy agradable —comentó Caterina cuando su hermana mayor salió de la cocina con una bandeja donde llevaba la cafetera y unas tazas.

—¿Ahora resulta que vamos a hablar de decoración? —respondió ella con su habitual franqueza, sonriendo y con los ojos resplandecientes—. ¡Hace dos años que no nos vemos!

—Dos años que para mí han sido muy duros, puedes creerme, Dolors.

—Llámame Lola, por favor.

Caterina dudó unos instantes.

—Sí... Lola. Todo ha sido..., es muy difícil.

Lola sirvió el café. Tomó asiento con la taza en las manos observando a su hermana cara a cara sin decir nada. Durante todo aquel tiempo se había sentido muy abandonada por su familia. No solo por su madre, con quien consideraba imposible retomar cualquier tipo de relación. También su padre la había decepcionado. La había visitado muy pocas veces, y siempre a escondidas de Antonieta. Eso la hería en lo más profundo del alma, porque le parecía un acto de cobardía, de sumisión.

Caterina tampoco había hecho ningún esfuerzo por verla. Estaba claro que habían tomado partido. Y, pese a ello, ahora se sentía muy feliz al ver a su hermana en su casa intentando, quizá, recuperar una parte del tiempo perdido. De aquellos dos años con sus horas, sus días, sus estaciones, el frío y el calor, las noches oscuras y las iluminadas por estrellas que no habían compartido. Si algo tenía Lola era un corazón muy grande, muy limpio, donde cabía mucho amor. A pesar de que todas aquellas ausencias —la de Sylvia, la de su padre, la de su hermana— la habían dejado a oscuras, ella había seguido mirando adelante, reconstruyéndose. Pensaba que lo que no te mata te hace más fuerte. Esa era su filosofía.

—Supe que te habías casado. No esperaba que me invitases a la boda, claro, pero sí que vinieses a decírmelo.

Caterina sonrió con tristeza.

—Ya sabes que no soy valiente. Mamá no quiere ni oír hablar de ti. En mi casa tampoco se habla de ello. E Ignasi, mi marido...

—Tampoco quiere saber nada de mí, ¿no?

—Dice que no me conviene tener tratos con una...

La joven se mordió la lengua. Pero Lola no. Estalló llena de ira:

—¿Con una mujer a la que le gustan las mujeres? ¿Es eso lo que quieres decir, Caterina?

La joven hizo una mueca de dolor. Las palabras de su hermana eran hirientes como una cuchillada. Pero Lola no había terminado:

—Tu marido no debe de querer que nadie se lo recuerde, pero apoyó a la dictadura de Primo, por mucho que ahora milite en la Liga y pretenda que nos olvidemos de todo aquello. ¿Quién es él para dar lecciones de moral a nadie?

Aspiró una bocanada de aire e intento borrar sin demasiado éxito aquel punto de rabia de su voz.

—¿Quién se cree que es para decirte lo que te conviene y lo que no? ¿Cómo puede ser que hayas accedido a casarte con un hombre así?

Recorrió con sus ojos grises y fríos como el metal la figura de su hermana, que se volvía más frágil a cada segundo que pasaba.

—¿Cómo puede ser? Es más, ¿cómo puede ser que hayas accedido a casarte sin amor? ¿Acaso no has tenido bastante con la infelicidad de nuestros padres?

Caterina se quedó mirando fijamente a su hermana. ¿De qué

infelicidad le hablaba? Ni de pequeña ni después, de jovencita, había tenido tiempo ni quizá tampoco cualidades para profundizar en las realidades de la vida que se abrían ante sus ojos; y aún menos en los conflictos conyugales de los demás, de sus propios padres. Dejó escapar un sonido inarticulado, a medio camino entre el gemido y el grito. Empezó a hablar con voz temblorosa y rota.

—Yo no soy como tú... Yo...

Se llevó las manos a la barriga.

—Dolors, estoy embarazada.

Y se echó a llorar.

Antonieta presentó a Ignasi y a Caterina un día nublado de invierno. Un día triste. Fue como una premonición. Se celebraba una de las muchas fiestas que las familias acomodadas ofrecían durante aquellas fechas navideñas. Antonieta le dijo a Caterina que se acicalara con esmero, que esa noche sería muy especial para ella. Que nunca la olvidaría. En eso no se equivocó. No la olvidó nunca. Pero en aquel momento la joven no comprendió las palabras ni las intenciones de su madre. No sospechó nada, ni siquiera cuando le presentó a Ignasi y los dejó solos. ¡Cómo podría habérselo imaginado!

Ignasi Callús era un industrial textil de Sabadell que rozaba los cuarenta. Era más bien corpulento y el pelo empezaba a escasearle. Tenía una voz fría. Dura. Estaba acostumbrado a mandar, a imponer su voluntad. Eso, sin embargo, Caterina lo descubrió después.

En aquel momento de su vida, Ignasi buscaba una chica joven de la alta sociedad barcelonesa con quien formar una familia tradicional y respetable. Había vivido la vida como había querido. Tenía todo lo que deseaba, no se privaba de nada. Había visto mundo y había cambiado de amante con frecuencia. Para él las mujeres eran de usar y tirar. Pero ahora creía que se acercaba la hora de sentar la cabeza. O, al menos, de fingir que lo hacía. Y para eso no hacía falta enamorarse, sino encontrar a la joven adecuada.

Por su parte, Antonieta quería encarrilar la vida de la menor de sus hijas y arrancarse el puñal que la mayor le había clavado en medio del corazón. Al conocer a Ignasi Callús, supo enseguida que había encontrado al mejor candidato para llevar a cabo sus planes. Era un hombre inmensamente rico, con carácter, justo lo que Caterina

necesitaba. Si la casaba con aquel hombre, ella ya podría descansar, volver a hacer su vida. La que se merecía. No lo había tenido fácil. Primero vinieron todos aquellos años en los que su suegra le había amargado la existencia con su actitud de santa, calentándole la cabeza a su hijo. En su casa mandaba ella; lo había tenido que dejar claro. Y después tuvo que aclarárselo a Dolors, aquella rebelde consentida que para ella estaba muerta, que ni entraba ni volvería a entrar en su casa. Ahora, por fin, se podría despreocupar de la pequeña, una chiquilla sin carácter que, si ella no lo remediaba, se pasaría la vida pegada a su falda.

Antonieta no tenía ninguna duda de que encontrar a Ignasi había sido una feliz coincidencia. Caterina ya había cumplido los veintiuno. Las hijas de sus amigas ya estaban casadas y algunas eran madres. ¿Qué había hecho ella para que la vida la obsequiase con aquel par de niñas tan poco gratificantes? Sí, conocer a Ignasi había sido una suerte. No les había costado nada entenderse; arreglar aquel matrimonio. Parecía que Ignasi y ella hablaban el mismo idioma.

Las lágrimas rodaban por el rostro de Caterina como si se persiguiesen entre ellas. Finalmente, repitió muy bajito, en un suspiro:

—Estoy embarazada.

Un silencio espeso envolvió a las dos hermanas entre sus hilos. Resultaba evidente que Caterina tenía dificultades para explicarle a Dolors lo que sentía. No lo había hablado con nadie, sencillamente porque no tenía a nadie con quien hablarlo.

—Él quería un hijo enseguida. Sueña con un niño, un heredero. Por eso, solo por eso, se ha casado conmigo. De eso hace ya más de un año, y yo no me quedaba embarazada. Y casi me alegraba porque lo veía frustrado. Suena fatal, pero me alegro de que sufra.

Dio un profundo suspiro.

—Pero ahora... estoy embarazada. Él todavía no lo sabe. No lo sabe nadie.

—¿Tú quieres esa criatura, Caterina?

—Sí, sí que la quiero.

Se enderezó en el asiento y relajó un poco su expresión. Se secó los ojos con un pañuelo.

—¿Sabes?, cuando me imagino que no es de él, que la criatura

que yo espero es mía y solo mía y que no tiene nada que ver con Ignasi, la deseo con toda mi alma.

Se sonó la nariz y levantó los ojos hacia su hermana. Un inicio de sonrisa dulcificó su rostro:

—No será un niño. Será una niña. Lo sé. Puedo sentirlo.

Su sonrisa estalló entonces plena y rotunda.

—¿Y sabes cómo se llamará?

Lola alargó la mano y la dejó reposar sobre la de su hermana. Estaba impaciente por conocer aquel secreto que había hecho sonreír a Caterina por primera vez desde que había entrado por la puerta. Abrió de par en par los ojos al comprobar que el secreto llegaba vestido de poema.

—Oh!, si ho sabies,
quin altre encantament a mi m'hi porta,
i quina altra dolçor... quina altra fúria![1]

—¡*Nausica*! ¡Son los versos que nos recitaba la abuela! —exclamó Lola dejando que fluyeran los recuerdos. E inmediatamente le preguntó a Caterina, con un deje de incredulidad en la voz—: ¿Me estás diciendo que si tienes una niña la llamarás Nausica?

—Será una niña. Se llamará Nausica.

Se quedaron en silencio. La mayor asimilando aquel secreto sorprendente; la pequeña, perdida en tiempos pasados.

—¿Te acuerdas de cuando la abuela Clemència nos recitaba estos versos?

—Nunca podré olvidarlo. Éramos tan pequeñas...

—Nosotras bordábamos...

—¡Tú bordabas! Yo solo estropeaba los pañuelos.

—... y ella cerraba los ojos y los sentimientos le salían por la boca convertidos en palabras.

A Lola le subieron los versos a los labios. Vivían acurrucados en su corazón:

—Princesa, què teniu? Us sento trèmula:
febrosa us sento i tot... Així a l'albada?
No dormíreu, anit?[2]

Las dos hermanas se miraron con los ojos de las niñas que habían sido y se echaron a reír con la misma mirada traviesa de entonces.

—¡Todavía recuerdas esos versos! —se entusiasmó Caterina; y preguntó—: ¿De quién eran?

—De Joan Maragall.

Entrelazaron sus manos y dejaron que sus corazones hablasen. Si en algún momento había habido tensión en aquel encuentro, había desaparecido como un terrón de azúcar diluido en los recuerdos comunes. En el amor que siempre se habían profesado.

Caterina parecía mucho más tranquila que hacía un rato. Sabía que había hecho bien obedeciendo su instinto y yendo a ver a Dolors, pese al miedo que había tenido de no ser bien recibida.

—Eres la primera persona a la que le he dicho que estoy embarazada, Dolors.

Miró a su hermana de reojo.

—Quiero decir, Lola.

La muchacha abrazó a su hermana mayor y resguardó su cabeza en aquel cuello tan acogedor cuyo olor reconocía. Se sentía renacer. Susurró:

—Nunca he hecho nada por mí misma. No soy valiente como tú, ya lo sabes. Pero tendré a esta niña, le pondré el nombre que llevo en el corazón y la criaré para que sea una mujer libre. Como tú.

Respiró hondo, poco a poco, para no ahogarse con la emoción de sus propias palabras.

—Mi hija Nausica nació el 25 de mayo de 1935.

Caterina hizo una pausa. Se incorporó y cogió una caja alargada de caoba de encima de la mesita de té. Sacó un cigarrillo, lo encendió y empezó a fumar exhalando un profundo suspiro de placer. Era una mujer fumadora y había deseado con ansia aquel cigarrillo. Miró a los dos jóvenes como si durante aquellos segundos se hubiese olvidado de su presencia.

—Perdonad, no os he preguntado si queríais.

Idalia y Pau negaron con la cabeza.

—Recuerdo aquella época, mi embarazo y el primer año de vida de Nausica, con alegría. Fueron unos tiempos bonitos. Felices, a pesar de todo.

—¿A pesar de todo? —preguntó Idalia.

La mujer levantó la cabeza y fijó los ojos en el estucado del techo mientras aspiraba nerviosa una calada del cigarrillo. La voz se le endureció, llenándosele de asperezas y espinas, cuando dijo, como si no hubiese oído la pregunta:

—Después todo cambió enseguida. La felicidad, o el bienestar, si lo preferís, tiene esas cosas: es breve y asustadizo.

—¿Qué pasó?

Los ojos azules de Pau se habían nublado. Fue él quien respondió a la pregunta de la joven:

—Que estalló la guerra.

Companys

La noche es calurosa e irrespirable, pero no es el bochorno lo que le impide a Lluís Companys conciliar el sueño. No consigue que su mente se libere de las imágenes que le han dejado ese sábado 18 de julio, y aunque desde el Gobierno se considera que la situación está controlada, él no comparte esa percepción y no puede alejar de su corazón un mal presentimiento.

Sale a la calle cuando la noche, con sus estrellas relucientes y brillantes, empieza a dejar paso a un amanecer lechoso con el propósito de sacudirse un poco la congoja que lo invade. Barcelona, con su mar en calma y su respiración rítmica, parece ajena a la revuelta. Y sin embargo, toda la ciudad, todo el país, está a punto de sucumbir a los pies de una bestia que ha de devorarle las entrañas.

Ayer recibió al instante la noticia, no por sorprendente menos esperada, de la revuelta de las tropas acantonadas en el Protectorado Español de Marruecos y en Navarra. Enseguida se les unieron militares y voluntarios de la Falange de todo el país. Esta mañana ha estado pendiente de la anunciada llegada del general Goded desde Mallorca. Es un derechista convencido en quien confían los sublevados para asegurar el golpe contra la República y liderar la insurrección en la Ciudad Condal.

Por la tarde se ha negado a la petición de la CNT y la UGT de que entregara las armas al pueblo. Teme un estallido de violencia. Pero algo le dice que la violencia ha venido para quedarse. La CNT, al no recibir las armas de la Generalitat, ha empezado a hacer provisión de sus arsenales secretos. La UGT, por su parte, se ha apropiado de la dinamita depositada en el puerto y, según ha sido informado, esa misma tarde han empezado a preparar bombas caseras.

A esas horas de la madrugada, el silencio amordaza la ciudad. El *president* Companys camina en solitario, observando los plátanos de las Ramblas, que permanecen inmóviles. Como muertos. Ni una chispa de aire agita sus hojas. Pero entonces oye tiros y gritos que rompen esa

aparente calma. En la plaza de Cataluña se han apostado las tropas del cuartel del Bruc comandadas por José López-Amor. Se han hecho fuertes en el edificio de la Telefónica. Las peores sospechas del *president* se confirman.

Companys piensa en la revolución que todavía no ha estallado. En las vidas que todavía no se ha llevado por delante. En las horas y los días que están por venir. El desafío ha dejado de ser un murmullo sordo para convertirse en el golpe seco de una bofetada provocadora. Levanta la cabeza y mira al cielo, que no sabe nada de las discordias de los hombres. Todavía puede ver el rastro difuso de las estrellas moribundas. Y por un segundo, eterno y volátil, no se siente tan inmensamente solo.

Periodistas en guerra

El viernes 24 de julio, Lola recorre Barcelona con el Volkswagen que acaba de comprar a plazos. Las columnas negras del humo de las iglesias oscurecen el azul rotundo del cielo. Llevan ardiendo desde el lunes. Primero fueron solo unas cuantas. Pero con el paso de los días el fuego se ha extendido por toda la ciudad. Todavía no ha transcurrido ni una semana desde el alzamiento del 18 de julio, y ella ha vivido intensamente cada uno de esos días ejerciendo como corresponsal para diversas publicaciones. No ha tenido ninguna necesidad de ir en busca de noticias, pues las noticias retumban en cada esquina.

Tras el estallido violento del sábado, el domingo 19 pareció que todo daba un vuelco favorable a la República. Ella, como tantos compañeros periodistas, pudo informar esperanzada sobre cómo los Mossos d'Esquadra y las milicias obreras plantaban cara a las tropas sublevadas, que apenas podían hacer otra cosa que atrincherarse en los puntos de la ciudad que tenían controlados; además del edificio de la Telefónica, habían tomado algunos enclaves estratégicos, como la plaza de Cataluña, el castillo de Montjuïc, el hotel Ritz, la plaza de España y las Reales Atarazanas de Barcelona. Puntos aislados, bloqueados por barricadas, que no se podían ayudar entre sí. El aeropuerto de El Prat se había mantenido fiel al Govern.

A mediodía del domingo, los militares rebeldes habían perdido ya el control de algunos de los edificios conquistados, y a las dos de la tarde la situación empeoró aún más para ellos cuando la Guardia Civil se posicionó abiertamente del lado de la Generalitat y se lanzó a las calles para socorrer a las milicias, rompiendo así el equilibrio contra los sublevados.

Lola conduce por la ciudad y tiene la impresión de que tras los balcones cerrados a cal y canto miles de ojos la observan. En el coche hace mucho calor debido al sol del mediodía, pero ella viaja con las ventanillas cerradas, tal vez para dejar fuera el espectro de la muerte,

que parece cubrir la ciudad y que acecha escondido entre las hojas cansadas de los plátanos. Piensa que durante esos pocos días ha vivido más al límite que en los treinta años que hace que está en este mundo. Se siente como una funambulista caminando por la cuerda floja: en un extremo, el miedo por lo que pueda pasar; en el otro, la fascinación por formar parte de esta página de la historia.

Ha visto muchas cosas que nunca había sospechado que llegaría a ver. Ha pasado miedo. Sobre todo el lunes 20 de julio, cuando Buenaventura Durruti, con algunos camiones requisados y unas cuantas escopetas oxidadas, asaltó el edificio de la Telefónica, donde se habían hecho fuertes los rebeldes contrarios a la República. El combate fue feroz y las bajas importantes. Cuando ella llegó para cubrir la noticia, se topó violentamente con cadáveres de hombres y caballos que estaban esparcidos por la plaza de Cataluña. No la dejaron entrar en el edificio donde se libraba la cruenta batalla. Los gritos de los heridos se escapaban por las ventanas. También el zumbido de las balas. Y aquel olor a sangre...

El sonido de una bocina hace que se asuste y dé un bote en el asiento, arrancándola de sus pensamientos. Es un automóvil que la adelanta a toda velocidad rompiendo el silencio de la calle desierta. Va cargado de hombres con fusiles. La angustia hace que su corazón se dispare, y se ha de aferrar con fuerza al volante y respirar hondo para tranquilizarse.

Una vez que el coche se aleja, su cabeza regresa a los acontecimientos del día 20. Le parece volver a ver con toda claridad la impresionante figura de Durruti, bañado en polvo y sangre, mientras sale al balcón de la Telefónica y dedica aquella victoria a los obreros que nunca más verán la luz del sol. Sus palabras han quedado grabadas en su corazón:

> Todos los trabajadores de España saben que si triunfa el fascismo vendrán el hambre y la esclavitud. Pero los fascistas también saben lo que les espera si pierden. Estamos decididos a terminar de una vez por todas con el fascismo, y ello a pesar del Gobierno.

Buenaventura Durruti se ha convertido en el líder que la multitud, abandonada por la inacción del Gobierno, estaba esperando. Lola lo tiene muy claro, y por eso, cuando esta mañana ha escuchado en la radio que tres mil voluntarios a sus órdenes recorrían las calles

de Barcelona y se dirigían hacia Zaragoza para liberarla, se ha dejado llevar por un impulso descontrolado y se ha montado en el coche con la intención de sumarse a la comitiva. Sabe perfectamente que muchos de esos hombres y mujeres han sido reclutados en prisiones y prostíbulos. Pero son aclamados por las calles porque ahora han ascendido a la categoría de héroes. La gente ya habla de la Columna Durruti.

Ahora, pasadas unas horas, Lola intenta explicarse qué hace ella al volante de un Volkswagen atravesando Barcelona mientras persigue un destino envuelto en interrogantes. Se dice a sí misma que han sido las encendidas palabras de Durruti las que la han convencido de que en una guerra cada uno ha de luchar con las armas de las que dispone. Sus armas, sin duda, son las palabras. La información. La gente de las ciudades y los pueblos ha de saber qué pasa en el frente. Pero ella no quiere informar desde los despachos de los políticos en Barcelona. Si quiere escribir sobre la guerra, tendrá que ir a la guerra.

El destino al que se enfrenta es muy incierto. No puede negar que le asusta dejar aquella ciudad, que es su hogar, el único lugar en el mundo donde se siente realmente protegida. Porque en ese lugar que ella denomina *casa* todavía perdura el recuerdo de la persona que le enseñó qué era el paraíso para después expulsarla de él definitivamente.

Absorta en sus pensamientos, casi sin darse cuenta, maquinalmente, Lola ha atravesado la Vía Layetana hasta la plaza de Urquinaona, para, acto seguido, enfilar el paseo de Gracia hasta la Diagonal. Las calles cada vez están más llenas y ha tenido que aminorar la velocidad porque se ha visto sumergida en una riada de gente que ocupa incluso la calzada y se apretuja en las aceras cada vez que pasa alguno de los escasos automóviles. En un momento determinado, sin embargo, se ha de detener del todo. Unos fuertes golpes en el cristal de la ventanilla la sobresaltan.

—¿Quién eres y a dónde vas?

Es Durruti en persona. Lola baja la ventanilla y saca la cabeza. Intenta hilvanar un discurso creíble lleno de consignas de lucha y de anhelos de victoria. El hombre suelta una carcajada franca y se pasa la mano por la frente sudada antes de decir:

—Suerte tienes de que apenas tengamos automóviles.

Busca a alguien con la mirada y reparte las órdenes. Está

acostumbrado a que lo obedezcan:

—Está bien, la aristócrata se viene con nosotros. Pintad el coche con las siglas de la FAI.

Así lo hacen.

Ella les deja hacer.

Antes era Dolors.

Después, Lola.

Y será la *Aristócrata* durante los dos años y medio que dure esa trágica aventura.

Es un mes de agosto de días calurosos y calles silenciosas. Ha pasado un mes desde la revuelta militar. La Generalitat y sus fuerzas de orden público persisten en su postura beligerante de defensa de la legalidad. El *president* Companys se mantiene en el cargo. Sus mítines cuentan con una gran asistencia, y el respeto que genera se palpa en el ambiente cuando visita el frente o los hospitales. Aun así, su creciente apoyo al Partido Socialista Unificado de Cataluña provoca la animadversión del anarquismo.

El *president* continúa con su costumbre, anterior a la revuelta, de ofrecer una recepción diaria a la prensa, de pie, en el Palau de la Generalitat. El hecho de hallarse en pleno torbellino revolucionario no hace que haya más apariciones ni más declaraciones de Companys que antes. Al parecer, no quiere prodigarse en público. Como siempre, los discursos son completamente suyos y no fruto de asesores profesionales. Es fácil reconocer la profundidad ideológica que emanan. La propia del Companys de siempre. Lo único que ha cambiado es que, ahora, al *president* de la Generalitat le ha tocado protagonizar una guerra.

Jordi Palà ha dejado atrás la literatura. Pese a que su primera novela ha tenido una buena acogida y ya estaba trabajando en un segundo proyecto, la revuelta, que tantas cosas ha arrebatado a todo el mundo, parece haber acabado con sus ambiciones literarias. Él, que es muy optimista, cree que solo se trata de un paréntesis.

No le ha resultado nada fácil regresar al periodismo activo, donde ya tenía un nombre. Ahora trabaja principalmente para *La Veu de Catalunya* y forma parte del equipo de redactores que cubren la información en el Palau de la Generalitat. Desde ese lugar

privilegiado, Jordi no solo tiene acceso directo a las últimas informaciones, sino que puede conocer más de cerca el talante de Companys, ese hombre escuálido por fuera, pero en cuyo interior arde un fuego poco común.

Durante todo el mes de agosto de ese verano del 36, Jordi ha seguido a Companys en sus apariciones públicas, además de en las que hace de forma privada para la prensa. Lo ha acompañado en el recibimiento al nuevo cónsul de la URSS, Vladímir Antónov-Ovséyenko, en el Palau de la Generalitat, un acto cordial y que estrecha los vínculos de colaboración entre Rusia y Cataluña. Lo ha seguido en sus visitas al casi medio millar de heridos acogidos en los hospitales de Barcelona, desde el Clínico hasta el General de Cataluña, que es como se conoce actualmente al Hospital de la Santa Cruz y de San Pablo. También ha cubierto la arenga a las columnas de guardias de asalto que se dirigían al frente de Aragón. Jordi ha dado fiel testimonio de cada acto y ha intentado transmitir a los lectores del periódico la esperanza que él mismo siente ante el espíritu de lucha de Companys.

Hoy, día 25, se dispone a cubrir la despedida del *president* a las tropas que se dirigen al combate. La emoción hace acto de presencia cuando el escuadrón de caballería, a punto de partir hacia el frente aragonés, llega a la plaza de la República. El grupo, que ondea banderas republicanas, rojas y catalanas, se despliega frente al Palau de la Generalitat. Companys aparece en el balcón y en la plaza vibra el silencio. Jordi, desde el interior del Palau, se prepara una vez más para hacerse eco de las palabras del *president*, de las cuales va tomando nota.

> Paz, fortaleza y decisión a todos los hombres de buena voluntad de Cataluña... Guerra y guerra a muerte, en el frente de combate, contra todos los reductos fascistas aquí ya vencidos y aniquilados.
>
> [...]
>
> Destruyamos hasta convertirlo en recuerdo un viejo pasado de ignominia y sentemos los cimientos de una vida nueva.
>
> [...]
>
> Es necesario que entre nosotros se imponga la disciplina y se cree un clima de optimismo y de confianza.
>
> [...]
>
> Gloria y honor a los caídos en esta hora magna...
>
> Tres veces «¡Hurra!» a los luchadores. *Visca Catalunya*![1]

Con el «*Visca Catalunya!*» de rigor, Lluís Companys finaliza su

discurso, y un grito de victoria inunda el aire. Jordi, junto a otros periodistas, baja corriendo las escaleras del Palau para ir a la redacción a escribir la crónica.

Allí es donde lo pilla la noticia.

Presentida y esperada.

Terrible.

Mediodía. Avel·lí Artís Gener, dibujante y periodista más conocido como Tísner, recibe una llamada de uno de sus mejores amigos, el secretario del partido Acció Catalana, Ramon Peypoch. Es ese momento aún no sabe que lo que le espera es uno de los encargos más duros de su vida.

Los dos jóvenes se citan en la calle Valencia, en un taller de carpintería que pertenece al cuñado de Ramon. A Tísner no le pasa desapercibido el aire misterioso de la reunión. Como buen periodista que es, acude con gran curiosidad. Pero la excitación se desvanece en cuanto ve el gesto descompuesto de su amigo.

—¿Qué ocurre, Ramon?

—Se trata de Josep Maria.

—¿Planes? ¿No estaba escondido?

Ramon baja la mirada al suelo. Tal vez intenta ocultar el brillo de sus ojos. Los tiene rojos. Irritados. Al límite del llanto.

—Hacía una semana que no sabíamos nada de él. Ahora sabemos que se lo han llevado.

Se crea un denso silencio. Parecería que el miedo, que en estos días de incertidumbre campa a sus anchas por las calles, se ha colado en el pequeño taller y se ha convertido en una presencia sólida.

Transcurrido un minuto largo, Ramon dice con voz temblorosa:

—Algunos amigos de *La Publicitat* y del partido se han pasado por el depósito de cadáveres del Clínico.

—¿Y?

—No lo han encontrado.

Tísner no sabe dónde quiere ir a parar Ramon. Preferiría que fuese al grano, que le dijese lo que quiere de él. Pero lo que su amigo tiene que pedirle no es fácil. Titubea.

—Si, como nos tememos, lo han asesinado...

Hace una pausa.

—Si está muerto, su familia querría enterrar sus restos en Manresa.

—Ramon, no sé qué...

—Ve al Clínico, Avel·lí, y encuentra su cadáver en el depósito del sótano. Tú puedes hacerlo.

—¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo?

—Nadie del partido ni del periódico ha tenido una relación tan estrecha con Planes como tú. Si sus restos mortales están en el Clínico, tú los reconocerás.

Avel·lí Artís, *Tísner*, toma aire. Haría cualquier cosa por Josep Maria, pero su vida también corre peligro. También a él han ido a buscarlo a su casa los de la FAI. Su hermana Glòria les ha dicho que no estaba allí y han registrado el piso de malas maneras. Cuando se han marchado, Glòria lo ha avisado desde el piso de una vecina. No puede dejarse caer por casa.

Tísner levanta la cabeza. Ramon le dice algo con la voz entrecortada:

—Por caridad, amigo.

—Mi vida también corre peligro. Si me pillan por la calle soy hombre muerto.

—No irás solo, compañero. Te acompañará un grupo de Acció Catalana. Todos son amigos tuyos.

Insiste:

—Te llevarán al Clínico.

Unas horas más tarde, Tísner entra en aquel siniestro depósito. Tal y como le ha dicho Ramon, va acompañado, y lleva un traje de miliciano para no llamar la atención. El sótano entero es un aterrador mar de cadáveres, y él los ha de examinar todos, uno a uno. Cada vez que se acerca a uno y descarta que sea el de Josep Maria, piensa que el siguiente será el suyo. Hasta que lo encuentra.

No lo reconoce por el rostro porque le han destrozado el parietal izquierdo a tiros. La cara de Josep María ha quedado reducida a un deforme rictus de terror. Lo reconoce por el traje de color azul marino con rayas blancas y la camisa azul cielo. La que tanto le gustaba ponerse.

Se inclina sobre el cadáver y pronuncia el nombre de su amigo, de su compañero, de su colega; muy bajito, como si de ese modo pudiese insuflarle de nuevo la vida.

Con un imperdible enganchan a la solapa la cartulina con el nombre de Josep Maria, que él mismo ha escrito. Como último homenaje escribe «Planes» con *e*, como a él le gustaba firmar, pese a que en todos los papeles oficiales aparecía como Planas.

Sus compañeros arrastran a Tísner hasta el exterior y lo hacen entrar en un coche. Se alejan del Clínico a toda velocidad mientras él recuerda las palabras que Josep Maria escribió en su último artículo. Ahora son su legado:

> Nos jugamos la libertad de la patria. Los enemigos de la República son nuestros enemigos. No los enemigos solo de las izquierdas: los enemigos de todos los catalanes.
>
> Quien en estas horas graves no se posicione de una manera decidida al lado de la Generalitat es un traidor. Un traidor al cual exigiremos cuentas.
>
> Ahora más que nunca: *Visca Catalunya! Visca la República!*[2]

La pluma

La Columna Durruti ha ido avanzando sin obstáculos por tierras leridanas dejando tras de sí un reguero de gestas a menudo sombrías. Pero, a las puertas de Zaragoza, la resistencia de las fuerzas rebeldes convierte esa marcha triunfal en un fracaso militar.

Durruti ordena entonces el cese del avance e instala su cuartel general en el cementerio de Bujaraloz. Desde allí piensa hacer realidad sus sueños libertarios.

Ese pequeño y desconocido pueblo aragonés se llenará enseguida de periodistas que quieren entrevistar al líder ácrata. Pero Lola lo entrevista antes que nadie. Porque ella ya estaba allí.

Durruti la cita en el cementerio una medianoche de luna llena. El espectáculo es dantesco. Los pasillos entre las tumbas se han convertido en trincheras, y en el interior de los mausoleos, los milicianos dan una cabezadita apoyados en los fusiles. Parecen estatuas de muerte.

Todo parece haberse dispuesto para amedrentar a la periodista de buena familia barcelonesa. Sin embargo, ella realiza la entrevista que soñaba hacer y, casi a oscuras, transcribe las respuestas de Durruti, un torrente imparable de palabras, en unas hojas sucias que ha encontrado en un rincón y con una pluma de oro que él le ha dejado.

Conversando con él, Lola acaba de conocer al auténtico hombre que se esconde detrás del ácrata exaltado. Un hombre con carisma que habla sin cortapisas sobre un futuro que se ha propuesto modelar según su voluntad.

Al terminar, Lola le comunica a Durruti su intención de continuar hacia la primera línea del frente con las milicias catalanas.

—Es lo que he venido a hacer.

El hombre la observa en silencio. Nunca nadie consigue adivinar lo que pasa por su cabeza cuando fija la mirada en una persona. Ella parece perder el aplomo que siempre la acompaña y se despide con una tímida sonrisa. La presencia de Durruti la impresiona. Hace que se

sienta pequeña.

Cuando ya se ha dado la vuelta con la intención de echar a andar entre nichos y altares profanados, la voz de aquel hombre la detiene. Le tiende la pluma.

—Te la regalo, Aristócrata. Para que tengas un buen recuerdo de Durruti. Eres una mujer valiente, y mientras escribas con ella, todo en la vida te irá bien.

Lola se acerca de nuevo. Coge la pluma de oro de la mano grande y fuerte de Durruti, con la que tan pronto empuña un arma como estrecha el hombro de quienes se sienten vencidos.

Principios de agosto de 1936.

Las primeras crónicas que Lola escribe desde el frente las envía desde Sariñena, con el firme propósito de poner en conocimiento de los lectores de diarios la lucha que contra los fascistas están llevando a cabo los hombres y mujeres que han abandonado sus vidas, ya fueran buenas o malas, para ir a luchar por una libertad amenazada.

Lola ha tenido que cambiar mucho para poder convivir con los milicianos en aquel pueblo, cuya existencia desconocía por completo antes de llegar allí. No es fácil acostumbrarse al polvo, al calor y a las moscas, y a vivir en aldeas perdidas y remotas de casas viejas con soportales que parecen colgadas en escarpadas callejuelas.

Además, por si fuera poco, en Sariñena sopla un viento huracanado a todas horas.

Al llegar los han distribuido por las casas del pueblo. Al cabo de unos días todos colaboran en los trabajos colectivos. Y al cabo de una semana, ella, como la mayoría, ya tiene la tez curtida como una campesina. Por las noches, cuando escribe, le hacen daño las durezas que inundan sus manos. A veces se sorprende riéndose sola mientras trata de imaginar la cara que pondría su madre si pudiera verla por un agujero. Es una pequeña venganza que la llena de alborozo.

Poco a poco, día a día, casi hora a hora, su vida de antes va quedando atrás, como si no fuese más que un sueño del que se va despertando lentamente. Dicen que el ser humano se acostumbra a todo. No es verdad. Lola no se acostumbra a los olores. Al mal olor. Es repugnante. En Sariñena, y posteriormente en otros lugares por los que irá pasando, la mugre lo domina todo; incluso las iglesias son

transformadas en letrinas.

Quizá por ello, porque no se acostumbra a los malos olores y porque siempre anda arrugando la nariz, todo el mundo la conoce con el apodo que le puso Durruti. Lola es la Aristócrata.

No solo ha cambiado ella, por supuesto. Todos han cambiado. Lola mira a su alrededor y ve guerreros salvajes donde antes había habido gente de la calle. Claro que estos primeros cambios no son nada comparados con lo que va llegando: las enfermedades, los combates... Los muertos. Los primeros, los siete jóvenes milicianos a los que fusilan frente al edificio del ayuntamiento de Lanaja, donde poco antes habían ajusticiado a cinco falangistas. Toda una alegoría de lo que está pasando en un país que se empieza a consumir en el más irracional de los odios.

En Sariñena, sin embargo, no ocurre nada; reina una calma total. El frente de combate se ha trasladado a Grañén, hacia donde parten destacamentos milicianos que esperan órdenes para actuar. Pasan los días y Lola se pone nerviosa. No se ha desplazado hasta allí para realizar tareas de campesina, ni para que le cuenten de segunda mano lo que está pasando en primera línea de fuego. Sus artículos pierden fuerza y empieza a tener la impresión de que, si no toma una decisión, acabará escribiendo una novela rural. Siempre ha sido impaciente. Lo sabe bien. Pero la impaciencia le ha permitido avanzar.

—¿A Grañén? ¿A primera línea de fuego?

—Sí.

—Lo que me pides es muy peligroso.

Arquer es el alma de la organización política de la columna del POUM que opera en el frente de Aragón. Es muy joven, bajo y pálido, muy culto, reservado. Habla poco, pero cuando lo hace es de esos que conquistan a los otros con la palabra. Siempre que Lola lo oye hablar se hace la misma pregunta: ¿quién era Arquer antes de la guerra? Pero él nunca se refiere a sí mismo ni al pasado.

—Lo sé —responde ella intentando que no se le note el temblor de la voz. Es consciente de que no tiene madera de heroína. Tiene miedo. Claro que tiene miedo. Pero, dado el momento y las circunstancias, pesa más en ella el sentido del deber que el miedo.

—La sierra está llena de fascistas y milicianos que disparan sin

encomendarse a Dios ni al diablo, si me permites la expresión.

Ella dice que sí con la cabeza. Que lo entiende.

—Ya supongo que no se trata de ir a dar un paseo.

Arquer la mira y sonríe.

—¿Tienes buena puntería?

Lola ha quedado atrapada en la sonrisa del chico, más que nada porque nunca había visto sonreír a Arquer y se da cuenta de que tiene una sonrisa muy hermosa.

—¿Cómo dices?

—Que si tienes buena puntería.

—Soy buena con la honda. Bueno, lo era de pequeña. No dejaba ninguna farola entera.

Los dos se echan a reír y ella está convencida de que se lo ha ganado. No se equivoca.

—Si crees que has de ir a primera línea, adelante. Haré que te acompañen dos hombres armados.

Él borra su sonrisa y vuelve a ponerse serio. Tal vez por eso Lola siente una comezón en el estómago que ya no la abandonará en todo el día. Esa noche se le hace muy larga. Incapaz de conciliar el sueño, sale al balcón de la casa en la que se aloja. Enciende un cigarrillo. Desde que ha empezado la guerra, se ha acostumbrado a fumar. Ante sus ojos se extiende una llanura plateada por la luna. El calor que ha hecho durante todo del día se ha quedado suspendido en el sopor. La ropa se le pega a la piel. Se mira la mano con la que sujeta el cigarrillo. Tiembla.

Y entonces, se acuerda de Sylvia. Y se alegra de que se encuentre tan lejos de este horror.

El coche que la lleva a primera línea de fuego junto a dos milicianos armados hasta los dientes va dando botes por los caminos como un niño revoltoso. No hay más que baches, piedras y polvo. El sol cae a plomo. Al paso de la comitiva, los campesinos alzan el puño y les ofrecen botas de vino que los milicianos aceptan de buen grado. Es un vino tinto tan oscuro como la tierra que los rodea.

Pasan por Lanaja, que ahora está en manos republicanas y protegido por barricadas. Abandonan el pueblo entre juramentos de los dos milicianos, que rinden así su particular homenaje a los

compañeros fusilados. Van tan deprisa como se lo permite el coche, pero les cuesta avanzar.

De pronto escuchan el ruido de un motor de avión.

—Enemigo —dice el conductor alzando la mirada al cielo.

Y a partir de ese momento todo va muy rápido.

El coche reduce la velocidad para que el otro miliciano pueda lanzarse en marcha del vehículo.

—Haz tú lo mismo, coño, que nos van a freír —grita el conductor a Lola mientras el coche empieza a zigzaguear para no convertirse en un blanco fácil.

Lola piensa que el temblor de las piernas no la dejará moverse del asiento, al que parece haberse quedado pegada como una mosca. Pero lo hace. Salta y corre siguiendo al hombre por los campos donde hasta hace poco centelleaba el trigo. Afortunadamente, la avioneta se conforma con realizar una pasada y desaparece sin tocar al coche.

Al caer la tarde llegan a Grañén, que la noche anterior ha pasado a manos de los republicanos. Lola se queda impresionada por el gran movimiento de tropas y por el hecho de que se oiga hablar en inglés, en francés, en italiano... Mezclados con los milicianos están también los voluntarios de las Brigadas Internacionales. Siente que el corazón se le ensancha de esperanza.

Es allí donde comienza realmente el trabajo de Lola Casanoves como reportera de guerra. La retaguardia de Grañén avanza hacia Alcubierre a través de un recorrido plagado de dificultades. Las milicias se han de parapetar a menudo en los surcos de las eras porque temen encontrarse cara a cara con los falangistas. En esas ocasiones, ella se palpa la pistola que le han entregado, que lleva colgada en la cintura de los pantalones. Ese gesto le da cierta confianza, pese a que ni siquiera recuerda cómo se quita el seguro.

Alcubierre se ha convertido en una especie de cuartel de aprovisionamiento de las fuerzas que combaten en las cumbres que rodean el pueblo. Durante el tiempo que pasa allí, Lola escribe sin tregua describiendo en cada línea las dificultades de la organización de las milicias. Quiere que sus crónicas parezcan dibujos al natural en los que cada detalle brille con todo el peso de la excepcionalidad que están viviendo. Quiere que los lectores puedan ver cómo las mulas acarrean el agua hasta las montañas donde se atrincheran los soldados, cosa que hacen solas, pues conocen el camino. Cada hombre

dispone de menos de un litro de esa agua de color fangoso al día. No pueden desperdiciar ni una gota. El vino, en cambio, corre en abundancia.

La experiencia de Lola en la primera línea del frente cambia su forma de afrontar la vida. De entender la muerte. Le deja sensaciones y recuerdos grabados a fuego en el corazón. Enseguida, y con toda certeza, se da cuenta de que jamás podrá olvidar el olor a chamuscado de los trigales tras la siega ni el sabor de la tierra que flota en el aire y que no la deja respirar. Tampoco las órdenes, a menudo desesperadas, de los oficiales. Ni el cuerpo desencajado de aquel joven de dieciséis años que se le murió en los brazos con el pecho abierto como una granada madura.

Lola observa la pluma que Durruti le regaló una noche de luna llena. La coge. La acaricia. Le quita el capuchón.

«Eres una mujer valiente», le dijo él.

Y ahora ella se traga las lágrimas mientras sigue evocando los recuerdos de todo lo que ha vivido esos últimos meses. Ha escrito artículos que han llenado las páginas de los periódicos sobre cada una de sus experiencias. Ha enviado fotografías. Ha informado. Pero ahora, recién regresada a Barcelona para asistir al entierro del líder ácrata, lo que querría inmortalizar con palabras son los rostros de los muertos. De todos ellos. Llamarlos por su nombre y darles voz antes de que se transformen en polvo y se conviertan en fantasmas.

Pocos días atrás habían solicitado la presencia de Durruti en Madrid para que fuese a hacer lo que mejor sabía hacer: levantar con sus enardecidas palabras la moral de los milicianos. En la Ciudad Universitaria, una bala perdida silenció su voz para siempre. La bala que puso fin a la vida de Durruti ha impactado también en mitad del corazón de Barcelona. Las masas han abarrotado las calles y han ocupado los tejados y las callejuelas húmedas y secas que, como pequeñas arterias, atraviesan las Ramblas para ver pasar el féretro. ¡Incluso los árboles están llenos de gente!

Ha sido un espectáculo grandioso e imponente; tan espontáneo que resultaba casi extravagante, pues nadie guiaba ese adiós colectivo. Nada ha sido planeado, y lo que se había planeado ha quedado diluido entre el inaudito caos de un sepelio organizado por el pueblo.

Abriéndose paso entre la multitud, en medio de un silencio respetuoso y solemne, el ataúd de Durruti, cubierto por una bandera roja y negra, ha sido llevado a hombros por los milicianos de su columna. Todo el mundo ha levantado el puño a su paso. Alguien ha entonado las primeras notas de *Hijos del pueblo*, y enseguida todas las voces se han convertido en un solo sentimiento.

Hijo del pueblo, te oprimen cadenas
y esa injusticia no puede seguir,
si tu existencia es un mundo de penas
antes que esclavo prefiere morir.[1]

Un hijo

Lola ha vuelto al piso del Clot. ¡La vida es impredecible y, a veces, tan bromista...! Se ha tenido que instalar con Cecília y Jordi porque su ático de la Gran Vía con Balmes desapareció literalmente el 17 de marzo de 1938 bajo las bombas de la aviación italiana. Fue uno de los peores bombardeos que recuerda la ciudad. La bomba, que cayó sobre el cine Coliseum, se escuchó en toda Barcelona y dejó tras de sí un trágico reguero de muerte y destrucción.

No se te caerá la casa encima, le decía a menudo Antonieta cuando ella, joven e inquieta, seguramente feliz, entraba y salía de casa cuando quería y sin dar demasiadas explicaciones a nadie. Lola ha pensado muchas veces en esa letanía de su madre. Le hace gracia porque es precisamente eso lo que propicia que la muerte no la encuentre comiendo plácidamente en casa y que ella pueda salvar la vida ese mediodía de un jueves primaveral, cuando la tranquilidad de la ciudad se convierte en silencio, polvo y muerte.

Lola lo ha perdido absolutamente todo. Pero conserva lo más importante: la vida. Y la amistad. Jordi y Cecília no dudan ni un momento en acogerla en su casa. Y aunque tienen poco espacio en ese piso del Clot donde la vida y sus bromas macabras han vuelto a situar a Lola, se las arreglan como pueden. Y ella retoma su vida cotidiana, y entra y sale, escucha, observa y escribe, informa. Parece como si estuviera haciendo la guerra por su cuenta. Tras regresar del frente aragonés, ha seguido publicando artículos en la prensa, y desde hace más de un año colabora con el Comisariado de Propaganda. Corrige textos tanto para la prensa escrita como para la radio. Allí ha coincidido con otras mujeres luchadoras: con Lola Anglada, cartelista y dibujante; con Gerda Taro, que colabora en el departamento fotográfico, y con Mercè Rodoreda, que hace de correctora, como ella. Con esta última ha trabado una buena amistad, que la ha llevado a colaborar también con la Institución de las Letras Catalanas llevando a cabo tareas de traducción y corrección.

Un mes después del bombardeo que ha dejado a Lola en la calle, Jordi es llamado a filas. De Jordi es de quien Cecília ha sacado durante estos años el valor para enfrentarse a un presente tan duro y al terrible misterio del futuro que los espera. Ha sido su presencia junto a ella, su amor incondicional y su fe en la victoria republicana lo que la ha animado a seguir trabajando, a informar desde la radio de todo lo que iba ocurriendo, a luchar por el día a día.

Ahora que él no está, la presencia de Lola a su lado resulta imprescindible para Cecília. Sobre todo cuando, un par de meses después del reclutamiento de Jordi, se entera de que está embarazada.

Ha sido llamado a filas el 23 de abril de 1938. El día de su santo. ¡Pobre Jordi, qué regalo tan triste! Por la tarde se ha de presentar en el cuartel de reclutamiento de Sitges y no sabe cuál será su destino, pero ha oído hablar de Urgell y La Noguera.

Esparce sobre la cama las pocas cosas que tiene que meter en el petate. Ropa, por supuesto, pero también libros y lo necesario para poder escribir. También se llevará la fiambrera de hojalata que compró en una escapada que hizo a la Cataluña Norte con Cecília. Ella se escandalizó cuando lo vio encapricharse con aquel objeto tan feo e inútil.

—¿Para qué necesitas esto? ¿Para comer papilla? ¿O es que tienes que ir a la guerra? —le dijo entonces. Cecília nunca ha soportado que la gente malgaste el dinero en tonterías.

Se puso tan pesada que al final Jordi le confesó su secreto, aunque sabía que con ello no lograría convencer o calmar a Cecília, sino que la irritaría aún más.

—Lo que me atrae no es el objeto en sí, cariño.

—¿Y entonces qué es? —preguntó ella frunciendo las cejas.

—Su nombre.

—¿Cómo dices?

—¿No te has fijado? Aquí lo llaman *gamelle*.

Ella levantó un dedo amenazador y apuntó hacia Jordi. Abrió la boca y enseguida volvió a cerrarla. No sabía qué decir ante aquella extravagancia. Aún no sabía que Jordi era un gran coleccionista de palabras.

Ahora mismo, a Cecília le gustaría poder discutir con Jordi por

ese tipo de nimiedades, pero el tiempo ha dado un salto mortal y ha trastocado completamente sus vidas. Él se va a combatir a la guerra —cómo se le clavan ahora aquellas palabras que le dijo entonces— y ella le está doblando la ropa con parsimonia. Le parece que, si no acaba de doblarla nunca, él se tendrá que quedar con ella en una espera infinita.

Ese gesto enternece a Jordi, que siente en la piel, en el corazón, en el sexo, que la mujer que tiene a su lado, con la que ha vivido estos últimos años, es mucho más que un amor compartido. Es toda su alma. Es el cuerpo que adora. Es la voz que presiente y con la que sueña cuando está lejos.

Se acerca a ella y le arranca violentamente de las manos la camisa que está doblando. La tumba en la cama y se abalanza sobre ella, olvidando la suavidad con la que siempre la ama. La acaricia por todas partes. La abraza y la besa olvidándose de respirar. El amor que los años de convivencia han vuelto tranquilo se vuelve desmesurado ante la inevitable separación. Se aman con una desesperación que se les congela en las venas y explota en el corazón como una lluvia helada. Se aman con una pasión nueva, como si cada uno de ellos intentase sustituir su alma por la del otro. Se aman sin pensar en nada más que no sea amarse. Ambos habrían sacrificado sus vidas a cambio de perpetuar ese momento.

Cecília quiere concentrarse en esos besos intensos y calientes, en los largos dedos de Jordi recorriendo su cuerpo como si lo hiciesen por primera vez, descubriendo nuevos rincones. En la forma en que con la otra mano acoge uno de sus pechos mientras el pezón se le endurece hasta hacerle daño. Y aunque se entrega por completo al placer, toma conciencia de pronto del peso de la inminente soledad que le espera cuando Jordi se vaya. Porque solo él tiene la llave de su corazón y puede extraer todo el caudal de emociones que ella esconde en su interior.

Jordi ha sido asignado a la Compañía de Depósitos, que presta servicios auxiliares. Eso evita que tenga que ir directamente al frente. Por ello, durante meses no vive la guerra ni realiza ningún disparo, y se puede dedicar a describir esa experiencia todavía tranquila en diversas libretas que tiene la intención de convertir en un dietario. Y, por supuesto, escribe también cartas a Cecília. Muchas cartas. Ella le ha dicho que está embarazada, y él, en las cartas, hace todo lo posible

por quitarle el miedo, por hacerle ver que ese hijo que esperan es la vida entre tanta muerte, la esperanza. Lo mejor que les deparará esta guerra. Jordi sueña con ese hijo.

> Si es niño lo llamaremos Pau. Y si es niña, Paula. Sea lo que sea vendrá cargado de cosas buenas. No con un pan debajo del brazo, sino con un país nuevo y libre. Si no, ¿para qué nos habrá servido tanto sacrificio? ¿Y tanta muerte?

Seis meses después, en octubre, trasladan a Jordi al frente como fusilero de infantería. Permanece en el Ebro hasta que, a principios de diciembre, se dirigen a Ivars d'Urgell, donde no se incorpora de nuevo a la antigua Compañía de Depósitos, sino a la 4.ª Compañía del 378 batallón. Allí escribe la última carta a Cecília antes de que los sorprendan los ataques franquistas en la ofensiva final.

Después, nada.

«El Llobregat puede ser el Manzanares», decían algunos titulares de prensa al inicio de ese mes de enero de 1939 que está llegando a su final de una manera dramática. Pero Lola, que lleva mucha guerra y mucha información encima, ya sabía que la resistencia republicana en Barcelona no sería tan prolongada como la de Madrid, porque la República había empleado y sacrificado buena parte de sus fuerzas militares en los frentes del Ebro y de Segre-Noguera. Las cifras no son oficiales, claro, pues si lo fuesen minarían la moral de la población, pero ella ha oído hablar de diez mil hombres muertos en cada uno de esos dos frentes. Está segura de que Jordi es uno de ellos. Las cartas que llegaban desde el frente y que permitían a Cecília seguir viviendo se han detenido de golpe y ahora parece que su amiga haya perdido el poco aire que respiraba.

Jordi, piensa Lola con esa clarividencia suya que a veces resulta tan dolorosa, es uno de los muchos soldados muertos sobre una tierra polvorienta en el camino hacia la nada. Quién sabe si estará enterrado en una fosa común. Su silencio le habla, y sabe que nunca regresará a casa, por mucho que Cecília malgaste el resto de su vida esperándolo.

Desde principios de mes se sabía también que los rebeldes, que habían necesitado nueve meses para pasar el Segre, avanzaban ahora muy rápidamente por el Llobregat. Eso, por sí solo, resultaba ya

bastante inquietante. Precisamente por ese motivo, el Gobierno de la República había decretado la movilización de la práctica totalidad de la población masculina; los hombres de diecisiete a cincuenta años serían enviados al frente de guerra.

Es la desesperación.

La derrota.

Han perdido la guerra.

A partir de entonces, Lola piensa en irse. La mayor parte de la gente de su entorno —escritores, periodistas, intelectuales— empiezan a preparar la huida. La cosa se está moviendo y ella se ha puesto en marcha. Gracias a su colaboración con el Comisariado ha ampliado su red de contactos, y eso le ha permitido conocer a gente muy influyente, como Antoni Maria Sbert, consejero de Gobernación y de Asistencia Social, que fue consejero de Cultura hasta mayo de 1937 y fundador del Servicio de Bibliotecas del frente de Aragón. Sbert es el único consejero que todavía permanece en Barcelona, el único que puede ayudarla a llevar a cabo de la mejor manera posible el objetivo que se ha propuesto. No piensa permitir que el hijo de Jordi Palà y Cecília nazca en una Cataluña fascista.

Sin embargo, la entrevista con el consejero resulta imposible. Después de intentar encontrarse con él por todos los medios que se le ocurren y llamando a todas las puertas que puede, decide ir a ver a Mercè Rodoreda, pues sabe que también ella quiere marcharse. Cuando llega a su casa es ya muy tarde y, mientras hablan, el tiempo se les escurre entre los dedos. Mercè le pide que se quede en su casa esa noche con la intención de ir las dos juntas, a la mañana siguiente, a ver a la secretaria de Sbert, Maria Antònia Freixes, con quien mantiene una muy buena relación. Lola acepta a regañadientes, porque sabe que, si no vuelve a casa a dormir, Cecília se inquietará por ella. Pero no resulta prudente atravesar Barcelona a esa hora. Y, además, su objetivo no admite demora.

A la mañana siguiente, cuando Mercè y Lola salen del despacho de Maria Antònia, ya han tomado una decisión y han puesto en marcha su plan de huida. Se abrazan y se despiden con una emoción que casi les borra las palabras.

—Hasta el lunes, Mercè.

—Sí, hasta el lunes.

Cuando Lola sale de casa a primera hora de la mañana, Cecília se da media vuelta en la cama, se cubre hasta la cabeza y vuelve a cerrar los ojos.

Esta semana ya no ha ido a la radio. Se siente como una inválida con esa enorme barriga que no le permite hacer nada. Lola se ha convertido en sus piernas. En sus brazos y sus manos. Casi en su cerebro, que ella tiene adormecido, pues si piensa demasiado no puede aguantar el dolor.

—Parirás en mitad de la calle. Has de quedarte en casa y descansar. No quiero tener que sufrir también por ti, Cecília. Ya nos las arreglaremos. ¿Acaso no es lo que hemos hecho siempre? —le ha dicho Lola una y otra vez hasta que ella le ha hecho caso porque ya no podía más.

Así que se queda en casa, y como no se siente capaz de afrontar la soledad fría y húmeda de su apartamento, ni la enorme ausencia de Jordi, ni el vacío de las cartas que no llegan, se pasa los días durmiendo porque le duelen los ojos de tanto llorar y los dientes de tanto apretarlos en esa espera inútil.

—Volveré pronto y traeré algo de comer. Tú descansa —le ha parecido oír que decía Lola antes de cerrar de golpe la puerta del piso.

O quizá lo haya soñado. Se ha dormido, pero con un sueño lleno de intermitencias e iluminado por los postigos medio abiertos de la habitación, que cuando vuelve a abrir los ojos le muestran una luz gris. No sabe qué hora es. Quizá se esté haciendo de noche. Quizá se esté haciendo de día.

Y vuelve a dormirse.

Duerme.

Duerme.

La despierta un miedo repentino y extraño. ¿Tal vez una pesadilla?

Se incorpora.

—¿Lola?

Le responde el silencio, solo perturbado por el ruido de sus intestinos, que le recuerdan que hace demasiadas horas que no come nada. Se pasa una mano por la cara para quitarse de encima esa somnolencia enfermiza. Mira a través de la ventana y otra mañana plomiza la saluda. Se da cuenta de que Lola no ha dormido en casa, y

el temor de que le haya podido ocurrir algo es más doloroso que las punzadas del hambre. El desánimo la aplasta como una losa.

Suspira. Con el suspiro exhala un poco, solo un poco, del miedo que la paraliza. Se incorpora y un escalofrío la envuelve por completo. Se mira los tobillos. Los tiene deformados. Hinchados. Es culpa del embarazo. Sale de cuentas dentro de dos semanas.

Se pone de pie y la cabeza le da vueltas de pura debilidad. Vuelve a sentarse en la cama y cierra los ojos para desprenderse del mareo. Piensa en Jordi con tal intensidad que cree tenerlo sentado a su lado. Ve sus ojos de color azul claro, que parecían cansados cuando le lanzó la última mirada antes de partir hacia el frente. Su pelo, muy corto y rapado por detrás. Su cuerpo enjuto y esos pómulos tan marcados. Su ligera sonrisa. Siente sus manos en la nuca, acariciándola y consolándola.

—¿Has visto, Jordi? —le dice—. Lo teníamos todo y no nos dábamos cuenta. Siempre queríamos más.

Le parece que le sonríe mientras asiente con la cabeza. Solo desea que la abrace bien fuerte. Sabe lo que él le diría si realmente estuviese aquí, a su lado:

—La guerra nos ha traído lo que yo tanto deseaba y tú no querías. Un hijo. La vida es muy extraña, Cecília.

Ahora es ella la que asiente con la cabeza. El frío la obliga a levantarse, esta vez más lentamente. Se viste de cualquier manera. Se abriga como puede. Lola todavía no ha llegado. ¿Cuánto tiempo lleva fuera? No, no le ha pasado nada, se obliga a pensar. Ella es fuerte. Indestructible. Pero no hay comida en casa. Tiene que bajar a comprar algo; lo que encuentre. Desde hace algún tiempo la gente ya ni siquiera se molesta en madrugar para ir a hacer cola frente a las tiendas y conseguir lo más básico. Ya no hay colas. En Barcelona solo hay hambre.

Coge algo de dinero del bote de la cocina. Abre la puerta del piso y sale. Baja con cuidado la escalera, estrecha y de escalones resbaladizos, agarrándose a la barandilla. Tiene miedo de caerse. Tiene la barriga enorme y no le deja ver nada. Sus pasos, cansados y lentos, resuenan en la escalera. Cuando llega a la puerta del segundo, percibe que alguien la espía por la mirilla. Intenta darse prisa, pero está a punto de resbalar. La puerta se abre y la vecina, la señora Patro, de riguroso negro salvo por su mirada, que brilla roja de ira, se le

planta delante.

—¿Dónde va a escondidas? ¡Más le vale que se vaya pronto de aquí, roja de mierda!

Cecília la mira y no le responde. Eso enciende aún más a la mujer.

—¡Cobardes! ¡Asesinos!

Escupe en el suelo. Cecília siente que una náusea le sube por la garganta. Se lleva una mano a la boca para reprimir la arcada.

—Cuando los nuestros entren, que están a punto de hacerlo, vendrán a buscarla y se llevarán a ese hijo de rojo que...

Cecília le da la espalda y echa a correr hacia la calle. Prefiere caerse rodando por las escaleras que escuchar esas barbaridades. La señora Patro siempre se había mostrado amable con ella. A menudo le decía que la escuchaba por la radio, que su voz le hacía compañía mientras cosía. Le da pena que hayan matado a sus dos hijos. Que los haya perdido. Pero en esta guerra todo el mundo ha perdido a alguien.

Todo el mundo.

Sale a la calle. Se escuchan las primeras voces de la mañana, que comienza a despertar de la pesadilla diaria. Una ráfaga de aire helado le golpea el rostro. La cabeza le da vueltas. Se lleva las manos al vientre. Cierra los ojos y se siente desfallecer.

Antes de caer al suelo, una mano fuerte la sostiene.

—¡Cecília!

Cecília abre los ojos. Ve a Lola en medio de una neblina opaca.

—¿Dónde vas, mujer? —le pregunta Lola, que le tiende una mano, la levanta y la estrecha contra su pecho. La abraza y cierra los ojos.

—No tenemos comida en casa.

—Te dije que yo me encargaba de todo.

Cecília se echa a llorar.

—Esa mujer...

—¿Qué mujer?

—La señora Patro, la vecina...

Y se queda callada. El mal rato que aquella mujer le ha hecho pasar todavía le provoca escalofríos.

Lola suspira. Acaricia su pelo enredado. No puede evitar pensar

en lo que vendrá. En lo que está viniendo. Sabe perfectamente que, cuando la guerra acabe, las denuncias de vecinos como la señora Patro serán el pan de cada día. Ella también se estremece. Pero toma aire e intenta hablar sin que le tiemble la voz. Cecília necesita que sea fuerte.

—He tardado tanto porque las cosas cada vez van a peor. Lo tenemos perdido.

Cecília se apoya en el cuerpo de su amiga. La mira con los ojos empañados. Lo que Lola le acaba de decir la deja atrapada en una telaraña de incredulidad.

—No. No podemos perder.

—Vámonos de aquí, Cecília. Tenemos que irnos.

—¿Irnos? ¿De dónde?

—De Barcelona. Estamos en peligro. Tanto tú como yo. Los franquistas están avanzando muy rápidamente.

Estrecha otra vez a su amiga contra su cuerpo. Siente muy dentro del vientre la aceleración de su propia angustia.

—Es cuestión de días que entren en Barcelona. Es el fin de la Segunda República.

El cuerpo de Cecília se estremece.

—No puedo irme. No me iré.

Las dos jóvenes se observan con la misma mirada de incomprensión reflejada en los ojos. Las palabras se clavan como puñales.

—Jordi volverá. Volverá a casa. Tengo que esperarlo. Me quedaré aquí esperándolo.

Lola niega con la cabeza. Aspira el gélido aire del más gélido enero que ha vivido nunca. Una rabia sorda asciende por su garganta al recordar el silbido de los obuses, que escupen tierra como si fueran surtidores y lanzan por los aires los cuerpos despedazados de los soldados. Soldados que han recorrido caminos y carreteras. Que han atravesado ríos hasta acabar confundidos con la tierra, engullidos por días y más días de explosiones y disparos.

Jordi es uno de esos soldados. Y ella sabe que para él ya todo es silencio.

Mira a Cecília y le dice:

—No, cariño mío. No regresará. Y tú tienes que proteger a este hijo que esperas como él querría que lo hicieses.

Si en algún momento de su vida Cecília ha necesitado un abrazo, si en algún momento ha necesitado consuelo, es precisamente ahora. Lola continúa acariciándole el pelo, soportando la tristeza de ella y la suya propia, vacía ya de palabras. Segura de lo que debe hacer.

—Vámonos. Lo tengo todo preparado. El lunes nos marchamos.

Cecília gimotea. Tendrá que coser muchas esperanzas muertas para seguir adelante. Piensa en lo que Lola le acaba de decir: *Tienes que proteger a este hijo que esperas como él querría que lo hicieses.*

Levanta los ojos hacia su amiga, que todavía la sostiene —sabe que siempre la sostendrá—, y le suplica, con una voz lejana llena de pesares y ausencias:

—Unos días más, Lola. Solo unos días más.

Unos días, solo unos días, pueden marcar la diferencia entre lo posible y lo imposible.

El 26 de enero, efectivos de la Legión española, de la 105.ª División marroquí y de la 4.ª División de Navarra y de la unidad motorizada Littorio del Ejército italiano comienzan la ocupación de Barcelona.

La guerra todavía no se ha acabado.

Lo que se ha acabado es la esperanza.

A las siete de la mañana, cuando las tropas nacionales ponen el pie en la capital catalana, por las calles solo transita el miedo de los perdedores.

Lola es consciente de que un largo invierno ha caído sobre su vida.

Un largo invierno de silencio, venganza y muerte.

Lola ya no atiende a las súplicas de Cecília, que se aferra a su voluminosa barriga llorando. No piensa perder ninguna otra oportunidad de irse.

—Ahora no, Lola. Ahora no. ¿No ves cómo estoy? No podría.

—Podremos.

Saca aire por la nariz como un toro a punto de embestir.

—¡Huiremos!

Vuelve a visitar a Maria Antònia, la secretaria de Sbert, que le dice que el grupo con el que ellas tenían que marcharse, y que salió del Palau Robert el lunes 23, ha llegado a Gerona el 27. Allí han

hecho una primera parada y se han encontrado con otros grupos que han ido saliendo de Barcelona en todo tipo de transportes.

La cabeza de Lola trabaja deprisa. Quiere reencontrarse con el grupo de Mercè Rodoreda, que probablemente viajará hasta Portbou para cruzar la frontera. Pero antes ha de dar con un lugar tranquilo donde la naturaleza pueda seguir su curso y Cecília traiga al mundo la vida que lleva dentro. Con frecuencia ha pensado en aquel coche suyo pintado con las siglas de la FAI que se quedó en tierras aragonesas. Ahora le daría un buen servicio. En cualquier caso, sabe quién tiene un coche. Y bastante más grande y cómodo para viajar con una embarazada a punto de parir.

Lola hace la maleta. Mete en ella lo imprescindible, sin olvidar todos los recuerdos que alimentan su alma, lo único de lo que no puede prescindir. Ayuda a Cecília a hacer su equipaje y después la arrastra por media Barcelona hasta casa de sus padres. La que había sido su casa. El enorme piso de rambla de Cataluña donde nació y creció, y cuyas paredes fueron testimonio de su gran amor y del más terrible de los desengaños.

La sirvienta les ha abierto la puerta y Lola casi ha pasado por encima de ella.

—No es necesario que me anuncie. Ya me anuncio yo sola —dice gritando.

Se dirige hacia el comedor con Cecília detrás. Al entrar, no puede evitar que el corazón le lata con fuerza dentro del pecho. Hacía casi siete años que no pisaba el escenario de su infancia. Aparentemente todo está igual, pero, al mismo tiempo, no se puede negar que también allí puede percibirse la mano de la guerra.

Los comensales se han levantado al oír los gritos y ahora la observan cada uno a su manera. A su padre se le han humedecido los ojos. En su mirada hay un rastro de derrota, de cansancio, y un poso de toda la ternura que no ha podido darle a su hija durante todos esos años. La mirada de su madre es fría y está llena de espinas. La de Caterina, asustadiza. La de Ignasi la atraviesa como la de un ave de presa a punto de lanzarse sobre ella.

—¿Qué hace esta aquí? —pregunta con expresión de depredador, vestido con el uniforme falangista y exhibiendo su sonrisa de chacal, más crecido que nunca ahora que ha regresado a Barcelona como vencedor.

—¿Cómo te atreves? —dice Antonieta levantándose y clavando sus ojos llenos de desprecio en esa hija a la que hace tanto que expulsó de su vida.

Lola desvía la mirada hacia su padre.

—Papá, he venido a pedirle el coche.

El hombre tiene que volver a sentarse. El corazón se le está deshaciendo.

—Si no lo hace por mí, porque no se atreve, porque tiene miedo, hágalo por Cecília. Mire cómo está.

Ignasi tira la servilleta al suelo y avanza dos pasos hacia Lola. Nausica empieza a llorar y Caterina la coge en brazos y la pone sobre su regazo.

—¿De verdad crees que podrás huir? No saldrás ni de Barcelona, y menos aún con una mujer embarazada.

Ignasi mira a su suegro.

—Usted no haga ninguna tontería que le pueda pasar factura.

Es una amenaza en toda regla. Lola, que se ha visto con Caterina un par de veces, siempre a escondidas, sabe que los laboratorios Casanoves han sido esenciales para la provisión de sulfamidas para el tratamiento de las infecciones de los heridos en el frente. Sabe lo mucho que su padre ha luchado para no detener la producción, que asume como un deber al servicio de la República, pese a que ha tenido que enfrentarse a muchas dificultades para obtener las materias primas. La presencia de Ignasi en su casa, sus amenazas, hacen pensar a Lola que las cosas también están cambiando para su padre. El corazón se le encoge de dolor. Está a punto de avanzar, de abrazarlo, pero eso solo lo haría todo mucho más difícil. Hace un esfuerzo por recordar lo que la ha llevado hasta allí:

—Papá, necesito las llaves del coche.

A Ignasi Callús no le tiembla ni un solo músculo de la cara. No se mueve de su lugar. Mira a su suegro. Parece un lobo.

Josep Casanoves aparta la mirada con la que ha estado acariciando el añorado rostro de su hija mayor. Ella no deja de mirar a su padre. Se da cuenta de que la frente se le ha llenado de arrugas. De que ha envejecido.

El hombre hace un esfuerzo para moverse. Desaparece durante unos instantes. Cuando vuelve lleva unas llaves en la mano.

—Hija, cuídate —le dice entregándoselas.

Mira a Cecília con preocupación.

—Cuídala. Sé que lo harás.

El día 31 de enero, en la casa de la abuela Clemència, en L'Escala, Cecília da a luz a un niño bajo una lluvia de bombas. Al salir del vientre de su madre, el bebé rompe a llorar en un llanto lleno de vida que por un momento hace olvidar la muerte que cae del cielo.

Barcelona

Mayo de 1964

—Aquella fue la última vez que vi a Dolors. Cuando pienso en ella la recuerdo tal como la vi aquel día: con la cara desencajada y con esa mirada de derrota y, al mismo tiempo, de firme determinación. Todavía puedo revivir aquel momento paso a paso.

Se hizo un breve silencio.

—Mi hermana no era de las que se dan por vencidas. No consiguieron matar lo único que le quedaba: el orgullo.

Caterina Casanoves, ligeramente reclinada sobre el reposabrazos del sillón, con el mentón apoyado en el dorso de la mano derecha y la mirada perdida en la ventana, había llegado al punto final de su relato. Idalia lo sabía. Pau se daba cuenta. La mujer estaba exhausta. El peso de los recuerdos la había aplastado contra el tiempo. Daba la impresión de que hubiese envejecido desde que había recibido a los jóvenes. Esa tarde, los silencios enquistados se habían transformado en palabras; Caterina tenía que asimilarlas. Y para hacerlo necesitaba regresar a sus silencios.

—Ignasi no movió un dedo para impedir que Dolors huyese. Hubiera podido hacerlo, desde luego. Pero es demasiado calculador. Sabía que lo que más le convenía era tenerla lejos, que nadie pudiese relacionar su nombre con el de aquella oveja descarriada y, al mismo tiempo, tener un buen motivo para poder atar corto a mi padre.

—¿Atar corto? ¿Qué quiere decir? —preguntó la joven.

—La relación de Ignasi con mi padre siempre había sido tensa, propia de dos hombres con ideales completamente opuestos. A partir de aquel episodio, las amenazas se hicieron realidad y todo empeoró. Papá tenía miedo de que, si no hacía lo que Ignasi quería, la que acabase pagando los platos rotos fuese Dolors. Estuviese donde estuviese.

Caterina necesitaba respirar. Los dos jóvenes también.

—No paró hasta arrebatarle los laboratorios de las manos. Mi padre se quedó encerrado en la farmacia, atendiendo a la gente con generosidad, en silencio, como siempre. Un año después de perder la guerra, lo encontraron muerto detrás del mostrador. Su corazón no resistió tanta tristeza.

—¿Y su madre? —preguntó Idalia, emocionada, con un hilo de voz.

—Su vida se fue apagando poco a poco después de la muerte de papá. Ignasi la había arrinconado dentro de su propia casa, se había quedado con todo lo que le pertenecía.

Sonrió con tristeza.

—Los vencedores lo cambiaron todo. Ignasi lo cambió todo. Incluso el nombre de mi hija.

—¿Qué quiere decir? —Esta vez fue Pau el que preguntó sorprendido.

—Dijo que no podía aceptar que su hija llevase ese nombre pagano. Se lo cambió oficialmente. En los papeles, y para todo el mundo excepto para mí, mi hija es Carme Callús Casanoves.

Se levantó abriéndose paso entre el estupor de los dos jóvenes.

—Por lo que respecta a mi hermana, que es la que a vosotros os interesa, no supe nada de ella hasta hará unos diez años. Un día, por casualidad, descubrí una carta entre mi correspondencia. Había escapado al control de Ignasi. Se había librado por azar de la destrucción sistemática que mi marido había llevado a cabo con todas las cartas que Dolors me había escrito desde su exilio. Lo supe al leerla. Me decía que intuía la razón por la que yo no le había contestado a ninguna de sus cartas, pero que ella siempre lo seguiría intentando. Mi reacción fue violenta. Y equivocada. Me enfrenté a mi marido con gritos y llantos. Con rabia. Si no hubiese hecho eso, habría podido escribir a mi hermana a escondidas. Pero lo puse en alerta. Me amenazó con todo tipo de cosas. Me dijo que nunca más volvería a ver a Nausica. Que haría que me encerraran. Según él, mi salud mental es frágil. A veces pienso que tiene razón. ¿Quién, en su sano juicio, sería capaz de dejar que le destrozaran la vida de esta manera?

Los ojos le brillaron repletos de lágrimas. Se interrumpió y le dio una profunda calada al cigarrillo. Era el tercero que encendía.

—A estas alturas ya os habréis dado cuenta de que la valiente de

la familia no soy yo. La valiente es Dolors. Por eso, por mis miedos y mi cobardía, nunca le escribí. No quería poner en peligro lo poco bueno que la vida me ha dado, lo único que me queda: mi hija. Sabía perfectamente que Ignasi era capaz de cumplir sus amenazas.

Suspiró profundamente y exhaló una última bocanada de humo.

—Relegué a mi hermana al mundo de mis sueños. Donde no puede entrar nadie. Todavía hoy hay muchas noches, al irme a dormir, en que le escribo una carta imaginaria. Le pregunto cómo está y le cuento cómo estoy yo; lo que hace Nausica. Cómo es la vida de su sobrina ahora que ya es una mujer adulta. Cuando termino, envío la carta a aquella dirección lejana. Lo único que Ignasi no consiguió que yo olvidara. La tengo guardada bajo siete llaves dentro de mi corazón: Plaza del Yucatán, 6, ático. Ciudad de México.

—¡Ciudad de México!

—No sé si todavía vive allí. De eso han pasado diez años. No he vuelto a saber nada más.

Una sombra oscurecía la mirada de Caterina Casanoves. Les había contado a aquellos dos jóvenes con ganas de recuperar el pasado mucho más de lo que ellos le habían pedido. Una vez entretejidos esos hilos transparentes hechos de recuerdos y llenos de sentimientos, había llegado la hora de despedirse.

Cuando Idalia y Pau ya estaban a punto de abandonar la estancia, la voz de Caterina los detuvo:

—Si la veis, si veis a Dolors, decidle que nunca he dejado de pensar en ella.

Añadió suavemente:

—Que la quiero.

Las primeras horas de la noche se escurrían por las calles cuando Pau e Idalia, agotados, llegaron al hotel. No cenaron. Apenas hablaron. Había muchas cosas que asimilar. Pero a los veinticinco años las cosas se asimilan rápido. A la mañana siguiente desayunaron juntos y se dispusieron a dar una vuelta por la ciudad, a beberse el aire luminoso y salado de Barcelona.

Uno al lado del otro, con Idalia provista de su cámara de fotos, recorrieron lugares que empezaban a resultarles familiares porque formaban parte de su historia, de una historia que se iba desvelando

poco a poco ante sus ojos. La plaza de Cataluña, el paseo de Gracia, la plaza de la Catedral, la Rambla...

La joven fotógrafa no paraba de disparar su cámara y volvía loco a Pau.

—En las escaleras, Pau... Sube un escalón más.

Y él obedecía, subía el escalón, se apartaba el flequillo de los ojos y sonreía, mientras Idalia disparaba la cámara cuando él menos se lo esperaba para robarle su verdadero yo.

—¡Haces trampa!

—¡Ahora camina hacia el tenderete de flores y, cuando yo diga tres, te das la vuelta!

Y él volvía a caer, porque ella lo retrataba de espaldas con un contraluz que le parecía maravilloso cuando todavía no había llegado al dos.

Comieron en las Ramblas y hablaron de sí mismos y de su vida. Pero de nada trascendente. El Café de la Rambla ya no existía y se tuvieron que conformar con tomar el café en el de la Ópera. Había llegado el momento de hablar de lo que realmente habían significado para ambos las revelaciones de Caterina.

—Vaya historia, ¿no? —dijo Idalia con la mirada perdida en el líquido negro y humeante de la taza—. Cuánto sufrimiento, cuánta tristeza. ¿Sabes?, tuve la sensación de que necesitaba contar todo eso a alguien porque lo llevaba enquistado demasiado dentro.

Calibró bien las palabras que iba a decir a continuación.

—Era como si necesitase depurar el pasado, ¿no te parece? Pero me ha dejado bastante acongojada.

—Yo he pasado la noche en blanco. Tengo veinticinco años y me acabo de enterar de cómo y dónde nací.

—¿Tu madre nunca te lo explicó?

—Ya te dije que no le gustaba hablar del pasado.

Le dio un sorbo al café y sonrió con tristeza.

—Podríamos decir que me resumió los hechos. Me dijo que había salido de Barcelona tras la muerte de mi padre y la entrada de los nacionales y que se había exiliado en Francia, donde nací. Supuse que se refería a París. Pero ya lo oíste: vine al mundo antes de que ella atravesara la frontera.

Pau se quedó quieto. En silencio. Su mirada azul centelleó.

—¡Junto al mar!

También Idalia estaba intentando digerir poco a poco aquella historia del pasado. Se quedó mirando a Pau y le preguntó:

—¿Y nunca te habló de Lola, de la huida en coche, de todo lo que hizo por ella?

Él negó con la cabeza.

—¿Pero por qué?

—No lo sé, Idalia.

Los dos miraron al unísono hacia fuera, hacia las Ramblas. Era un estallido de colores primaverales.

—Pero ahora que ya sabemos dónde está Lola...

—O dónde es posible que esté...

—De acuerdo, ahora que ya sabemos dónde es posible que esté Lola...

—... supongo que pondrás a tu hombre a investigar.

Idalia sonrió.

—Y tú podrás descubrir también el motivo del silencio de Cecília Ibars.

Pau había terminado su café e hizo una seña al camarero para que le trajese otro. Se apresuró a contestar.

—No, Idalia, para mí la búsqueda se acaba aquí.

La joven no pudo disimular una mueca de disgusto.

—¿Me estás diciendo que no quieres saber más?

—No me hace falta. Acompañarte en esta aventura ha sido apasionante. Pero tengo suficiente con lo que he descubierto. No necesito saberlo todo como tú.

—Lo entiendo —mintió ella.

—Y no me puedo permitir viajar a Ciudad de México. Por muchos motivos.

Le sirvieron el segundo café. Antes de llevárselo a los labios añadió:

—Ha quedado claro que nuestras vidas estaban predestinadas a cruzarse. Tu madre, mi madre, Lola, mi padre..., todos ellos nos precedieron y dejaron para nosotros una puerta abierta que hemos atravesado.

—La puerta de los secretos.

—Sí —dijo Pau—. La puerta de los secretos. Y cuando los hayas descubierto todos volverás a tu mundo: a tu prometido, con quien te peleas por teléfono, pero con quien quieres formar una familia; a tu

trabajo. A Nueva York.

Idalia lo escuchaba en silencio. No lo miraba.

—Cerremos ahora la puerta, Idalia. Es lo mejor.

Ella asintió lenta y tristemente con la cabeza.

—Esta noche tomaré el avión a París.

—¿Te puedo acompañar al aeropuerto?

—No me gustan demasiado las despedidas.

—A mí sí. No hay nada como una buena despedida para dejar una puerta bien cerrada, ¿no te parece?

Aeropuerto del Prat

Mayo de 1964

Pau deja la sala de espera y se dirige hacia la puerta de embarque. Acaba de despedirse de Idalia. Un beso en cada mejilla y un *que tengas buena suerte* apresurado. Le ha parecido que sus ojos negros brillaban más que nunca. ¡Qué tontería!

Todavía nota la mirada de ella en su espalda. Tal vez se arrepienta de haberse rendido sin presentar batalla. No es propio de él abandonar tan fácilmente. Pero las cosas han ido como han ido y cree que ha hecho lo mejor que podía hacer.

Punto final.

Alguien le toca la espalda. Se vuelve de golpe y se topa con los ojos negros de Idalia.

Sí que brillan.

—Perdona..., es que casi me olvidaba. Yo...

—¡Dime!

—¿Por qué tu bar se llama La Gamelle?

Pau tuerce un poco la cabeza.

Idalia se muerde el labio inferior.

Él sabe que no le resultará fácil olvidar ese gesto; le costará borrarlo de su memoria.

—¿No conoces el significado de *gamelle*?

—No.

Anuncian el embarque. Alrededor de la pareja todo adquiere un ritmo frenético.

Él la besa en los labios. Suavemente. Un beso de amigos. De buenos amigos.

O tal vez no.

—Te lo explico cuando volvamos a vernos.

Se va.

Idalia ya no lo puede ver, pero en los labios de Pau se dibuja una sonrisa.

Cuarta parte
Ciudad de México

La vida la había cambiado para siempre. Ahora era una mujer vulnerable y desconfiada. Abocada a dar tumbos inciertos.

SYLVIA NOLAN,
El asesino de almas

Mercè

Los primeros resplandores del alba se divisaban ya en el cielo oscuro. Las farolas de las calles todavía proyectaban una luz espectral. A las seis de la mañana, llegué caminando al Palau Robert. Solo llevaba una maleta en la mano.

Los demás ya habían llegado. Nos saludamos sin palabras. Es ley de vida, parecían decir todas aquellas miradas, a todo el mundo le pasan cosas terribles y hay que seguir adelante.

Tuvimos que esperar un rato antes de partir. Me invadió una especie de angustia que me ahogaba por dentro. Y por fuera reía. Reía mucho. Reía por cualquier cosa. Tanto que mis compañeros de huida debieron de pensar que me había vuelto loca. Que me faltaba un tornillo. ¿Acaso ríen los peces cuando los sacan del mar?

Subimos al bibliobús que había hecho llegar novelas a los soldados del frente. Ahora, aquella vieja carraca agujereada por los impactos de las balas trasladaba al exilio a algunos de los que las escribíamos. A menudo la vida parece una broma.

Nos acomodamos como pudimos. El bibliobús no tenía asientos. Me senté encima de la maleta. Una única maleta con las cosas imprescindibles. También había metido un par de libros.

Tenía escalofríos. De pena. Y de frío, pues hacía un frío inclemente que había penetrado en mi corazón, o en esa especie de espacio vacío donde antes tenía el corazón. Pensé en mi madre, y eso me entristeció todavía más. Me preocupaba que pasase privaciones, sobre todo ahora que debía hacerse cargo del niño.

Noté el traqueteo del autobús al ponerse en marcha. Lola Casanoves y su amiga no habían llegado. Pregunté si alguien sabía algo de las periodistas. Y no. Nadie sabía nada. Me dolió que Lola no viniese. Era una chica dura como el acero y hubiera sido una buena compañía.

Cruzamos Barcelona y a mí me costaba respirar. No podía ni parpadear mientras contemplaba aquel hervidero de gente huyendo de

la ciudad. Las calles estaban abarrotadas. Había hombres, mujeres y niños durmiendo en el suelo. Restos, fragmentos de seres humanos decididos a sobrevivir y a pagar por ello el precio que hiciese falta. Solo les quedaba el sueño de un amanecer limpio que borrase la pesadilla de la larga noche en la que nos acabábamos de adentrar.

Pero de los sueños te despiertas.

Y el horror no había hecho más que comenzar.

Lo que nos encontramos por las carreteras una vez que dejamos Barcelona nunca se me borrará de la memoria. Nunca. Si llego a vivir cien años, durante cien años recordaré el desfile de gente que caminaba hacia la frontera cargando a hombros todo lo que les quedaba: maletas, cestas, fardos, cajas..., vidas enteras atadas con cuerdas. Conteniendo la respiración, veía pasar coches y carros repletos de muebles, jaulas, instrumentos de cocina y de trabajo. Me llamó la atención ver en lo alto de un carro una máquina de coser. Como si fuese un gran tesoro, seguía a la familia hasta su incierto destino final. Si es que lo había. Me quedé mirando la máquina de coser hasta que adelantamos al carro y su imagen se fue haciendo cada vez más pequeña y acabó desapareciendo. Muchos llevaban el carro lleno de colchones en los que sentaban a los ancianos y a los niños. Todo el mundo tenía la cara triste. Sin luz. Con los ojos fijos en la muerte, como si esta caminase ya a su lado.

El viaje hasta Gerona fue largo. El bibliobús tenía que detenerse a menudo y avanzábamos a paso de persona. El tiempo se estiraba y yo no podía hacer otra cosa que pensar. Recordar. Y los pensamientos y los recuerdos se volvían duros como piedras y me dolían por dentro.

Había leído en algún sitio que para escribir hay que estar solo. Lo más vacío posible. Me preguntaba cómo haría yo para escribir, tan llena como estaba de guerra. Y de derrota. Y de la huida y de la incertidumbre que aún me quedaba por ver y vivir. Quizá los fantasmas del fracaso se quedarían dentro de mí para siempre y se convertirían en pesadillas, y me llenarían de tal modo que me impedirían escribir ni una sola línea más.

No volvería a escribir.

No, eso no pasaría. No podía pasar. Lucharía para que no pasase, porque cuando no escribo pienso en cosas tristes y me desespero. Lo veo todo negro. Poco importa que lo que escriba sea también triste. La historia de Aloma no puede ser más triste y, sin embargo, escribirla

fue para mí una auténtica distracción, a pesar de que la vida y las tristezas de Aloma eran también mi vida y mis tristezas.

Me prometí a mí misma que, pasase lo que pasase, al bajar de aquel bibliobús que me iba alejando de todo lo que tenía seguiría escribiendo. ¿Qué otra cosa podía hacer, si no? Tenía la certeza de que aquello no podía durar demasiado. Unos meses. Un año, a lo sumo. ¿Un año? Solo de imaginármelo, la angustia, como una aguja, volvió a clavarse en mi pecho. Un año fuera de casa y todo lo que yo había hecho —mi trabajo, mi lucha— se diluiría en un pasado casi remoto. ¿Quién se acordaría de mí al cabo de un año en aquel país derrotado? Mis artículos y mi novela se hundirían en el olvido más profundo. Y para mí habían sido la vida. Cómo había disfrutado retratando el cambiante mundo en el que vivía, el que teníamos, la felicidad de las pequeñas cosas, sin poder imaginar que todo, absolutamente todo, nos sería arrebatado.

Aunque sintiera que caía por el agujero negro de los misterios del tiempo, no era solo eso lo que me hacía sufrir. Estaba dejando atrás, a la desesperada, Barcelona, Cataluña, mis espacios naturales. Los escenarios de mi propio yo. Esa era la rendición definitiva: tener que renunciar a quienes habíamos sido, a quienes todavía éramos. Al compromiso. A la lucha. A la resistencia. Nos íbamos. Huíamos. Y lo hacíamos vacíos. Completamente vacíos.

Sí, era cierto lo que había leído no sabía dónde. Para escribir se ha de estar solo. Lo más vacío posible.

Yo lo estaba.

Me dormí y, al despertar, el cielo pasaba de azul a violeta anunciando una nueva oscuridad. ¡Con lo oscuro que ya era todo! Alguien dijo que estábamos llegando a Gerona. Lola Casanoves acudió de nuevo a mi cabeza.

¿Volveríamos a vernos?

Ciudad de México

Junio de 1964

Idalia empujó la puerta de la cantina La Ópera, en la calle Cinco de Mayo. Se le acercó un camarero y ella le dijo que tenía una mesa reservada para dos personas esa misma mañana. El hombre la acompañó. Ella tomó asiento. El corazón le latía con tanta fuerza que no lo podía apaciguar. Ahora tan solo tenía que esperar. Pensó en lo bonito que era estar en medio de un sueño y darte cuenta de que no duermes, ¡de que estás despierta!

Después de que Pau se marchara a París, Idalia dedicó aquellos últimos días de mayo a poner un poco de orden en su vida, que parecía querer escapársele de las manos. Por mucho que su memoria viajase hacia atrás en el tiempo, no recordaba ningún momento del pasado en el que se hubiese dejado llevar de esa manera por la exaltación de sus sentimientos; en el que la pasión por conseguir un objetivo hubiese guiado cada uno de sus pasos. A menudo pensaba que la muerte de Sylvia y el misterioso legado que ella le había dejado marcarían para siempre un antes y un después en su existencia. Las palabras que Pau le había dicho en Barcelona la habían hecho reflexionar. Tenía razón: estaba viviendo dentro de un paréntesis, pero su futuro estaba en Nueva York. Allí la esperaban pacientemente su estudio en el Soho y un trabajo que adoraba y en el que iba progresando poco a poco por méritos propios.

Y Edmond.

Desde que se había marchado de casa, ella y su prometido habían hablado regularmente por teléfono. Los primeros días, en París, las conversaciones habían estado teñidas de reproches. Pero después se habían ido imponiendo la añoranza y los sentimientos gestados durante aquellos siete largos años de relación que, hasta ahora, no había tenido altibajos.

Pau tenía razón. Su futuro parecía dibujado con un trazo firme, y nada hacía pensar que eso fuese a cambiar. Su prometido la esperaba, y ella regresaría a Nueva York para iniciar un nuevo capítulo de sus vidas. Pero, mientras tanto, se dejaba seducir por Barcelona. Y no solo porque sus calles conservaban aún el aroma de Sylvia y el eco de sus pasos, sino porque cada nuevo rincón que descubría de la ciudad la enamoraba.

Las semanas de finales de mayo que Idalia pasó en Barcelona fueron extrañamente lluviosas. Llovía suavemente sobre la ciudad, a rachas, pero eso no desanimaba a Idalia, que se pasaba todo el día en la calle fotografiando aquellos tranvías blancos y rojos que en el pasado habían recorrido la ciudad pintados de rojo y negro con las letras de la FAI. Le encantaban los plátanos de Barcelona, con sus ramas solitarias, abandonadas por los gorriones, cuando llovía, y cómo las nubes cenicientas cubrían aquel sol blanco y filamentoso tras la lluvia, sometiendo a la ciudad a una luz nueva, más decadente. Estaba enamorada de los pequeños bares en los que se refugiaba cuando la lluvia se volvía terca; bares que olían a café con coñac y que tenían el suelo cubierto de serrín. Se dejó seducir por el Paralelo, el de día y el de noche. Gastó un carrete entero fotografiando las aspas de El Molino, y otro para congelar el recuerdo del sol del anochecer chispeante, anegado por la lluvia, detrás de la montaña de Montjuïc.

Barcelona le parecía una ciudad misteriosa que coleccionaba sombras en los rincones olvidados de sus callejuelas. Ignoraba, evidentemente, que esos rincones estaban impregnados de sangre y dolor. Y, por mucho que se esforzase, le costaba imaginarse a la Sylvia que ella conocía, a su madre, deambulando por aquellos escenarios. Entonces sacaba la fotografía de su bolso y la miraba: ahí estaban Sylvia, Lola, Cecília, jóvenes y llenas de vida cuando las dos primeras paseaban su amor por las Ramblas e iban dejando su alma enamorada por aquellas calles que ahora le susurraban sus secretos al oído.

Caterina Casanoves le había servido en bandeja el que podía ser el destino final de aquella Lola que había compartido algunos de los años más bonitos de su madre. Como siempre que encontraba una nueva pista, un nuevo hilo del que tirar, multitud de mariposas empezaban a revolotear por su estómago. ¿Qué habría sido de Lola Casanoves? ¿Por qué había ido a parar a México? ¿Aún viviría allí? Era consciente de que lo que Caterina les había proporcionado era la

dirección que tenía hacía diez años. ¡Podían haber pasado tantas cosas!

Su hombre de confianza, Davis, fue una vez más el encargado de despejar la niebla que enturbiaba su búsqueda. La joven lo llamaba cada día a Nueva York para saber cómo iban las investigaciones. Finalmente, cuando la impaciencia de Idalia estaba llegando ya al paroxismo, el abogado pudo darle buenas noticias:

—Lola Casanoves ya no vive en la dirección que constaba en la carta que envió a su hermana hace diez años.

El corazón de Idalia dio un doble salto mortal.

—Pero la has localizado, ¿verdad? Te lo noto en la voz... —dijo, más para darse ánimos que porque se lo creyese realmente.

Se escuchó una risa satisfecha al otro lado de la línea.

—Sí, la he encontrado. He tirado del hilo de su vida laboral durante todos estos años.

—Es poeta, ¿no? ¡Escritora!

—No me consta que haya publicado nada.

Davis tosió antes de continuar:

—La he localizado a través de una editorial con la que colabora desde hace años traduciendo del francés al castellano. Yo diría que así es como se gana la vida. Claro que es posible que haga otras muchas cosas. Los exiliados han tenido que hacer de todo para sobrevivir.

Idalia recordó lo que Pau le había contado sobre Cecília, sobre el restaurante y sobre los años de privaciones. No sabía cómo ni por qué Lola había acabado en México, pero seguro que para ella la vida tampoco había sido fácil. Suspiró esperanzada. Si todo iba bien, pronto la propia Lola podría contarle esa parte de la historia que ella todavía desconocía. Y, sobre todo, la acercaría un poco más a la vida secreta de Sylvia Mendieta.

—¿Tomas nota?

Davis seguía hablando y la joven tuvo que apartar sus ensoñaciones para concentrarse en lo que le decía.

—¿De qué?

—De la dirección actual de Lola Casanoves.

—Claro.

—Luis Moya, 90.

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Entonces fue el hombre el que suspiró a través del teléfono.

La puerta de la cantina se abrió y la figura de una mujer se recortó contra la luz. Idalia no pudo evitar que el corazón se le disparara y sus ojos se nublaran. No hacían falta presentaciones para saber de quién se trataba: era Lola. Por su parte, la mujer barrió rápidamente el local con la mirada y tampoco dudó. Pese a que a esas horas el restaurante estaba bastante lleno, se dirigió con paso firme hacia la mesa que ocupaba la joven. Al llegar frente a ella se quedó unos instantes de pie, observándola con los ojos llenos de recuerdos, próximos y lejanos, sin decir nada, con la emoción iluminando su rostro sin edad como si el alma se le desbordara.

Finalmente pronunció su nombre. Con firmeza. Sin titubear:

—¡Idalia!

La joven se quiso levantar, pero la mujer se lo impidió con un gesto de la mano. Fue ella la que se sentó.

Cara a cara.

Pasado y presente.

Sonrieron.

Idalia no podía dejar de observar a Lola. Le parecía más delgada, más bajita que la joven de la fotografía. Como si el tiempo la hubiese encogido. El rostro risueño del pasado había dado paso a una expresión de fragilidad. Lola le pareció un tallo a punto de romperse.

Iba vestida con sencillez, y su pelo, todavía tirando a rubio, empezaba a blanquear en las sienes. Tenía el rostro liso, solo algunas arrugas junto a los ojos delataban que bordeaba los sesenta. Todavía era guapa, pero lo era de una manera discreta, tal vez porque su belleza brotaba de esa especie de melancolía que irradiaban sus ojos, más grises que azules. Líquidos. Acuosos.

Idalia se frotó los suyos con fuerza con las palmas de las manos para obligarse a reaccionar.

—Perdone. Me la he quedado mirando como... como... Debo de parecerle una tonta.

—¡Pues claro que no! —respondió Lola emocionada. El acento cubano de Idalia acababa de traerle a los oídos el recuerdo de Sylvia, abriendo un hueco en mitad de su pecho.

El camarero llegó dispuesto a tomar nota.

—¿Te va bien si pido yo? —preguntó la mujer haciendo un

esfuerzo por recuperar la voz—. Te he citado aquí, en la cantina, porque se come muy bien.

—¡Oh, claro! Lo prefiero.

Lola pidió con seguridad, sin mirar la carta, e Idalia intentó imaginar en qué consistiría aquella comida a base de mojarra al ajillo y chamorro.

—No te preocupes. Te gustará. Son antojitos mexicanos.

Rieron más relajadas.

—¿Te gusta la chela?

La muchacha abrió los ojos como platos. Lola aclaró:

—La cerveza.

—Me encanta.

Las dos chelas heladas hicieron que la espera de la comida pasase más deprisa. Había muchas preguntas en el aire. Y nervios. Expectación. Pero todo tiene su tiempo. Y el de las confidencias todavía no había llegado.

—Levanta la cabeza y mira hacia el techo.

Lola señaló con un dedo hacia arriba.

—¿Qué ves?

—¡Un agujero!

—¡Un balazo, chale!

—¿Cómo?

La mujer fue desgranando, ante una Idalia boquiabierta por la sorpresa, aquella historia mil veces repetida:

—Pancho Villa disparó un tiro justo aquí.

—¿En serio? No me lo puedo creer. ¿Es una leyenda?

—¡Es verdad! Esto era una cantina botanera, aquí se bebía más que se comía. Claro que dicen que Pancho Villa era abstemio, pero se ve que había tanto jaleo que la única manera que encontró de hacerse oír fue disparar al aire.

Los ojos de las dos mujeres volvieron a posarse en el agujero de la bala.

—¡Chingón!

Llegó la comida y la conversación siguió transcurriendo en ese tono distendido que había adquirido, en parte, gracias a las fechorías de Pancho Villa. Cuando el camarero ya había retirado los platos y les había servido dos cafés humeantes y aromáticos, Lola preguntó:

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Idalia?

La chica levantó la mirada de la taza casi con timidez. Se esforzó en la elección de las palabras. No se había imaginado que, a la hora de la verdad, cuando estuviese cara a cara con Lola, le costaría tanto encontrarlas. La tenía delante, y quizá ella fuera la respuesta a las preguntas que todavía le quedaban por hacer. O quizá solo le quedara por hacer una última pregunta. Pero la sensación que había tenido al leer las cartas de Sylvia afloraba de nuevo y hacía que su voz temblase. Y que se sonrojara. No quería invadir la intimidad de Lola. No quería que se sintiese incómoda.

—Bueno... supe que usted y mi madre...

—¿Te lo dijo ella?

—No, no...

Cogió el bolso y sacó la foto de la radio. Siempre la llevaba encima. La había acompañado en todo aquel periplo. La dejó sobre la mesa. Lola la cogió.

—Mi madre me dejó una caja llena de recuerdos de sus años en Barcelona. Yo no sabía nada de aquella época de su juventud. Nunca me había contado nada.

Bebió otro sorbo de café mientras ganaba confianza para continuar.

—Había un poemario, recortes de periódico...

—... y cartas —afirmó Lola devolviendo la fotografía a la chica.

—Sí. Y cartas. Firmadas con una L.

—¿Una L que te ha traído hasta mí?

Idalia asintió con la cabeza.

La mujer la observó con una especie de curiosidad teñida de admiración. Preguntó:

—¿Cómo?

La joven le resumió lo que había sido su vida desde que Sylvia había fallecido y le había dejado su legado de recuerdos. Le habló de París y de Cecília. De Pau. De Caterina. De la historia que había ido reconstruyendo gracias a las vivencias y los recuerdos de todos ellos, llevándola irremisiblemente hasta ella, hasta quien fue el amor secreto de su madre. Tal vez la única persona en el mundo que la había conocido de verdad. Que había sabido todos sus secretos.

A medida que Idalia iba diciendo sus nombres, Lola recuperaba la imagen de aquellas personas, que habían formado parte de su propia existencia y habitaban en sus recuerdos tal como eran cuando habían

compartido el tiempo con ella. A Cecília solo la podía recordar como la mujer llorosa y vencida en que se había convertido tras perder a Jordi. A Caterina, su hermana, la imaginaba con los ojos asustadizos, cada vez más pequeña y anulada, perdida entre las sombras de una vida no deseada. Pau era un niño pequeño. Lo sería siempre en su memoria. No lo vio crecer.

De pronto, Lola se puso pálida. La taza de café que sostenía en la mano empezó a temblar y aquel líquido negro y espeso se derramó sobre el mantel. Idalia se inclinó hacia delante para reducir la distancia entre las dos.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó preocupada.

—Sí, sí.

—¿Le pido otro café?

Lola pareció no escucharla. Arrastrando ligeramente las palabras, dijo:

—Pensaba en ellos.

Y se sumergió en un silencio que duró unos segundos y que Idalia no se atrevió a romper. Finalmente, susurró:

—Hace mucho que no sé nada de Cecília. Durante años le escribí a París. Nunca me respondió.

Una fugaz expresión de tristeza ensombreció su rostro.

—Mi hermana tampoco ha contestado nunca mis cartas.

—La recordaba con amor. Nos contó cómo usted y Cecília se fueron de Cataluña. Aquel último día...

Lola cerró los ojos. Respiró profundamente. Todavía estaba muy pálida.

—¿Salimos?

Una noche de fuego

Lola coge a Pau en brazos. Es una cálida chispa de vida titilante. Acaba de nacer y todavía tiene los ojos cerrados, los puños apretados y un tono morado en la piel. Quimeta, la sirvienta de la abuela Clemència, lo ha ayudado a nacer. Ha sido ella la que le ha cortado el cordón umbilical, la que ha envuelto a la criatura con el arrullo y la que lo ha dejado en brazos de Lola, que no puede apartar los ojos de esa cosita tan perfecta, tan bien hecha. No puede dejar de olerlo. De hablarle. Le susurra una canción.

—Tiene que colocar al niño en el pecho de la madre, señorita, para que empiece a agarrarse —le dice Quimeta.

Lola obedece y acerca aquel tesoro a la cama en la que reposa una exhausta Cecília. Tiene la frente perlada de sudor, la cabeza girada hacia la pared y los ojos cerrados como si durmiese, pero no duerme.

—Ahora no. Quiero descansar.

—Tienes que hacerlo. El niño debe comer.

Ella no se mueve.

—Ni siquiera has mirado a tu hijo, Cecília.

Lola abraza aquel bulto y, ella sí, lo mira con ternura. Con una ternura infinita.

—Es la cosa más bonita del mundo. ¡Y es tuya! Y de Jordi.

El nombre de su amado provoca en Cecília unos sollozos que le oprimen el pecho y que no puede convertir en llanto. Toda su ternura se ha ido con él, con Jordi, y no le queda ni una pizca para este inesperado hijo que no le despierta ninguna emoción.

Lola decide jugársela. Con la más alegre de sus voces, la que utiliza para cantarle, dice:

—Creo que este muchachito se parecerá a su padre. Bueno, de hecho, solo hay que ver su naricita y la forma de sus ojos para darse cuenta.

—Uy, todavía es muy pronto para...

Quimeta capta la mirada asesina que le dirige Lola y opta por cambiar de tema:

—Voy a decirle a la señora Clemència que todo ha ido bien —anuncia saliendo de aquella especie de recámara donde ha nacido Pau, improvisada en el sótano de la casa en la que se esconden las mujeres.

Cecília ha ladeado la cabeza y ha abierto los ojos. Su amiga le tiende al niño y ella lo coge. Baja un poco la manta para ver mejor la cara de su hijo.

Y las lágrimas empiezan a rodar por su rostro.

Está oscuro. Estoy sentada dentro del armario. El vacío me envuelve y me quiere tocar.

Tiemblo.

Tengo miedo.

Pero no puedo salir de aquí. Estoy atrapada en la oscuridad.

Dentro del armario todo es como una noche sin cielo.

Las palabras me salen solas de dentro:

La mare i la filla a la porta s'estan.
La filla broda seda,
la mare broda estam.
Mentre que l'en brodaven
passaven tres galants;
ja saluden la filla, la mare no tant.[1]

Recito los versos de la abuela Clemència y las palabras me hacen compañía.

Los recito muy bajito, con los labios casi cerrados.

Me gustan mucho las palabras.

La abuela me quiere. Pero ahora no puede hacer nada por mí porque mamá está muy enfadada. Está tan enfadada que me da miedo. Por eso me he tenido que esconder en el armario. Si la abuela me defiende y le quita importancia a lo que he hecho, mamá también se enfadará mucho con ella. Le dirá cosas feas. La abuela llorará. Y ella siempre nos dice a Caterina y a mí que ya no tiene los ojos para lloros. Que no le quedan lágrimas.

No. No puedo salir de aquí.

No saldré jamás.

Nadie entrará nunca en esta habitación. Es el cuarto trastero, el de las sábanas y las toallas que nadie utiliza. Cuando entre alguna criada, vete a saber cuándo, me encontrará muerta dentro del armario. Me habré disecado aquí dentro y desprenderé el mismo olor que las sábanas y las toallas.

Seré una nada amarilleada por el tiempo.

Quizá nadie me eche de menos hasta entonces.

La abuela sí.

Y Caterina.

Y papá, aunque tenga que fingir que no para que mamá no se enfade.

Odio a mamá.

La odio porque no sabe dar abrazos y no conoce ninguna palabra bonita. ¡Y hay tantas palabras bonitas! Digo unas cuantas para ahuyentar las sombras:

Dragón…

Cocodrilo…

Libélula…

Saltamontes…

Susurro…

Me gustaría ser más valiente para poder salir de este armario oscuro. Entonces miraría a mamá a los ojos y le diría que no le tengo miedo. Que lo único que me da miedo es la oscuridad. Que no quiero volver a quedarme encerrada en un armario. Ni en ningún sitio. Porque hasta aquí, hasta esta oscuridad, no llega el amor de los demás.

Cuento con los dedos de una mano las personas que me quieren:

La abuela.

Caterina.

Papá.

Quimeta, un poco.

La barriga me hace mucho ruido, como si me hubiese tragado algún monstruo.

Es hambre.

Me hago pipí.

Se me hará muy largo esto de morirme dentro de un armario.

La abuela dice que para todo necesitamos tener paciencia.

Como siempre, seguro que tiene razón.

No le gusta estar encerrada. Algo en su interior hace que afloren todos sus miedos cuando se siente atrapada. Pese a ello, Lola cree que lo más prudente que pueden hacer es quedarse allí, en aquel sótano de casa de su abuela que Quimeta ha acondicionado, hasta que puedan atravesar la frontera.

La noche en que nace Pau, una noche embriagada de fuego, Lola, con los oídos saturados por el ruido de las explosiones y con el corazón envuelto en la ternura que le proporciona esa nueva vida cobijada entre sus brazos, se reafirma en el propósito de proteger a ese niño, el hijo de Jordi y Cecília, y de ofrecerle la oportunidad de crecer en libertad como su padre hubiese querido.

No se pueden quedar en Cataluña. Han de pasar la raya. Era algo que ya sabía cuando fue a su casa a pedir el coche; cuando llegó de noche a L'Escala, con Cecília tumbada en el asiento de detrás gimiendo de dolor y con las bombas cayendo del cielo. Porque la guerra todavía no se ha acabado y la aviación sigue castigando Cataluña, aunque nadie se explica por qué los bombardeos italianos han escogido como objetivo de su afán destructivo el tranquilo pueblo de L'Escala.

Una vez pasado el ajetreo de la llegada, del emocionado reencuentro con su abuela y del nacimiento de Pau, Lola intenta serenarse para poder pensar con claridad en su nueva situación.

Por suerte, Cecília se recupera con normalidad de un parto que no ha sido ni mucho menos complicado. Pero Lola sabe que no es apropiado dejarse ver por el pueblo. No saben a lo que se exponen. No pueden confiar en nadie. Han de pasar desapercibidos, de lo contrario, sus planes de huida podrían verse comprometidos. Tal vez tengan que esperar un poco para encontrar la mejor manera de escapar con una criatura tan pequeña y no exponerse al riguroso frío del invierno. Sea como sea, piensa, tendrá que soportar ese aislamiento hasta que, de una manera u otra, pueda ponerse en contacto con Maria Antònia Freixes, como hizo cuando fue a verla con Mercè antes de la caída de Barcelona. Y también después, cuando dejó escapar la oportunidad de irse porque Cecília no se sentía con ánimos de acompañarla. Ella los ayudará.

La idea que Lola tiene en mente empieza a tomar forma cuando Quimeta le habla de su hermano menor, Martí, que es miembro del Comité de Defensa Pasiva local. Lola se reúne con él a escondidas, y enseguida descubre que Martí hace algo más que defender pasivamente la ciudad de los bombardeos. El hombre pone en funcionamiento la densa red de contactos que luchan para ayudar a los republicanos a huir o esconderse. Consigue localizar a Maria Antònia, que se ha tenido que exiliar, como tantos otros a los que ella ha ayudado a hacerlo. Su cargo como secretaria de Antoni Maria Sbert, primero en Cultura y después en Gobernación, la comprometen demasiado. Dicen las malas lenguas que, de ser necesario, ella, su amante secreta, le seguiría hasta el infierno. De hecho, así ha sido, porque en tiempo de guerra todo exilio es un infierno. Pero la gente parece olvidar que esa mujer tiene ideas propias y que, sobre todo en los últimos tiempos, su trabajo ayudando al funcionariado catalán a huir responde a sus propias convicciones, a su valía personal y a la fuerza de su tarea tanto como a su cargo al lado de Sbert o a los sentimientos que pueda albergar hacia él.

Lola le escribe a París y espera impaciente su respuesta. Entretanto, Cecília se encierra en la crisálida de aquel sótano que no querría dejar nunca, del mismo modo que ha clausurado en su alma cualquier sentimiento desde que Jordi se fue.

A Lola le parecen comprensibles los temores de Cecília, su silencio obstinado y la tristeza que tiñe su mirada. También intenta entender que evite mirar a su hijo y que lo tenga en brazos lo mínimo posible. Le cuesta, pero lo entiende. Como entiende que, en ese momento, el objetivo de su vida ha de ser sacar a Cecília y a Pau de Cataluña.

Por eso, en cuanto recibe la respuesta a su carta, Lola se pone manos a la obra con la inestimable ayuda de Martí. Abril avanza y la dureza del invierno empieza a remitir. Martí les facilita un medio de transporte para llegar hasta Tolosa. Maria Antònia, en la carta que le ha enviado, le comenta que Tolosa se ha convertido en el primer destino de residencia para muchos de los exiliados a los que ella ha ayudado. Es allí donde recibirán *le récépissé vert*, una documentación provisional para moverse por el país vecino. También le dice que muchos escritores y periodistas catalanes están siendo alojados en *chateaux* como el de Roissy-en-Brie o el de Boissy-la-Rivière, unos

alojamientos que normalmente funcionan como *auberge de jeunesse*.

Gracias a su carta, Lola se entera de que Mercè Rodoreda ha llegado precisamente a Roissy-en-Brie, a unos treinta kilómetros de París. Con ella se alojan la familia Trabal, los Jordana, los Murià, Joan Oliver, Pere Calders... Lola experimenta una gran alegría al saber que su amiga no solamente ha conseguido pasar la frontera, sino que está bien instalada en un lugar que, según le escribe Maria Antònia, es muy agradable. Aun así, rechaza la oferta de instalarse allí antes del verano, pese a que la mujer opina que sería una buena solución en su caso, sobre todo porque tienen a su cargo a un niño muy pequeño.

Pero Lola tiene otra idea en la cabeza y ni siquiera habla de los *chateaux* con Cecília. Ya ha tomado una decisión, y está convencida de que su futuro, el de los tres, se encuentra en París.

París.

Llegan allí el 25 de abril de 1939.

Hitler y la torre Eiffel

París no es ninguna fiesta cuando llegan.

Y, pese a ello, acoge a esas dos mujeres agotadas de tanto huir y a esa criaturita que ha nacido tan aferrada a la vida que parece que pueda resistirlo todo.

Maria Antònia Freixes les ha conseguido una *chambre de bonne* situada en el distrito sexto. No tiene calefacción y, como en todos estos cuartos de servicio, situados bajo el tejado, en invierno hace un frío que congela las ideas. Lola está muy agradecida de poder disponer de ese refugio en París, pero sospecha que si los tres consiguen sobrevivir al frío invernal, tal vez mueran en verano. De calor, por supuesto.

Cecília no dice nada. Hace mucho que no se queja. Que no llora. Que sigue a Lola mansamente. Resignada. En silencio. Ha asumido su papel de madre y se ocupa de Pau. Pero no le sonríe. No le canta. Le da el pecho con la mirada perdida delante de ella. No. Detrás. Fija en los tiempos felices que vivió con Jordi.

A Lola se le rompe el alma.

Antoni Maria Sbert ha permanecido en Barcelona todo lo que ha podido. Después se ha reunido con el *president* Companys en Sant Hilari Sacalm y ha pasado con él un par de días en el Mas Perxers d'Agullana. En Perpiñán intenta sacar a los compañeros que han ido a parar al campo de Argelès. Consigue una gran cantidad de pasaportes para los amigos y funcionarios de la Generalitat y, finalmente, se instala en París, desde donde impulsa la creación de la Fundación Ramon Llull. Enseguida, a través de esta fundación, retoma la publicación de *La Revista de Catalunya*, que continúa difundiendo la cultura catalana desde el exilio.

Cuando Lola llega a París, se entrevista enseguida con Sbert y Maria Antònia Freixes. Esta última no solo le ha proporcionado un

techo bajo el que cobijarse, sino que también le consigue una pequeña subvención y trabajos esporádicos en tareas de corrección de pruebas de *La Revista de Catalunya*.

Lola siente un soplo de esperanza. Han llegado a París. Tienen un techo y ella va teniendo algún trabajo. Pau crece sano, aunque su llegada al mundo haya sido cualquier cosa menos plácida. Todo parece indicar que muchos de sus amigos y conocidos del mundo de la cultura están a salvo. Piensa que, en esos momentos de dureza extrema, hay que aferrarse a las cosas buenas. Una noche muy oscura y helada, mientras cenan lo poco que tienen, comparte con Cecília ese atisbo de esperanza que ha anidado en su corazón. Cecília levanta la cabeza y la mira fijamente. La vela que ilumina la escena hace que en su rostro dancen las sombras. Tal vez por ello su expresión se vuelve dantesca y cruel.

—Más valdría que los tres estuviésemos muertos, ¿me oyes, Lola? Los tres. Muertos.

Lola no dice nada.

No vuelven a hablar de esperanzas. Se limitan a vivir. A organizar su vida en un entorno desconocido. Lola piensa que, a medida que el tiempo pase, Cecília se irá recuperando. Si no del todo, al menos sí lo suficiente para tener ganas de vivir. Pero la tristeza que envuelve a su amiga a veces se le hace insoportable. A menudo le cuesta compartir ese diminuto espacio con ella y sus fantasmas. ¡Menos mal que está el niño! Es tan bueno. Lo llena todo de vida. Pero, aun así, Lola necesita aire. Con la excusa de que ha de ir a entregar un trabajo o a buscar otro, adquiere la costumbre de explorar el barrio: la plaza de la Concordia, el bulevar Saint-Michel, a veces llega hasta el Arco de la Estrella mientras pasea y contempla los escaparates, que le muestran multitud de cosas bonitas que no puede comprar. También va con frecuencia al Louvre, pero no entra porque no puede pagar la entrada, hasta que descubre con alegría que un día a la semana es gratuito.

En cualquier caso, los paseos y las visitas al Louvre son cortos, pues debe estar pendiente de Cecília y el niño. Pau da mucho trabajo y por las noches apenas deja dormir a su madre porque siempre tiene hambre.

Una tarde, Lola llega más tarde de lo normal a casa. Espera encontrarse con el gesto enfurruñado de Cecília, que le reprochará sin

palabras que ese día la haya dejado sola con el niño.

Pero cuando abre la puerta de la *chambre* se encuentra con una mirada que le recuerda, aunque sea lejanamente, a la Cecília de antes.

Cuando madame Claudin, la vecina del segundo, le hizo aquella proposición, Cecília se lo pensó mucho. Principalmente porque se sentía tan cansada que creía que ya no servía para nada. Apenas conseguía arreglárselas con el niño, con su hijo, que le robaba todas las horas del día y de la noche. ¿Cómo podía entonces plantearse trabajar fuera de casa, aunque solo fuera un rato por las tardes?

Hacía tiempo que Yvette Claudin había sobrepasado los cincuenta y era una mujer con la que podía entenderse con facilidad. Cecília la consideraba sincera e inteligente, y le gustaba porque tenía la virtud de ponerse en la piel de los demás. Si la hubiese tenido que definir con un adjetivo, habría dicho que era compasiva. Pero no estaba segura de que esa palabra fuese la más adecuada para describir a madame Claudin. En esa época de su vida, las palabras, que antes habían sido su oficio, se dispersaban por su mente y le resultaban extrañas.

Había conocido a Yvette un miércoles en la escalera del edificio donde tenían su *chambre*. Cecília bajaba a la calle y la vecina salía en ese momento de su apartamento. La mujer la saludó con mucha amabilidad, le hizo carantoñas al niño y le dijo que si necesitaba cualquier cosa la encontraría en su casa.

—Pero solo los miércoles, que es el único día que tengo fiesta —dijo riéndose.

Precisamente una noche de miércoles en que Lola tardaba mucho y no tenía en casa ni un poco de leche para hacer la papilla de Pau, se atrevió a bajar y llamar a su puerta.

—Si fuese para mí, créame que no se lo pediría. Pero el niño está hambriento y yo...

—Por supuesto que sí, pase, pase...

—Cuando vuelva mi compañera se la devolveré. Pero es que este niño no sabe esperar.

Mientras la mujer llenaba un gran tazón de leche, le dijo:

—Ayer por la noche, al volver del trabajo, fui a ver a la señora Dugarnier, la del quinto. La conozco desde que vine a vivir aquí hace más de ocho años y está tan viejecita y frágil...

—Oh, no lo sabía...

—No, no, claro... Ya verá por qué se lo digo. Resulta que, al llegar al quinto, me llegó un delicioso olor a comida... Un olor peculiar que inundaba la escalera.

Cecília hizo memoria. Recordó que la noche anterior había hecho una tortilla con una patata medio germinada y un par de huevos. Lo único que tenía en casa.

—Hice una tortilla de patatas con lo que tenía, poca cosa. A mí me gusta la cocina. Las tortillas de patatas me salían bastante bien.

No pudo evitar recordar a Jordi, que siempre las elogiaba.

Y fue entonces cuando Yvette Claudin le soltó aquel: «Escuche...».

Al principio, Cecília ni siquiera consideró la propuesta. ¿Salir a trabajar? ¿Y de cocinera en un restaurante? Su vecina le había dicho que hacía tiempo que estaba buscando a alguien por las tardes para echar una mano con las cenas en Le Coq Rouge, su restaurante, y si, además, como en su caso, era capaz de innovar en la cocina con algunas recetas que pudiesen atraer a más clientes e ir más allá de los platos típicos que ofrecía la competencia, mejor que mejor.

Aunque la oferta le parecía imposible y extravagante, Cecília seguía dándole vueltas. Porque una cosa estaba clara: algún dinero extra les iría de perlas. Por mucho que Lola se esforzase para ganarse la vida, a menudo el bote de hojalata en el que guardaban las monedas y, si había suerte, algún billete estaba completamente vacío. Y tenía que criar a su hijo. Era una buena oportunidad en todos los sentidos, no solo en el económico. Tal vez sería una manera de recuperar a la Cecília persona, a lo poco de Cecília que le quedaba dentro; no a la periodista, no a la voz de la radio, era consciente de que eso había desaparecido para siempre, pero sí a una mujer útil y activa.

Cuando Lola trabajaba, lo hacía en casa. Así que podría ocuparse de Pau por las tardes. Aquella idea iba tomando cuerpo, cada vez se sentía más atraída por la posibilidad de salir de casa y hacer algo aparte de consumirse de tristeza.

Le soltó a Lola sus planes de golpe, con esa manera brusca que ella tenía de decir las cosas, una tarde en que esta llegó resoplando porque había subido los seis pisos corriendo. No se daba cuenta de que en sus ojos brillaba un atisbo de ilusión. Pero Lola sí que vio esa lucecita. Le sonrió, se acercó a ella y la abrazó.

Para alguien que, en esos días de septiembre de 1939, se interesa por lo que pasa en el mundo, lee los periódicos y tiene una opinión formada, la declaración de guerra de Francia y Gran Bretaña contra Alemania no es ninguna sorpresa. Para los exiliados que todavía llevan grabada en la piel las marcas de la guerra civil y de la derrota republicana, supone un auténtico jarro de agua fría.

—¿No hemos tenido bastante, Cecília? ¿Ahora una guerra europea?

Cecília, que, además de lo atareada que está con el restaurante y con el niño, ha hecho un pacto consigo misma para mirar hacia delante en línea recta sin relacionarse demasiado, por no decir nada, con el mundo que la rodea, no quiere opinar sobre ese tema. No puede ni imaginarse otra guerra. Lola lo sabe, la respeta y no le habla de su miedo de que la guerra llegue a Francia. Poco a poco se va resquebrajando esa pátina de optimismo que siempre la protege en los momentos más duros de su vida.

La drôle de guerre, como la llaman los franceses, se prolonga prácticamente un año. Durante ese período, las tropas francesas y británicas casi no se movilizan ni participan en ningún acto bélico, ni siquiera para asistir militarmente a Polonia. Lola tiene información de primera mano de Maria Antònia y de otros exiliados que ha ido conociendo en París. También se cartea con Mercè. El salto a América ya es una realidad, y se entera de que el SERE[1] organiza barcos para la partida. De hecho, los primeros ya han zarpado rumbo a Veracruz en abril de 1939. Esa idea empieza a rondarle por la cabeza, pese a ser consciente de que no resulta fácil embarcarse en una de esas naves que trasladan refugiados a México, Chile o la República Dominicana. Tienen una capacidad limitada y hay listas de espera repletas de intelectuales o profesionales de alto nivel. Tienes que haber militado en un partido o en un sindicato, y el permiso ha de recibir el visto bueno de una comisión.

Sí, es difícil, ¿pero hay algo que no lo sea?

Lola no lo descarta. Lo sopesa. Le da vueltas en la cabeza. Y la idea de alejarse lo máximo posible del peligro de las botas alemanas va ganando cada vez más peso en su interior.

Pero no es hasta el 16 de junio de 1940 cuando Lola toma la

decisión en firme de irse con Cecília y Pau a América. Ese día los periódicos de medio mundo publican la fotografía de Adolf Hitler frente a la torre Eiffel.

Ciudad de México

Junio de 1964

Lola e Idalia salieron a la calle. El sol caía con fuerza, calentando la vida de quien quisiese sentirlo en la piel. Aquel calorcito le pareció a Lola una caricia y devolvió a sus mejillas el color que había perdido.

Tomaron un taxi para ir a su casa. La mujer viajaba en silencio. Con la mirada perdida. Idalia tampoco decía nada, pero en su caso era porque no podía apartar los ojos de la ventanilla del vehículo, que se abría paso entre un mosaico de calles, de carcachitas, de personajes típicos y del ruido de los cilindros, unos pesados mamotretos cuya música se colaba en los oídos de los transeúntes en plena calle.

No había tenido tiempo de conocer la ciudad antes de su cita con Lola, y ahora se quedaba boquiabierta con la visión de las avenidas repletas de anuncios chillones («FAB, la fragante espuma fabulosa que lava cualquier cosa») o de las mujeres de cinturas imposibles y faldas por debajo de las rodillas y los hombres con pantalones de pinzas y sombrero.

Le llamaban la atención los cines y el repiqueteo de las campanas, que recordaba el paso del tiempo. Los tranvías eran amarillos y la gente viajaba subida en los estribos de su única puerta.

Los vendedores ambulantes —merolicos, los llamó el taxista— eran una atracción más. Como la música de los cilindros, también aquellos vendedores andrajosos abordaban a los viandantes con su linimento para el reuma.

Llegaron a la calle de Luis Moya y se apearon. El vecindario que se encontró Idalia le pareció tan pintoresco como todo lo que había visto durante el viaje en taxi. Lamentó haber dejado la cámara en el hotel. No le había parecido adecuado llevarla consigo en aquel primer encuentro, pero cómo se arrepentía ahora de no poder perpetuar la imagen de las fuentes, de las escaleras de hierro forjado, de los

tendederos llenos de ropa goteando. De los patios con sus viejecitas arrugadas tomando el sol y de los grupos de niños que jugaban con peonzas de madera.

El apartamento de Lola también era sencillo, como el barrio, pero había algo en el mobiliario, en la combinación de telas y colores, que hacía que fuese tremendamente armonioso.

Al entrar en su casa, Lola se recompuso completamente. Era una mujer fuerte, pero el encuentro con Idalia, o tal vez el encuentro con su pasado, la había agitado. Le señaló a la joven un sillón tapizado con una tela estampada con grandes flores de colores.

—Ponte cómoda, que voy a buscar algo de beber.

Lola sirvió un líquido claro en dos copas pequeñas. Alzó la suya y brindaron. Las dos se las llevaron a los labios a la vez. Idalia bebió y, acto seguido, tosió y cerró los ojos, que le empezaron a lagrimear.

—¿Qué es esto?

—Mezcal. Es justo lo que necesitamos para poder contarnos todo lo que nos tenemos que contar.

—Caterina, su hermana, se conformó con un poco de anís. Esto es... es...

El nombre de su hermana pequeña hizo que los ojos de Lola brillaran.

—¿Tienes alguna foto de mi hermana?

—No, de ella no. Pero, espere...

Idalia se levantó y cogió el bolso, que había dejado sobre la mesa. Sacó un sobre lleno de fotografías. Estuvo unos instantes rebuscando y escogió un par, que le tendió a Lola. Los ojos grises de la mujer se iluminaron y se llevó una mano a la boca para reprimir su sorpresa.

—¿Es...?

Parecía que no pudiese pronunciar su nombre, pese a lo corto que era. Tan solo tres letras que nunca había olvidado.

—Sí. Es Pau.

Volvió a fijar los ojos en las fotografías. Una oleada de orgullo ascendió por su garganta.

—¡Qué guapo es!

La joven sonrió. Estaba de acuerdo.

—Pau era un niño tan bueno. Tan tranquilo. Cuando vivíamos en París, yo creo que no lloraba para no molestar. Sobre todo a su madre. Cecília no tenía paciencia.

—¿Usted sí?

Lola rio.

—Bueno, yo no era muy niñera, no creas. Pero cuando nació Nausica, mi sobrina, me di cuenta de que los niños me gustaban más de lo que creía. Con Pau aprendí que la risa de un chiquillo siempre está cargada de esperanza. Pero daba la impresión de que Cecília no quisiese darse cuenta de ello.

Hizo una pausa y volvió a llenar su copa.

—Iba a ver a Nausica cada semana, aunque tuviese que sacar el tiempo de debajo de las piedras. Iba a verla cuando Ignasi no estaba, claro.

Apartó los ojos de la fotografía y los fijó en Idalia.

—¿Sabes quién es Ignasi?

—Sí, descuide. Caterina nos lo contó.

Lola dejó las fotos de Pau en su regazo y las cubrió con las manos, como si no quisiese que volvieran a escaparse de aquel lugar en que se hallaban a buen recaudo. Apoyó la espalda en el sillón y dejó que su mirada se perdiera más allá de la ventana. Desde allí se veían la placita, la fuente. Los gritos de los niños jugando ponían música a las palabras, que ahora se volvían tristes.

—Caterina nunca me ha escrito. ¡Nunca! Supe de la muerte de nuestros padres por otros refugiados que recibían noticias de casa. Siempre aquel silencio... ¡Siempre!

—No ha podido escribirle. O tal vez no ha sabido cómo hacerlo. No se ha atrevido...

Los ojos de Idalia fueron en busca de los de Lola, pero no los encontró:

—Yo no soy nadie para juzgar sus motivos. Pero créame si le digo que no la ha olvidado.

La mujer volvió la cabeza y se quedó mirando a la joven, que continuó hablando, ahora en un tono de voz que sonó más alegre.

—Ella me hizo un gran favor al decirme que usted vivía en México. Me proporcionó una dirección, aunque no era esta. Pero, ya ve, aun así, esa dirección me ha traído hasta usted.

Lola asintió con la cabeza.

—¡Oh!, he vivido en muchos sitios diferentes aquí en México. En cada mudanza iba dejando atrás una parte de mí.

Frunció los labios. Una fugaz expresión de melancolía

ensombreció su rostro. Sentenció:

—Es importante ir desprendiéndose del pasado para poder salir adelante.

—Supongo que no fue fácil.

—Nada ha sido fácil.

Se quedaron en silencio. Pensando.

—Ella...

—¿Ella?

—Cecília, quiero decir. Ella tampoco me escribió nunca. Nunca. Ni una carta. Cuando me fui se sintió traicionada. No me lo perdonó.

—Cecília murió.

Lola se quedó mirando fijamente a Idalia.

—Lo sé. Me lo decía el corazón.

Añadió:

—Tus ojos...

Las dos los bajaron a la vez, reteniendo el nombre que las unía pero que aún permanecía ausente.

Lola retomó lo que había empezado a decir. Su voz se convirtió en un hilo rugoso:

—Cecília no me lo perdonó nunca.

La Gamelle

No. En París la vida no es de color de rosa. Y menos aún para los exiliados. Cecília y Lola comparten tantas miserias. Tantos disgustos. Tantas malas noticias que el corazón, poco a poco, se les va endureciendo. Sobre todo a Cecília, que se ha vuelto una mujer hermética, encerrada en sí misma, alérgica a los sentimientos.

Sin embargo, esa mañana de finales de septiembre de 1940, cuando Lola llega con el gesto desencajado y le dice que Camil Companys, el hermano del *president*, se ha arrojado desde un puente de la Explanada de Montpellier a la vía del tren, a los ojos de Cecília asoman las lágrimas.

Ha sido valiente, piensa mientras Lola le cuenta que Camil, al que las dos conocían, ha decidido poner fin a su vida porque no ha podido soportar más estar separado de su familia ni la cada vez peor situación de los refugiados en Francia. Ni, por supuesto, la detención de su hermano Lluís por parte de la Gestapo.

Tendríamos que hacer lo mismo que él. Tendríamos que morir todos, piensa Cecília. Pero no lo dice.

Solo tres semanas después, el horror vuelve a llamar a la puerta de la pequeña *chambre* parisina en forma de mala noticia. El *president* Companys ha sido fusilado en el castillo de Montjuïc.

No hay palabras.

No las hay.

No encuentran ninguna.

Finalmente, Lola consigue murmurar:

—Tenemos que irnos, Cecília.

—No.

—Lo está haciendo todo el mundo.

—No es verdad.

—Hazlo por tu hijo.

—Por él me quedo.

—Pronto no quedará ni un solo palmo de tierra libre en Francia.

—La libertad no existe. Es como la felicidad. Pura falacia.

—Cecília...

—No. Tengo un trabajo que da de comer al niño. No volveré a huir.

No lo dice, pero Lola oye lo que Cecília piensa:

No te seguiré otra vez. No permitiré que decidas por mí.

Se miran cara a cara. Cecília, desafiante. Lola, derrotada.

Las piernas le flojean. Necesita sentarse. Respirar. Sus amigos y conocidos ya hace tiempo que han abandonado el París ocupado. Maria Antònia y Sbert lo hicieron el 12 de junio. Se fueron a pie con Mercè Rodoreda y su compañero, Armand Obiols, hacia Vichy. No sabe si han llegado ni cómo les han ido las cosas. Muchos otros han zarpado ya rumbo a América. Pero ahora las oficinas de la SERE en París han sido clausuradas. Los recursos económicos de la organización se han agotado. Ahora es la JARE[1] la que se encarga del traslado de los exiliados al continente gracias a un acuerdo que el Gobierno mexicano ha firmado con Pétain. Lluís Nicolau d'Olwer dirige la organización. Su mujer, la diplomática mexicana Palma Guillén, Palmita, es como un ángel para los exiliados catalanes. Lola ya ha hablado con ella varias veces y no le ha dado demasiadas esperanzas. Le ha explicado que cada vez resulta más difícil partir hacia América. Has de figurar en las listas de embarque de la delegación mexicana de París. Has de tener contactos. Has de moverte.

Lola se mueve. ¡Por supuesto que se mueve! Pero siempre se da de bruces con una puerta cerrada. Está infinitamente cansada. A punto de rendirse.

—De acuerdo. Nos quedaremos.

De momento, piensa. Pero no lo dice.

La guerra y la ocupación tiñen de un gris más oscuro la primavera de 1942. Le Coq Rouge no pasa por su mejor momento. Yvette, su dueña, tampoco. La mujer ha pasado por el peor invierno de su vida. Una pulmonía la ha dejado al borde de la muerte. Se le ha complicado con el asma que padece desde muy joven. Es consciente de que cualquier otra cosa que coja, por leve que sea, se la acabará llevando al otro barrio. No sale de su casa. Hace un par de meses que no pisa el

restaurante.

Aunque hay noches en que la cosa está tan floja que el trabajo es casi inexistente, Cecília no puede ella sola con la cocina y el comedor. Por ese motivo, Yvette ha tenido que contratar a una chica para que la ayude. Aun así, ahora Cecília se pasa todo el día en el restaurante y es Lola la que se encarga de Pau. Eso la consuela, pues el trabajo escasea y ella no sabe estar sin hacer nada. La diáspora hacia América, la presencia alemana..., todo va menguando sus recursos.

Sobreviven.

Hacen lo que pueden.

No hablan de ello.

Cecília va a ver a Yvette cada día antes de ir a abrir el restaurante. Los miércoles, el día festivo, sube a hacerle compañía con Pau. No se queda tranquila hasta que no se asegura de que está bien y de que no necesita nada. Lo hace por obligación y también por devoción. Esa mujer despierta el lado amable de Cecília. Un lado que parecía haber olvidado.

Un miércoles de principios de mayo tienen una conversación. Fuera sopla un viento gélido de primavera. Cecília cierra bien todas las ventanas del piso de Yvette. Solo faltaría que pillara un resfriado, piensa. Regaña varias veces a Pau por hacer demasiado ruido. No quiere que moleste a esa mujer que la observa mientras ella va arriba y abajo, con su actitud seria, sin una sonrisa, con esa gravedad que parece echarle un montón de años encima.

Yvette le dice con un gesto que se siente a su lado.

—He arreglado todos los papeles.

Cecília no entiende.

—¿Los papeles? ¿Qué papeles? No sé de qué me habla, Yvette.

La mujer sonríe y mira hacia fuera. *Pobre, pobre París mío*. Se pone triste. Ya no vale la pena continuar. Es mejor irse cuando aún se está a tiempo de hallar una salida digna.

—El restaurante es tuyo, Cecília.

—Pero...

—Te lo he dejado porque yo me muero y no tengo a nadie. Ni hijos. Ni sobrinos. Charles y yo solo nos teníamos el uno al otro.

Con una mano le acaricia la mejilla, que ha empalidecido por la sorpresa:

—No es bueno estar tan solo.

Dos semanas después, Yvette fallece. En silencio. Plácidamente. Sola. Dicen que morimos como vivimos.

La vecina le ha dejado a Cecília el restaurante. Y una sorpresa final: un apartamento en el número 3 de la rue Suger, en el distrito quinto. Cuando el notario se lo dice, ella no se lo puede creer: ¡ha heredado un piso y un negocio! Le resulta extraño que Yvette prefiriese vivir de alquiler en un barrio apartado del restaurante pese a ser propietaria de un piso en el propio distrito en el que trabajaba. Reflexiona sobre cuáles debían de ser sus motivos para hacer algo así. Pero ese secreto se lo ha llevado a la tumba.

Cecília sale de la notaría y regresa caminando a casa. Ha de asimilar los cambios. Aunque, de hecho, no cree que su vida vaya a cambiar demasiado. Hace meses que trabaja en el negocio como si fuese suyo. Eso sí, a partir de ahora tendrá que afrontar ella sola las pérdidas y las ganancias, si es que vuelve a haberlas. El restaurante será responsabilidad suya, y suyo será también el modo en que saque adelante a los que dependen de ella: el niño. Y Lola.

La sombra de una sonrisa atraviesa su mirada. Lo primero que hará será cambiarle el nombre. Nunca le ha gustado Le Coq Rouge. Su restaurante se llamará La Gamelle.

Tiene ganas de llegar a casa para contárselo todo a su compañera. El apartamento que ha heredado, por pequeño que sea, siempre será mejor que la *chambre*. Ya llevan tres años instalados allí y le parece un sueño poder dejarla.

¡Qué cara va a poner Lola cuando se lo diga!

Pero Lola y el niño no están.

Lola entra en la *chambre* con Pau en brazos. Hacen tanto ruido que parecen una bandada de golondrinas.

Antes de poder recuperar el aliento, se dirige directamente hacia Cecília. Le agarra un brazo con la mano.

—Tengo que decirte una cosa. Ya sé que te lo tendría que haber comentado antes, pero todo es tan inseguro que pensé que hasta que no lo tuviera todo atado...

—¡Lola!

—¡Podemos irnos, Cecília! ¡A México!

Cecília aparta la mano que le sujeta el brazo. Se dirige a la mesa

en torno a la cual suelen hacer vida. Apoya los codos ligeramente. Con las manos entrelazadas y quietas. Lola se acerca a ella.

—Podemos irnos lejos, ¿no lo has oído, Cecília? Los tres. Sin ningún miedo por lo que dejamos atrás. En busca de la libertad de una vida nueva.

—Sabes perfectamente que no me quiero ir. Que no me iré.

—Cecília —dice Lola sentándose a su lado—, los alemanes están a punto de apoderarse de toda Europa. Es verdad que no habíamos vuelto a hablar de eso, pero las cosas están empeorando. No puedo entender que impidas que Pau...

—Mi hijo es cosa mía.

Ha sido un golpe bajo.

Lola observa la lista que tiene entre las manos, donde figuran sus nombres. Los de los tres:

Maria Dolors Casanoves Calaf
Cecília Ibars Anglada
Pau Palà Ibars

Ha luchado mucho por esos pasajes. Y los ha conseguido gracias a Maria Antònia, que también se va a México en ese barco, el *Nyassa*.

No dice nada.

Cecília piensa en el 3 de la rue Suger.

Pero también calla.

El silencio es cada vez más espeso en la pequeña estancia.

Pau gimotea.

Las dos mujeres se miran.

Es Lola la que, al fin, dice algo:

—Me voy, Cecília. Se me rompe el corazón, pero me voy. El jueves que viene.

Cecília calla.

Calla.

El piso es pequeño, pero a Cecília le parece un palacio. Está reformado. Tiene bastante luz. Le gusta. Solo ha de caminar unos diez minutos para llegar al restaurante.

Ese mismo septiembre se traslada allí con Pau. Por los vecinos se

entera de que Yvette lo tenía alquilado. Piensa que debía de ser una especie de seguro de vida. Una inversión. No le da más vueltas.

Tiene muy pocas cosas que trasladar. De hecho, no hay nada que sea del todo suyo. Ni la carta de amor ni las fotografías que guarda envueltas en el arrullo de Pau son suyas. En la *chambre* no había rincones ni intimidad. Las cogió un día de la caja de galletas que Lola cargaba siempre consigo. La llevaba cuando la acogieron en el piso del Clot, y fue lo primero que puso en la maleta cuando huyeron.

No sabía qué guardaba en la caja. Nunca le ha gustado husmear en las cosas de los demás. Pero un día que estaba sola en la *chambre* le picó la curiosidad. La abrió. Dentro había cartas y fotografías. De Sylvia, claro. Leyó las cartas. Eran preciosas. Le hicieron llorar. Se quedó con una al azar. No pudo resistirse.

Entonces vio aquel sobre tan elegante con la dirección de Lola, cuando todavía era Dolors, escrita en la parte delantera. Tampoco se pudo resistir y lo abrió. Dentro había otra fotografía, como una postal, en la que aparecía Sylvia reclinada en un sofá vestida de odalisca. Le recordó a algo. Una pintura, tal vez. También se la quedó.

No sabría decir por qué lo hizo. Quizá para conservar algo de Lola cuando la abandonara.

Todas las personas a las que quería acababan abandonándola.

La visita

La mujer entra en La Gamelle justo cuando empiezan a servir las primeras comidas. El bistró está bastante concurrido y todas las miradas convergen en ella. No es el tipo de mujer que acostumbra a perderse por este barrio, ni tampoco por este tipo de restaurantes sencillos con una clientela familiar casi fija. Al contrario, parece una modelo de Dior con su traje chaqueta de falda amplia y esponjada con enaguas de color blanco, que contrastan con el negro de la chaqueta, de cintura ceñida y hombros estrechos. Tras los años de las restricciones impuestas por la Segunda Guerra Mundial, que las mujeres puedan volver a vestirse con esa feminidad es una novedad que no deja de sorprender y atraer todas las miradas.

La camarera, una chica jovencita que desde el instante en que la mujer ha entrado le ha puesto los ojos encima y no puede retirarlos de ella, pregunta qué quiere con cierta incredulidad, como si estuviese segura de que su presencia en La Gamelle es una equivocación. La respuesta la deja sorprendida. Más aún de lo que ya lo estaba.

—Quiero comer. Una mesa, por favor.

La muchacha le ofrece la mejor que queda, junto a la puerta de entrada y con vistas a la calle, que ahora, a principios de verano, está bastante animada. Se pregunta qué dirá madame Resnai cuando llegue y descubra su mesa de siempre ocupada, pero ya improvisará alguna excusa.

La señora se come con apetito el filete de *rouget*, que acompaña con una *salade*, y renuncia a los postres, pero no al café. Precisamente cuando la camarera le sirve la taza de café, le dice:

—¿Podría pedirle a la señora Ibars que salga? ¿Sería tan amable de hacerme ese inmenso favor?

La chica abre los ojos como platos. Si esto continúa así, acabarán cayéndosele al suelo. Sin decir palabra, da media vuelta y se aleja corriendo hacia la cocina.

Cecília aparece al cabo de cinco minutos, acelerada, secándose

las manos en el delantal y con cara de malas pulgas. No le gusta nada que la interrumpan mientras trabaja, y aún menos a esas horas, en las que hay tanta faena. Pero es mejor salir a ver quién la reclama que tener que soportar a Thérèse histérica y soltando disparates por la boca. En cuanto atraviesa la puerta de la cocina la ve. Se queda parada. Inmóvil. Casi no respira.

Avanza hacia la mujer.

Ella se levanta y sonríe.

—Cecília, ha pasado una eternidad.

—¡Sylvia!

Cecília no puede atender a Sylvia en pleno servicio de comidas y quedan al cabo de un par de horas, que es cuando el personal del restaurante descansa antes de comenzar a preparar las cenas.

Caminan junto al Sena y se adentran en una zona del barrio que va fragmentándose en diferentes calles que, a su vez, se estrían en callejuelas más pequeñas y, después, en otras aún más pequeñas y retorcidas. Está repleta de tiendas y cafeterías. Se sientan en una terraza. Las calles son un hervidero de gente, y eso les proporciona un tema de conversación. Después hablan de París y del verano que comienza, tan luminoso y soleado, pero también más lluvioso que otros, según comenta Cecília. Después les llega el turno a los hijos.

—Yo tengo una hija. Nació en el 39.

—Mi hijo también es del 39.

Sylvia sonríe.

Cecília no. Su mirada se pierde entre la gente que deambula arriba y abajo.

Sylvia la observa. La encuentra mayor. Envejecida. No sabe exactamente cuántos años tiene. Ella creía que eran de la misma edad, año más, año menos. Tal vez Cecília sea mayor. O tal vez la vida no la haya tratado bien. Aunque, claro, hacía veinticinco años que no la veía. Los mismos que hace que no ve a Lola. Desde el 32, exactamente. Desde que tuvo que abandonar Barcelona de la noche a la mañana y la vida se le volvió del revés como un calcetín.

Durante unos minutos permanecen en silencio, cada una dándole vueltas a sus pensamientos, rumiando sus recuerdos. Ellas dos nunca fueron grandes amigas, y han pasado demasiados años y demasiadas

cosas. Es difícil recuperar el tiempo perdido. Cecília ha terminado su refresco y se ve a las claras que está incómoda. No sabe qué decir. No acaba de estar segura de si se trata de una visita de cortesía o hay algo más. Intuye que hay algo más. Seguramente, Sylvia no la ha encontrado por casualidad. Se rasca la cabeza. Las piernas, que mantiene juntas con los pies recogidos, le tiemblan ligeramente. Sylvia lo nota.

—No te quiero robar más tiempo, Cecília.

Las dos se miran fijamente. Ha pasado la hora de las cortesías.

—He venido a París por un tema personal. Estoy buscando a Lola Casanoves.

Cecília le clava los ojos y calla. Una sombra ha oscurecido su rostro.

—Yo... Verás, me mantuve al tanto de lo que hacía Lola en Barcelona hasta que pude. Leía lo que publicaba en los periódicos. Y sus poemas. Pero cuando estalló la guerra todo se hizo mucho más difícil. Sé que estuvo en primera línea de fuego.

Se le escapa una sonrisa llena de añoranza.

—No me sorprendió. Estar en primera línea, darlo todo, era muy propio de ella. Escribió unos artículos impresionantes desde el frente de Aragón.

Se detiene y mira a Cecília.

—Tú también debiste de leerlos, ¿no?

No espera la respuesta. Es obvia.

—Después de la derrota le perdí la pista. Empecé a escribir una novela detrás de otra como si en ello me fuese la vida.

Baja la voz:

—Quizá realmente me iba la vida.

Se interrumpe durante unos segundos. Busca las palabras. O los recuerdos.

—Fui feliz aquellos años. No puedo decir que no. Pero...

Se vuelve a quedar en silencio. Cuando habla de nuevo, su voz suena más reposada.

—En fin. He hecho que buscaran a Lola Casanoves. Ya ves, después de tantos años...

Cecília contiene el aire y después lo expulsa por la nariz. Con fuerza.

—Ya sabes, un detective privado. Lo he contratado para que siga

la pista de Lola. Pero su pista desaparece aquí. En París. Sé dónde vivió. Dónde vivisteis durante algunos años después de que os exiliarais. Tú empezaste a trabajar en el mismo restaurante que ahora es tuyo. Pero Lola..., a ella parece que se la haya tragado la tierra.

Los ojos de Sylvia se vuelven negros y profundos. Inmensamente negros y profundos. Como siempre que sufre. El sufrimiento hace que la belleza de Sylvia Nolan resplandezca de una manera abrumadora. Animal.

—No está muerta, ¿verdad? Dime que no ha muerto.

Cecília niega con la cabeza con un gesto tan leve que resulta casi imperceptible.

—¿Dónde está Lola?

—En México.

La mujer responde como en un suspiro. Y le da la dirección. Es la de la última carta que ha recibido de Lola. No sabe cuánto tiempo hace de eso. De hecho, ni siquiera está segura de que sea la dirección de su última carta, tal vez sea la de alguna anterior. Está un poco confusa. Durante todos estos años, Cecília ha recibido muchas cartas de Lola.

Nunca ha respondido a ninguna.

Pero las guarda todas.

Hasta hace poco, podía repetir de memoria los nombres de los barrios donde Lola residía, los de sus calles e, incluso, los de los monumentos que había cerca. Sabía también cómo se llamaban los parques por los que paseaba. Ella se lo contaba todo en las cartas que le enviaba a La Gamelle con la esperanza de que le llegasen si ella todavía trabajaba allí.

Ahora, sin embargo, le cuesta recordar todas esas cosas.

Con el paso de los años, Lola ha dejado de escribirle.

Después de aquella última carta todo ha sido silencio.

O eso cree. Porque cada vez recuerda menos cosas.

—¡En México! —dice Sylvia casi gritando.

Cecília levanta la cabeza y percibe un nuevo brillo en sus ojos.

—En México —repite Sylvia como en un susurro.

Tras el encuentro con Sylvia, Cecília se siente incapaz de regresar al restaurante. Se va a casa. No se encuentra del todo bien. Mientras

sube las escaleras nota que las piernas le tiemblan. Tiene que agarrarse unos segundos a la barandilla. Se marea. Se sienta en los viejos escalones. Últimamente le ocurre con frecuencia. Tendríamos que estar todos muertos, recuerda que decía antes. Ahora, en cambio, la muerte le da miedo. Señal de que se acerca.

Al llegar al apartamento, el mareo aumenta, y lo acompaña una sensación de angustia. Se tumba en la cama. La habitación se tambalea y se desvanece ante sus ojos. Esa imagen es la única que se le queda grabada en la memoria antes de percibir el calor asfixiante del fuego lamiéndole la piel. Antes de ver la cara de su hijo y oír sus gritos.

Después pasa un tiempo tranquila. Pau la ha llevado al hospital y la han medicado. Sabe que todo el mundo cree que se está volviendo loca. Lo ve escrito en los ojos de su hijo; lo adivina en las conversaciones que escucha de pasada en el restaurante. Pero ella está bien. Le hacen gracia las cosas que dicen de ella. La gente no sabe nada. No saben lo que pasa en su interior. Es totalmente imposible que lo lleguen a saber. No entiende por qué no la dejan entrar en la cocina. Sospecha que Thérèse se quiere quedar con el negocio. Que habla mal de ella y le come la oreja a Pau. Le cuenta cosas que según su empleada le han pasado en la cocina, pero son mentira porque ella no las recuerda. Y lo que no se recuerda no existe.

Esta noche, cuando Lola llegue a casa, se lo contará todo. Ella sí que la entiende. Ella sí que es capaz de leerle el alma por dentro como un libro abierto. Ella sí que existe.

Porque no la olvida.

No la olvida.

No la olvida.

Ciudad de México

Junio de 1964

El sol se había vestido de carmín. Detrás de la ventana, el patio con la fuente y la ropa tendida parecían una acuarela pintada en tonos malvas. Los niños hacía rato que habían desaparecido, llevándose consigo el ruido y la alegría. De alguna ventana salían gritos. Llantos. Música.

El último rayo de sol todavía iluminaba el pequeño comedor.

—Encenderé la luz —dijo Lola.

—No, así se está bien, ¿no le parece?

Había llegado la hora.

Eran las dos del mediodía y chispeaba sobre Ciudad de México. Hacía un calor pegajoso. Húmedo.

Sylvia salió del hotel con el pelo cubierto por un pañuelo blanco sujetado a su cuello con una vuelta, como una bufanda. Gafas de sol oscuras. Vestido negro. Labios rojos.

Paró un taxi y le dijo al conductor la dirección que llevaba anotada en el corazón. Cuando el coche arrancó, soltó un largo suspiro y apoyó la cabeza en el asiento. Los ojos cerrados. Los recuerdos en carne viva.

Al otro lado de la ventanilla desfilaban las calles de la ciudad; ella, sin embargo, tenía la impresión de que el automóvil la había hecho retroceder en el tiempo y que, si abría los ojos, lo que vería sería Barcelona brillando bajo el sol de finales de mayo en aquel agónico trayecto hacia el muelle.

Todo había pasado muy deprisa. Como si se hubiese cortado con un cuchillo. Primero no había sentido el dolor porque la herida era muy profunda. Solo veía la sangre.

Su madre había mantenido una larga y tensa conversación con ella tras recibir la visita de Antonieta Calaf.

—¿Cómo pudiste? ¡Con una mujer! —Le había soltado a la cara sin previo aviso—. Si tu padre supiera...

Sylvia había buscado con los ojos el sillón más próximo. Las piernas le temblaban y su corazón latía desbocado. Se sentó muy erguida. Y dejó que cayera sobre ella el chaparrón.

—¿Cómo no me dijiste nada? ¿Tú sabes el papelón que tuve que hacer?

Miró a su madre con los ojos muy abiertos.

¿Decirle?

¿Decirle que estaba locamente enamorada de otra chica? ¿A ella? ¿A la madre distante a quien le interesaban más los convencionalismos sociales que los sentimientos?

¿Hablar abiertamente de su homosexualidad con ella? ¿Con la madre con quien no hablaba de nada que no fuese banal?

Tal vez sí fuera una época de cambios y esperanza para las mujeres, pero en su familia, en el mundo acomodado y obsesionado con las apariencias en el que ella había sido educada y se movía, admitir aquello hubiese sido un suicidio.

Doña Luz había abierto una cajita dorada que descansaba sobre una mesita de té y había sacado un cigarrillo. Lo encendió y aspiró el humo. No llegó ni a la mitad. Lo apagó en el cenicero y continuó hablando. Ahora ya sin reproches, solo con instrucciones claras y precisas, comunicándole a su hija que había llegado el momento de que abandonase Barcelona. La semana siguiente haría las maletas y se trasladaría a Nueva York, a casa de unos tíos ricos.

—Allí estudias y te formas. Escribes, si eso te divierte. Pero ya basta de tonterías.

Por la cabeza de Sylvia habían pasado todo tipo de enloquecidas imágenes. ¿Qué podía hacer para negarse? Y si no podía evitar la partida, ¿cómo le haría saber a Lola que se marchaba? ¿Cómo se lo diría? ¿Cómo se las arreglaría para regresar pronto? ¿Y si fuese ella, Lola, la que viajase a Nueva York en cuanto pudiera?

Estaba completamente atrapada en sus pensamientos cuando las palabras de su madre habían logrado que levantara la cabeza.

—Y si de verdad quieres a esa muchacha, déjala ir, te lo advierto. Esa mujer, su madre, es capaz de todo.

Sylvia había alzado la mirada, que había mantenido todo el rato perdida en el suelo, y la clavó en su madre. De los ojos de doña Luz había desaparecido la rabia. El tono de su voz se había dulcificado. Lo que le acababa de decir no era un reproche. Ni una amenaza. Era un consejo. El consejo de una mujer que sabía lo que era sufrir.

—Déjala ir...

—Madre...

—Déjala ir.

Doña Luz había abandonado el salón, quedando de ella tan solo el eco de sus tacones repicando sobre la madera:

Déjala ir...

Déjala ir...

Y Sylvia, entonces sí, había sentido el dolor del corte de aquel cuchillo helado en su piel. Y se había doblado sobre sí misma gritando:

—Lola, Lola...

Y supo que la había perdido.

Para siempre.

—Sylvia, tu madre, apareció de nuevo en mi vida una mañana de finales de noviembre del 57. Hace ahora siete años.

Se quedó callada y miró a la joven, que no movía ni un músculo.

—¿Lo sabías?

Idalia negó con la cabeza.

—Y yo, que me había pasado todos aquellos años intentando quitarme su nombre de la cabeza como si pensar en ella fuese algo prohibido, al verla detrás de la puerta, con el pelo y la mirada ocultos y los sentimientos a flor de piel...

—Retomaron la relación que habían tenido en Barcelona de jóvenes... —dijo Idalia, en lo que parecía más una afirmación que una pregunta.

Lola movió levemente la cabeza.

—Una relación diferente, claro. La embriaguez inicial siempre se la lleva el tiempo.

Un leve rubor coloreó las mejillas de Lola, y el corazón de la muchacha se llenó de ternura.

—¿Sabes?, lo mejor de hacerse mayor es descubrir que todo lo

que en la vida te ha hecho daño, todo el dolor, era transitorio.

La chica sonrió. Creía haberle oído decir a Sylvia algo muy parecido. Se emocionó.

—Nos veíamos poco, solo cuando Sylvia viajaba a México. Y pocas veces podía hacerlo. Pero nos escribíamos mucho y nos lo contábamos todo. Era como si los silencios de todos aquellos años se convirtieran en ráfagas de palabras.

—Lo entiendo.

—Recuperar a Sylvia fue como resolver de golpe todos los problemas de mi vida. Como si ante mí se abriera de pronto un camino diáfano. Como si los silencios del pasado se desvanecieran y no tuvieran ninguna importancia.

Se le escapó una risa llena de nostalgia.

—¿Sabes?, removió cielo y tierra para encontrarme. Incluso contrató a un detective. ¡Cómo tú! ¡Y es que os parecéis tanto!

—Yo no soy como ella. Mi madre era fuerte, y yo...

—¿Estás segura, Idalia? Debajo de tu aspecto etéreo y de ese físico, tan diferente al de Sylvia, se esconde la misma fuerza indestructible de ella. Su tenacidad. Has seguido el camino que tu madre te indicó al morir. Paso a paso. Pisando cada baldosa amarilla hasta encontrar lo que Sylvia quería que encontrases.

—¿Qué quería mi madre que encontrase?

—La verdad. Que el mundo no pudo con nosotras. Que estuvimos juntas hasta el final.

—La verdad —musitó Idalia.

Y se hizo un silencio.

—¿Por qué no me contó ella la verdad cuando vivía?

Lola asintió con la cabeza. Ya se había hecho de noche. La farola de la placita iluminaba tímidamente el escenario de aquellas confesiones finales.

—¿Pero cuál era la verdad secreta de Sylvia Nolan? —insistió la joven.

—Su último temor, mi niña querida.

—¿Su último temor?

—Tú.

Esta vez fue Idalia la que asintió, la que comprendió, la que intentó borrar una lágrima solitaria que empezaba a deslizarse por su mejilla.

—El temor a romper esa imagen idílica de tu familia. El temor a que la juzgases. El temor a herir a tu padre...

—Él había muerto. Quizá hubiese sido el momento de desvelarme sus secretos.

—Solo su muerte, la de ella, le arrancó nuestro secreto de los labios.

Lola suspiró.

—Su muerte. La muerte me la ha arrebatado para siempre. Pero ella te ha traído hasta aquí. Sylvia quería que te conociese. Que tú me conocieses. Quería que descubrieras todos sus secretos, que la conocieses entera. Y lo has hecho, Idalia. Has descubierto todos los secretos de Sylvia Nolan.

Idalia se enjugó las lágrimas que empañaban sus ojos. Cómo le hubiera gustado poder ver a aquellas dos grandes mujeres juntas, la una apoyándose en la otra para hacer frente a las embestidas de la vida, ofreciéndose refugio mutuo para esquivar los peligros.

Pensó que había llegado el momento de devolver a Lola lo que le pertenecía.

Sylvia, desnuda, coloca un cigarrillo en la boquilla y lo enciende. Da una intensa calada y, coqueta, expulsa el humo sobre su amante.

Dolors tose. A ella no le gusta fumar. Nunca le ha gustado. Con una mano dispersa la nube de humo mientras con la otra toma suavemente un mechón de pelo de Sylvia y lo besa. Imagina de nuevo esa cabellera negra serpenteando salvaje por el rostro de la joven, bailando al ritmo del placer, como hace un rato.

Han estado haciendo el amor toda la tarde en la *chaise longue* de la habitación de Sylvia, decorada con paneles repletos de flores. Ahora, ella se ha levantado con el cigarrillo en la mano y ha desaparecido detrás de uno de esos paneles. Dolors se viste. Ante el espejo, con movimientos rápidos, intenta poner un poco de orden en su pelo despeinado y, entonces, ve reflejada la imagen de Sylvia, que se lo ha recogido en una trenza desgreñada y se ha vestido con una túnica sedosa que se le ciñe al cuerpo resaltando sus formas.

Sylvia besa a Dolors en el cuello y después se aleja. Se tumba en la *chaise longue* y le pide que vaya junto a ella.

Se besan.

—¡Si lo hubieses visto!

Dolors adivina que Sylvia está a punto de volver a hablarle del cuadro que ha descubierto en París en el último viaje que ha hecho con sus padres. Es una obra reciente de Henry Matisse que se expone en la Galerie Bernheim-Jeune. La tiene obsesionada.

—Es la pintura más sensual que he visto nunca, Lola.

Por toda respuesta, ella la agarra por la cintura y le besa el cuello con urgencia. Al parecer, su interés en la obra pictórica de Matisse es limitado. Sylvia le pone una mano en los labios. Ahora no quiere besos. Le quiere explicar lo que siente.

—Me hizo pensar en ti. En mí. En nosotras. En lo que yo quiero ser para ti: una odalisca entre flores que te haga evocar siempre un sueño. Nuestro sueño.

—Eso ya lo eres, amor mío.

Sylvia se entrega de nuevo a las caricias, pero tiene la mente en otra parte. En la odalisca de los pantalones rojos. ¡Le gustaría tanto poder compartir con Lola ese cuadro! Entonces la entendería. Se daría cuenta de que lo que ella ve es la esencia del amor que las une. De que, sea lo que sea lo que la vida les tiene preparado, ella quiere que Lola la recuerde siempre como la mujer del cuadro: joven y entregada.

Debe encontrar la manera de hacerle entender a Lola qué significa ese cuadro para ella. Para las dos. Para su amor.

Tal vez si ella se convirtiese en el cuadro...

Lola cogió lo que Idalia le entregaba con gesto tembloroso y mirada incrédula. Con ello en las manos, se levantó, encendió la luz de la salita y cogió unas gafas que guardaba en el aparador. Volvió a sentarse al lado de la joven. Todavía no podía creerse que aquel tesoro, perdido tantos años atrás, volviese ahora a sus manos.

—¡Las busqué tanto! No sabía cómo las había perdido. Cómo habían desaparecido de dentro de la caja si yo lo guardaba todo como si fuera un tesoro.

Leyó en silencio el inicio de la carta recobrada. Movía los labios mientras lo hacía e Idalia adivinaba cada palabra.

Levantó la cabeza y se quedó mirando a la joven con aquella ilusión casi infantil dibujada en sus ojos. Después cogió la postal de Sylvia. La besó.

—Durante todos estos años me he sentido desnuda sin esta foto. Siempre se lo decía a tu madre y ella...

Se echó a reír, esta vez con una carcajada divertida y alegre.

—¿Ella...? —preguntó la joven también riendo, dejándose contagiar por esa alegría, por esos recuerdos.

—... y ella me respondía que ya no tenía edad para volverse a hacer la foto de la odalisca con los pantalones rojos. ¡Que no tendría que haberla perdido!

Acarició la foto. Ahora reía con los labios. Con los ojos. Con todo el cuerpo.

—¿Pero quién...? ¿Dónde?

—Me la dio Pau.

—¿Pau? Entonces...

Idalia asintió con la cabeza.

—Cecília.

Lola cerró los ojos.

—Cecília. ¡Pobre Cecília!

Aeropuerto Internacional de Ciudad de México

Junio de 1964

Idalia hace cola para embarcar rumbo a Nueva York.

Ha pasado dos semanas con Lola en Ciudad de México. Han sido unos días luminosos, llenos de confidencias y de recuerdos compartidos. Unos días que le han servido para acabar de completar el rompecabezas de la vida de Sylvia. Ahora todas las piezas encajan e Idalia entiende a su madre, la conoce del todo. Sabe que no era perfecta, que tenía miedos. Tal vez sea eso lo que nos hace madurar —cree haberlo leído en alguna parte—: el hecho de aceptar los defectos de nuestros padres y de entenderlos en toda su extensión humana.

La cola avanza muy lentamente e Idalia tiene tiempo de sobra para ir saboreando los recuerdos que se lleva de Ciudad de México. Se muere de ganas de ver las fotos que ha hecho. Tiene un montón de Lola.

De repente, la mujer de delante se vuelve y a Idalia le da un vuelco el corazón. Es una mujer elegantísima que se cubre la cabeza con una pamela negra y los ojos con unas gafas de sol de montura grande, exagerada. Durante unos segundos mágicos, o locos, no lo sabe, le ha parecido ver a su madre. Dicen que estas cosas pasan, que cuando perdemos a alguien muy querido lo acabamos viendo por todas partes encarnado en otras personas.

—¿Nueva York? —le pregunta la mujer con una sonrisa de dientes blancos.

—Sí, claro.

—No te casarás con Edmon.

—¿Perdone? ¿Qué ha dicho?

La mujer sonríe. Una azafata de tierra se ha acercado a ella y le ha cogido la maleta. La acompaña al mostrador.

—¡Buen viaje! —le dice la mujer antes de volverse y echar a andar detrás de la azafata.

Idalia no consigue entender lo que ha pasado.

Ni lo entiende ni lo quiere entender.

Coge la maleta y abandona la cola. Enseguida encuentra lo que busca.

SALIDAS INTERNACIONALES

París... 16.50... Facturación mostrador 55.

Sonríe agradecida mientras se encamina al mostrador 55.

Hay veces que, por muy poco, podemos equivocarnos de destino.

Le habría gustado saber que su hija había recibido la caja.

¡Aquella caja lacada y con hojas doradas que sus deditos pequeños recorrían como si fuesen caminos mágicos! Tal vez cuando volviera a tenerla en sus manos ya no la recordaría. O tal vez sí. El caso era que había acompañado la infancia de su hija como había acompañado la suya.

Cuando ella era pequeña, en su Cuba natal, pasaba las horas sola. Bueno, habría que precisar que las pasaba en compañía de la institutriz, que de hecho era lo mismo. Recuerda que combatía las largas y calurosas tardes llenas de silencios a golpe de imaginación. Se imaginaba que habitaba dentro de un cuento. La sala de juegos se convertía entonces en un castillo; sus muñecas, en hadas. Y ella a veces era una princesa y otras, una reina. Dependía del día. Lo que nunca cambiaba era la caja de los tesoros.

Se había enamorado de la caja de las hojas doradas desde el primer día que la había visto en la sala de estar de su madre. No sabía de dónde venía. Ni si había estado siempre allí, con los muebles, las camelias y la lámpara de araña, o había aparecido por arte de magia.

Seguramente sería eso. Aquella caja olía a magia.

La quería. Pero era inútil pedírsela a su madre. Era muy posesiva. Nunca regalaba nada, seguramente porque, como supo con el paso de los años, ella no había poseído nada y todo se lo había tenido que ganar con esfuerzo. O de otras maneras, quién sabe.

Sin embargo, sus padres viajaban constantemente y no le resultó difícil coger la caja y guardarla en el armario de su habitación, de donde solo la sacaba cuando la necesitaba para viajar a su mundo fantástico huyendo de la soledad.

La caja la acompañó, como una amiga fiel, en los largos viajes que tuvo que hacer junto a sus padres y durante sus estancias en países lejanos, donde se sentía más sola y perdida que nunca.

Hasta que desembarcó en aquella tierra cálida y húmeda

perfumada por el mar. Para entonces había crecido y ya no jugaba a princesas para huir de los fantasmas; había aprendido a conjurarlos con las palabras. Escribía poesías y, según decían, lo hacía bien.

En aquel pequeño país fue feliz. Muy feliz. Porque allí conoció al amor de su vida.

Durante un tiempo, breve y volátil, escaso, vivió dentro de un cuento real y se convirtió en princesa. Pero los sueños siempre se acaban. La primavera dio paso a un largo invierno, y ella tuvo que volver a cruzar el mar sola con la caja entre sus manos.

El tiempo fue transcurriendo, y llegó un día en el que otras manos pequeñas recorrieron los relieves de la caja. Durante unos años, dorados por una nueva infancia, la caja albergó botones, piedrecitas, alfileres, recortes de revistas e, incluso, algún pintalabios despistado.

Después, aquella princesa que había llenado su vida por completo alzó el vuelo. La caja quedó atrás, olvidada entre las cosas antiguas que ya no necesitaba. Y ella la recuperó.

Y empezó a guardar dentro todos sus secretos.[1]

Nota de la autora

A menudo he oído decir que las novelas siempre van al encuentro del autor. Como si los autores nos topásemos con las historias y nos dejásemos seducir por ellas. No sé si siempre es así. Pero es posible que haya algo de cierto en esa afirmación.

La novela que el lector tiene entre las manos nació cuando, no recuerdo cómo ni en qué momento, me *topé* con la figura tremendamente novelesca de Anna Maria Martínez Sagi. Esta periodista, eclipsada por las sombras de un olvido absolutamente injusto, poeta y deportista de élite, la primera mujer que perteneció a una junta directiva deportiva —la del Fútbol Club Barcelona—, lesbiana y reportera de guerra, encarna el espíritu renovador de la República, y fue la chispa que me motivó a escribir sobre las periodistas de esa época. Como siempre que comienzo un nuevo proyecto, la tarea de documentación me acercó a una realidad que ignoraba; en este caso al trabajo de un gran puñado de mujeres que vivieron en una época convulsa y dinámica que parecía encaminarse hacia un futuro prometedor; mujeres que se sustentaban ideológicamente en un feminismo liberador que la República promovió.

No hay que olvidar que quienes abrieron las puertas a las nuevas periodistas republicanas fueron otras mujeres: Dolors Monserdà y Carme Karr son un ejemplo de ello. Pero el periodismo de los años treinta, moderno y funcional, que introduce nuevos géneros y se renueva tecnológicamente, es un periodismo de mujeres con experiencia en la escritura pública que cuentan con recursos para llevarla a cabo. Por tanto, profesionales de la escritura, la mayoría de ellas con grandes ambiciones en ese ámbito.

Aurora Bertrana, María Luz Morales, Anna Murià, Maria Teresa Gibert, Maria del Carme Nicolau, Llucieta Canyà, Mercè Rodoreda, Irene Polo y Rosa Maria Arquimbau se unieron a Anna Maria Martínez Sagi para sentar los cimientos de la novela que empezaba a nacer en

mi corazón. De todas ellas picoteé anécdotas vitales y bastantes palabras escritas. ¿Cómo lo diría...? En la novela están todas y, al mismo tiempo, ninguna es del todo una de ellas.

Junto a estas periodistas republicanas encontramos la figura esencial de Josep Maria Planes. He intentado retratar brevemente su vida y su muerte, y he salpicado la novela con algunos de sus artículos, que tanta influencia tuvieron entre las mujeres y los hombres periodistas de aquel momento.

Personajes y personas. Retales de realidad que se disfrazan de ficción. Ya se sabe que los novelistas somos un poco brujos a la hora de componer y mezclar vidas ajenas.

Bibliografía

Altés, E., *Les periodistes en el temps de la República*, Colegio de Periodistas de Barcelona, Barcelona, 2007.

Arquimbau, R. M., *Història d'una noia i vint braçalets*, Librería Catalònia, Barcelona, 1934.

—, *Quaranta anys perduts. Una novel·la d'alta costura, República i estraperlo*, Comanegra, Barcelona, 2016.

Artís, G., *Viure i veure*, I, Pòrtic, Barcelona, 1989, pp.74-76.

De Prada, J. M., *Las esquinas del aire*, Editorial Planeta, 2000.

Finestres Martínez, J., *Set trets al periodisme a la Rabassada*, Pòrtic, Barcelona, 2008.

Guillamon, J., *L'enigma Arquimbau*, Comanegra, Barcelona, 2015.

Maragall, J., *Antologia poètica*, Edicions 62, MOLC 71, Barcelona, 1981.

Orwell, G., *Homenatge a Catalunya*, Labutxaca, Barcelona, 2010. Versión castellana: *Homenaje a Cataluña*, Debolsillo, Madrid, 2021.

Pessarrodona, M., *L'exili violeta*, Editorial Meteora, Barcelona, 2011.

Rodoreda, M., «Orleans, 3 quilòmetres», *Semblava de seda i altres contes*, Edicions 62, Barcelona, 2008. Versión castellana: *Parecía de seda y otras narraciones*, Edhasa, Barcelona, 2000.

—, *Cartes a l'Anna Murià (1939-1956)*, La Sal, Barcelona, 2021.

—, *Autoretrat*, Angle, Barcelona, 2008.

Yeste, E., y Canosa, F., *Dones que surten del paper*, Fonoll, Juneda, 2018.

Artículos

«Anna M. Martínez Sagi», disponible en: https://interactius.ara.cat/histories-de-dones/anna-m-martinez-sagi .

Canosa, F., «El somni d'una societat i d'un periodisme. La televisió de paper (1931-1936)», *Treballs de Comunicació* (Societat Catalana de

Comunicació, Institut d'Estudis Catalans), núm. 21, diciembre de 2006, pp. 83-92.
Cercós, L., «El reporterisme pioner i emancipador d'Irene Polo», *La Directa*, 20 de febrero de 2019.
Clotet, N., «La construcció de diversos models d'esdeveniments en els diaris populars de la Catalunya de mitjans dels anys 30», *Periodística: revista acadèmica*, 1990, pp. 79-93.
Díaz de Quijano, F., «Ana María Martínez Sagi, la "nueva Eva" rescatada del olvido», *El Cultural*, 28 de junio de 2019.
«Epistolari familiar (una mostra)». *Álbum d'Anna Murià*, (ed. Montserrat Bacardí Tomàs), Grup de Recerca de la Traducció Catalana Contemporània, Barcelona, 2002.
Finestres, J., «Set trets al periodisme català: l'execució de Josep Maria Planes», *Sàpiens*.
Guillamon, J., «Una periodista una mica especial», *Capçalera*, 173 (2016).
Prieto i Berbegal, A., «Els periodistes dels anys trenta o el periodisme català de qualitat», *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, XXIII (2012), pp. 417-424.
Ruiz Gaspar, J., «Alcubierre, última parada camino de la primera línea de fuego», disponible en: https://osmonegros.com .
Tasis, R., «La premsa catalana durant la República (1931-1939)», Col·lectiu Pere Quart, 14 de mayo de 2018.
VV. AA., «Exilis catalans», *L'Avenç*, julio-agosto de 1994.
VV. AA., «Pioneres, periodistes», *Report.cat. Setmanari d'anàlisi de periodisme i comunicació*, 12 de marzo de 2018.

Prensa

Arquimbau, R. M., «Nosaltres vam cridar les dones», *La Rambla*, 3 de agosto de 1931.
Murià, A., «El servei domèstic», *La Rambla*, 23 de mayo de 1932.
Planes, J. M., «Els lacais estan tristos», *Mirador*, 23 de abril de 1931.
—, «Tres classes d'atracadors», *La Publicitat*, 11 de abril de 1934.
—, «Nit de vetlla», *La Publicitat*, 19 de julio de 1936.

Notas

1. Rosa Maria Arquimbau, *La Rambla*, 3 de agosto de 1931.

1. Sylvia Nolan, *El asesino de almas*, HarperCollins Publishers, 1957.

1. «Els lacais estan tristos. Després del 14 d'abril», *Mirador*, 23 de abril de 1931.

1. Sylvia Nolan, *Un nuevo principio*, HarperCollins Publisher, 1953.

1. «Así pues, tendida en su diván, / se dejaba amar y una sonrisa enviaba / a mi amor profundo y suave como el mar, / que por el lento risco de su cuerpo ya ascendía». *(N. del t.)*

1. Anna Murià, «El servei domèstic», *La Rambla*, 23 de mayo de 1932.

1. Josep Maria Planes, «Tres classes d'atracadors», *La Publicitat*, 11 de abril de 1934.

1. «¡Oh!, si lo sabías, / qué otro encantamiento a mí me trae, / y qué otra dulzura... ¡qué otra furia!» (Joan Maragall, *Nausica*). *(N. del t.)*

2. «Princesa, ¿qué os ocurre? Os noto trémula: / febril os noto, incluso... ¿Así al alba? / ¿No dormisteis anoche?». *(N. del t.)*

1. Fragmentos del discurso de Lluís Companys en el Palau de la Generalitat, 25 de agosto de 1936.

2. Josep Maria Planes, «Nit de vetlla», *La Publicitat*, 19 de julio de 1936.

1. *Hijos del pueblo*, himno anarquista.

1. La madre y la hija en la puerta están. / La hija teje seda, / la madre teje estambre. / Mientras tejían / pasaban tres muchachos; / saludan a la hija, a la madre no tanto. (Canción tradicional catalana). *(N. del t.)*

1. Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles.

1. Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles.

1. Sylvia Nolan, *La vida secreta* (novela inédita, Nueva York, 1964).

La vida secreta de Sylvia Nolan
Núria Pradas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *La vida secreta de la Sylvia Nolan*

© Núria Pradas Andreu, 2022

© de la traducción: Manuel Pérez Subirana, 2022
© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta: Genevieve Naylor / Corbis / Getty Images
© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.
institut ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022

ISBN: 978-84-233-6258-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

FERRAN TORRENT
Gracias por la propina
DESTINO

Gracias por la propina

Torrent, Ferran
9788423362646
162 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La novela más personal e intimista de Ferran Torrent.

Una peculiar familia libertaria en la que dos tíos, aparentemente solteros, hacen de padre y de madre, una escuela opresora, una iglesia y unas fuerzas del orden omnipresentes, unos burdeles plácidos y unos cafés llenos de vida son algunos de los escenarios y personajes de esta novela que transcurre en los barrios periféricos de la Valencia de los años sesenta y setenta. En esta ciudad donde casi todo es posible encontramos los recuerdos de infancia y juventud de un tal Ferran Torres, el protagonista de esta historia, y una galería agridulce de personajes que ayudarán a vertebrar el mundo del protagonista.

Valiéndose de un lenguaje extraordinariamente colorido y expresivo, Ferran Torrent ha conseguido escribir un fascinante retablo evocativo de una ciudad y de una época como una «novela de formación», en que asistimos a una colectiva iniciación a la vida.

«Torrent es un gran creador de personajes de ficción, entrañables o grotescos, a la manera de Fellini o Paolo Conte.» Julià Guillamon

Cómpralo y empieza a leer

HACE
El
MUCHO
futuro
TIEMPO
de la
COMÍAMOS
comida
ANIMALES
ROANNE VAN VOORST
DESTINO

Hace mucho tiempo comíamos animales

Voorst, Roanne van

9788423362554

288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La mayoría de nosotros sabemos que consumir carne perjudica la salud de nuestro planeta, pero, por muchos datos y estadísticas que lo demuestren, no dejamos de hacerlo. Hay un movimiento social que avanza lentamente pero sin freno en todo el mundo y que los científicos y los futurólogos predicen que será decisivo para el devenir de nuestra especie: el veganismo. En este libro, la destacada antropóloga holandesa Roanne van Voorst dibuja un futuro en el que comer carne y usar a los animales como bienes materiales y de consumo estará mal visto o incluso prohibido. Un futuro en el que este cambio de paradigma supondrá grandes consecuencias en ámbitos como la economía, el clima, la salud o la cultura.

Esperanzador y persuasivo, este libro ofrece una visión tentadora de lo que no solo es posible sino probablemente inevitable.

Cómpralo y empieza a leer

María Oruña
El camino del fuego
DESTINO
Los libros del Puerto Escondido 5

El camino del fuego

Oruña, María
9788423361748
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

2.ª edición

La teniente Valentina Redondo y su compañero Oliver deciden tomarse unas vacaciones y viajan a Escocia para visitar a la familia de este. Su padre, Arthur Gordon, está empeñado en recuperar parte del patrimonio y de la historia de sus antepasados y ha adquirido el castillo de Huntly, en las Highlands, que había pertenecido a su familia hasta el siglo XVII. Durante la rehabilitación del edificio encuentra un diminuto despacho que llevaba oculto doscientos años y en él, documentos que revelan que las memorias de Lord Byron —supuestamente quemadas a comienzos del siglo XIX— pueden seguir intactas y hallarse entre esas paredes. Pronto correrá la voz del extraordinario hallazgo y tanto la prensa de todo el país como varias personas allegadas a la familia se acercarán a ellos para seguir el curioso acontecimiento. Sin embargo, la aparición de un hombre muerto en el castillo hará que Oliver y Valentina se sumerjan en una inesperada investigación que los llevará a adentrarse en la Escocia de épocas pasadas y que cambiará el destino de los Gordon e incluso la propia historia.

Al tiempo, viajaremos a mediados del siglo XIX y descubriremos cómo Jules Berlioz —un modesto librero de las Highlands— y Mary MacLeod —una joven perteneciente a una familia escocesa acomodada — entrecruzan sus pasos en un camino literario y prohibido en el que el crimen lo salpicará todo de dudas y silencio hasta nuestros días.

Cómpralo y empieza a leer

Federico Axat
La hija ejemplar
DESTINO

La hija ejemplar

Axat, Federico
9788423362530
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Uno de los mejores escritores de *thriller*.» **Javier Castillo, escritor**

"Ahora sé que la maldad se esconde donde menos lo esperas, y que los sitios donde te creías más segura pueden resultar los más peligrosos."

Esto es lo último que escribió Sophia en su diario, casi un año atrás. Desde entonces nadie sabe nada de ella, aunque las pruebas apuntan a que se quitó la vida arrojándose de un puente y que el hecho está relacionado con un vídeo escabroso que se viralizó en el instituto. Sus padres se niegan a creerlo. Su hija no es la clase de persona que haría algo así. Cuando meses después el chico que lo grabó aparece muerto de un martillazo en la cabeza, hay quienes se atreven a pensar que quizá Sophia está viva y que su desaparición forma parte de un plan que ella misma ha puesto en marcha.

Camila Jones, una celebridad del periodismo de investigación temporalmente retirada, recibe la inesperada visita de un periodista local que quiere que se involucre en el caso. Ella no tiene ninguna intención de acceder, pero la revelación de que Sophia está ligada a un hecho de su pasado que nadie conoce la lleva a aceptar la propuesta y a buscar la verdad a cualquier precio.

La hija ejemplar es la nueva y sorprendente novela de Federico Axat, el maestro del thriller psicológico, que explora los vínculos familiares y cómo las expectativas de los padres hacia sus hijos pueden convertirse en un oscuro mecanismo de manipulación.

Cómpralo y empieza a leer

Lorenzo Silva
La llama de Focea
DESTINO

La llama de Focea

Silva, Lorenzo
9788423362165
552 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Queralt Bonmatí, una joven barcelonesa de familia pudiente, aparece asesinada en un paraje idílico del Camino de Santiago. Había salido tres semanas antes de Roncesvalles, donde tuvo un incidente con un desconocido, pero esta es sólo una de las pistas que no ayudan a una resolución rápida. El subteniente Bevilacqua recibe del máximo jefe del cuerpo, el teniente general Pereira, el encargo de ocuparse de la investigación, dado el perfi l del padre de la víctima, Ferran Bonmatí, un expolítico y empresario vinculado al independentismo catalán que a su vez está en el radar de la justicia por sus oscuras actividades en apoyo del desafío al Estado.

El caso llevará a Bevilacqua desde Lugo hasta Barcelona, la ciudad a la que llegó en los días del sueño olímpico, donde vivió acontecimientos que removerán su corazón y su memoria y que en el otoño de 2019 verá incendiarse con la llama de una rabia que viene de lejos. Una llama a la que no era ajena la víctima, una veinteañera díscola que, tras revolverse contra los suyos, hacía el Camino para encontrar su propio lugar.

Cómpralo y empieza a leer